

(TITULO GENERAL DEL LIBRO:)

R E L I G A C I O N E S

UN EXPERIMENTO DEL VIVIR (Y DEL DESPUES)

(En página aparte:)

#### NOTICIA TARDIA

Tengo muy claro que las palabras iniciales que debo estampar van a parecer presuntuosas o grandilocuentes, amén de desatinadas. Pero es que no encuentro otra manera menos estridente de decir la enormidad que quisiera establecer en este comienzo; y es que dedico mi vida a un "experimento" que supongo fértil, y que consiste en plasmar una forma distinta de relación con el universo o, si se quiere... ¡probar una nueva manera de vivir!

Pero como si esta ingenua y quizás risible pretensión fuera poco, sucede que, además, soy perfectamente consciente de que este experimento está condenado de antemano a un fracaso que no sé si no llamar abrumador. Y ello porque -quizás no se ha reparado bastante en esto- nadie puede vivir y morir según se le dé la gana. La inmensa mayoría de nuestros actos -y en especial los decisivos- se insertan dentro de un encuadre de valores consagrados y requieren un consenso mayoritario que los respalde.

Porque ¿cómo admitir una concepción y una práctica del vivir que alguien adopte individualmente para su uso personal, apartada de la aceptación general y sin su anuencia? Impensable, ya que no hay nada más social que un acto individual...

Por otra parte, para complicar un poco más la extravagancia inevitable de este relato, debe comparecer, ya en su comienzo mismo, un término que me vi obligado a inventar para mi uso personal, a cierta altura de mis búsquedas y "experimentaciones": esta palabra es Eis, y en su momento veremos con exactitud cuál es su significado y qué función cumple en mi inocente manera de enfrentarme al mundo.

Mientras, es seguro que los más de quienes puedan llegar a leer este texto -incluidos quienes me conocen de hace muchos años- se van a sorprender, si saben algo de mi trayectoria, al verme tratar los temas que aquí aparecen. Ya los expuse, sin embargo, en "El libro de Eis" (1985), bajo forma poética; pero es sabido que el lenguaje de la poesía no siempre es lo bastante directo o transparente.

Estos asuntos son, sin embargo, los que ocuparon la mayor parte de mis días; incomparablemente más espacio, por cierto, que mis trabajos literarios. Tendría que hablar de largas y trabajosas décadas de haber vivido centrado en estos temas, aunque sin darlos a conocer. Es -debo admitirlo- como si me hubiera pasado ocultando deliberadamente la faceta principal de mi persona; tal vez porque no había acabado de darle coherencia completa a la visión del mundo que aspiraba a elaborar.

Leyendo este libro, saltará a la vista enseguida que no soy un vocacional del pensamiento, ni de la filosofía, y muchísimo menos de cuestiones teológicas. Pero no tuve más remedio que empezar a construirme desde muy joven una cosmovisión a mi medida, para poder darme respuestas y rumbos de fondo; y ello porque no encontré jamás ninguna ya hecha que me conformara. El adolescente que entonces era, tenía que salir a vivir, de

modo que no me quedó otro camino que... inventarme una cosmovisión entera para mi uso exclusivo! Hoy me hace sonreír la cándida radicalidad, la ingenuidad monumental de aquellos días.

Pero el primer sorprendido fui yo mismo, el día que comprobé, mucho tiempo después, que aquella visión plagada de simplezas, delirios, obviedades e inocencias, me empezaba a aportar, no obstante, claridades muy necesitadas, y me ayudaba a transitar por parajes interiores que me fueron abriendo a revelaciones y descubrimientos de insospechada fertilidad.

Por cierto que con este libro no pretendo ni por asomo inclinar a nadie hacia mis puntos de vista. Lo presento, en todo caso, pensando que a lo mejor alguien podría beneficiarse con las búsquedas y planteos que aquí aparecen, ahorrándose caminos que yo en cambio tuve que desbrozar por mis propios, precarios medios.

Pero también me pregunté si no valía la pena que alguna vez, aunque fuera tardía, al menos mi gente más cercana tuviera noticia fidedigna de cuál ha sido el centro que me he dado, el que preside desde hace tiempo mis pensamientos y mis actos, aunque recién hoy lo saque a luz.

M.S.

(En página aparte)

Lo primero a mostrar son las vivencias de encontrar el mundo y de cómo mirarlo.

Cuando se trata de un enfrentamiento de conjunto de lo real, de sus signos, enigmas y revelaciones, entran a jugar otras facultades que no son las de la racionalidad, sino que están mucho más próximas a la fantasía y a la intuición.

Y por aquí venimos a desembarcar en una visión del mundo teñida en grado creciente de magia y de poesía, o si se quiere de religiosidad (entendida ésta no como un cuerpo de dogmas y rituales, sino como un modo abarcador y totalizador del sentimiento del mundo).

(Es revelador enterarse de que algo de esto han advertido ya con asombro los astrofísicos más rigurosos del presente, quienes declaran azorados que para entender el universo ya no les alcanza la Ciencia, y que en cambio necesitan volverse casi poetas en sus elaboraciones...).

Vivir ha de ser entonces un ejercicio afectivo, mucho antes que tejeduría de la razón razonante; una ligazón de género mágico o poético con el "todo-lo-que-hay". Ligazón; religación: con este alcance hablo de sentimiento religioso o de la religiosidad necesaria.

Tal vez peque de radicalismo excesivo, pero creo, además, que una existencia genuinamente religiosa tiene que componerse únicamente de momentos que expresen esa religiosidad. Concibo el vivir como si fuera un "continuo" religioso-amatorio, una trama de sacralidad sin cortes.

Digo que no es cuestión de ser religiosos de a ratos, dos veces por semana o tres veces por día: la cosa reside en vivir en vuelo religioso, o mágico, o poético, todos los instantes sin hueco alguno. Será una estructura toda río; un río de sacralidad en cuya corriente debemos ir dichosamente inmersos, bogando hacia Eis.

\* \* \*

Digo "Eis" y no sé de qué hablo. Apenas adivino que aludo a un Algo que no puedo situar y al que no le encuentro código entendible. A Eis no le conozco consistencia ni naturaleza, no le veo formato ni dimensión, ni caos ni bordes. Tampoco dirección ni caducidades. Está ahí: no sé más.

De lo que sí no me cabe duda es de que Eis me atañe, que atañe a lo principal de mí; aunque no me dé cuenta cómo ni en qué sentido y con qué alcance. Estoy seguro de que si no vivo recostado a Eis, alimentado por ella momento a momento, quedo fuera y muy lejos de lo más trascendente de mí, porque no dudo de que la misteriosísima Eis es su clave y su razón secreta.

Debo marchar, pues, apoyado en lo que más ignoro, pero que será el centro y la nutrición de todas mis vivencias, la guía de todos mis pasos.

Pronto comparecerán aquí Eis, sus proyecciones y sus capacidades. Debo adelantar que, por razones que después veremos, Eis se me hizo femenina. Pero ésa es otra historia, que también vendrá a su tiempo.

\* \* \*

En mi sentir, el vivir humano transcurre todo él inmerso en una pompa poético-mágica que nos envuelve, nos embebe, nos condiciona y nos explica. Si no llegamos a percibir esa diagramación nada racional del vivir, siempre quedaremos a las orillas de cualquier entendimiento cabal del Qué Nos Pasa.

Vaya a saber qué es ese Qué Nos Pasa, pero con toda seguridad será perder el tiempo no visualizarlo en su debida clave mágica, o, si se quiere, ilusorio-descabellada. Pues vivir, bien mirado, es en su fondo un inocente desatino en marcha, un operativo imaginario-demencial.

Así, no verle a nuestra condición su demencialidad de fondo, su magia desaforada, equivale a desfigurar la naturaleza eminentemente poética de nuestro pasaje por el mundo, volviéndola un vacuo trámite (lo que el hombre de tantas "civilizaciones" no se ha cansado de hacer siglo tras siglo, pero sobre todo en el Occidente de los cinco últimos).

Decidámonos a entenderlo de una vez y a obrar en consecuencia: nuestro fundamento anda muy lejos de la racionalidad naturalista. Somos mágicos en medio de lo mágico, milagro en el milagro, poéticos en pleno prodigio de poesía. Y somos también suprarracionales navegando en la suprarracionalidad. De ahí debemos partir.

En esas condiciones, no es de extrañar que la visión del mundo que aquí voy a exponer, aparezca cada tanto sobresaltada por algún sesgo inesperado del pensar, por un giro que derogue la sensatez, cuando no por algún delirio liso y llano, o incluso por uno que otro desatino, todos los cuales deben verse como atentados refrescantes contra la grisura inaceptable del sentido común. Es el venturoso precio que debe pagarse cuando renunciamos a la racionalidad y entra a ocupar su sitio la piroctenia saludable de una magia que conviene acoger de buen grado.

(Viñeta de separación)

El cosmos que vemos y la Eis que sentimos.

La percepción humana sólo nos permite captar a nuestro alrededor un universo de entidades (objetos inanimados, seres vivos). Todos ellos, reunidos, componen un cosmos, cuya imagen es aportada por la ciencia y se le impone sin discusión a todos los hombres de todas las culturas "avanzadas" del presente.

Resulta, pues, inevitable que nos preguntemos cuál es la relación entre ese cosmos que percibimos -todo él material- y la desconcertante entidad

Eis, a la que debe estar referida lo más alto de nuestra existencia personal.

En la mayoría de las concepciones religiosas, el cosmos fue considerado como obra de la divinidad: se imagina a un Creador, en tanto el universo -hombre incluido- ha sido su labor, su manufactura. Yo me siento ubicado en el sentimiento contrario.

Aunque no lo pueda fundar en modo alguno, yo siento que este cosmos en el que vamos inmersos quizás no sea la obra de Eis, sino que sea propiamente ella, Eis de modo literal. Pocas ideas me resultan más atractivas, más conmovedoras: sentir que todo esto que veo y toco y respiro y piso y camino y transformo con mis manos, es la propia "divinidad", con la que tengo, pues, trato directo y material, con la que me codeo y convivo hora tras hora, sin intermediación alguna.

A mí no me traigan una Eis arquitecta, albañila, carpintera u orfebre del mundo. La veo, mejor, como la sustancia y la circulación del mundo, y como su ardoroso trajinar. Lo Que Me Pasa, sea lo que fuere, me pasa EN la misma Eis, CON la misma Eis, muy directa y carnalmente. Me despierto, abro los ojos, y ya estoy dialogando con ella, entrecruzando con ella un vivísimo discurso de ser: aseguro que no es pequeña emoción, no. (Y también afirmo con énfasis que la "espiritualidad" no sufre, como podría hacer pensar esta visión de apariencia tan... "materialista").

\* \* \*

Cuando digo que Eis, en mi visión, acaso sea el cosmos, no su creador, no estoy queriendo dar a entender que para mí Eis sea únicamente el cosmos. Diferenciamos esto. Por cierto que Eis puede abarcar mucho más que la realidad material de un modo que no concebimos, o manifestarse según modalidades que excluyan por completo lo cósmico puro. Qué sabemos.

Por eso mismo debemos dejar abierto el horizonte mental a perspectivas y territorios de Eis que acaso escapen, hoy y siempre, a nuestras capacidades de entendimiento. ¿Cómo serían esos territorios, qué pasaría allí, con qué modalidades de ser nos encontraríamos? Sólo podemos trazar una gran X y dejarla siempre abierta ante nuestros ojos.

\* \* \*

Muchas veces he intentado, por cierto, delinear un inventario fantaseado de Eis. He jugado a imaginarle zonas, modalidades de consistir que estén más allá de cualquier registro sensorial humano. También -y sobre todo- lo inconcebible perfecto, lo no pensable por definición.

Y este imaginarle a Eis áreas que se nos escapan, no me parece un juego nada ocioso: mantiene siempre fresca y flexible nuestra sensibilidad, haciendo que nos "asomemos" a comarcas posibles de una Eis desconocida y secreta.

\* \* \*

Declaro que no me escandaliza para nada la idea, perfectamente posible, de que Eis equivalga exactamente al Cosmos, y que aparte del Cosmos no haya más nada. Si el Cosmos fuera exactamente la "divinidad" -para volver al lenguaje convencional- me parecería una hermosísima divinidad, una admirable, seductora presencia divina. Siempre le vi al universo el porte, la majestad, el "aire" de un dios genuino. Y me pasaría gustosamente la vida entera celebrando a Eis con deslumbramiento, con deleite, en la precisa figura del Cosmos.

\* \* \*

En resumen (y repitiendo lo que me parece capital, central): nunca sabré propiamente qué es Eis, cómo es, cómo está configurada, qué áreas de la realidad abarca. Percibo de ella con seguridad el cosmos en el que estoy, y veo en hipótesis otros campos posibles. Pero lo importante es que la toco, que me llega su aliento, que me dice cosas aunque no las entienda, que canta a su modo, que estamos estrechamente conectados.

Esa conexión profunda con Eis, si bien no me proporciona ninguna aclaración sobre su naturaleza, me hace sentir acompañado y envuelto en una prodigiosa calidez. Sé que mi vida sólo puede hacerse con Eis, en Eis; que sólo ella -su amor, como veremos después- puede nutrirme y sustentarme. Para tener la certeza de que esto es así, no necesito conocimiento alguno: lo palpo con la evidencia directa de las vísceras. Me basta para orientarme, para saber hacia dónde debo ir.

(Viñeta de separación)

Hay que revisar, repensar, los instrumentos de que disponemos para manejarnos con las preguntas de Eis.

Reconozco que tengo un mirar demasiado rudimentario, o simplón, o basto, que me dificulta grandemente "espiritualizar" como sería debido la figura de Eis. Un religioso "profundo" debe experimentar un desdén más que justificado ante mi modo de ver y manejar las cosas referentes a la "divinidad".

Es que tenemos puntos de partida perfectamente contrarios. El religioso "profundo" hace de Dios una figura impalpable, desmaterializada por completo, puro espíritu, esencia pura. El mundo que ve ese religioso es la obra de Dios, y es éste su creador invisible, que sopla su espiritualidad sobre la realidad que percibimos.

A mí me ocurre todo lo contrario: prefiero apoyarme con alguna fuerza mayor en la creencia de que el mundo es en sí mismo la divinidad (Eis en mi caso), de modo que mis sentidos me están dando ya, en contacto directo y palpable, la figura divina en todo su esplendor. Comprendo el escándalo de los espirituales, pero esto no quiere decir que excluya la posibilidad de una Eis no material; o, si se prefiere decirlo así, espiritualizada (o espiritualizadísima incluso). Es más: hasta admito con el mayor

entusiasmo que Eis bien podría ser más espíritu que materia... Bienvenido sea.

Pero mientras, me dejo sumergir con verdadera fruición en ese cosmos-dios, chapaleo en esa Eis material todo cuanto puedo, y mi vida cambia entera cuando me veo en contacto piel a piel con Eis, respirándola momento a momento, alimentándome de su carnalidad material que le otorga a mis días una luminosidad que antes no tenían. No obstante, dejo muy abierta la visión -que para nada borro- de una Eis bañada de espíritu, al que mi percepción sensorial corriente no puede llegar.

(Viñeta de separación)

Cuando sucumben los instrumentos de conocer.

Hoy vivimos sintiéndonos sumergidos en la "naturalidad" más completa. Nuestro emplazamiento de fondo se apoya en el convencimiento de pertenecer a un orden natural en el que estamos inmersos, y la vida que llevamos se desenvuelve atendida a las leyes y coordenadas propias de ese orden. Nos sentimos sus hijos, contruidos a su imagen y semejanza.

Y a la verdad que esto nos resulta comodísimo: en el orden natural, como que es creación humana, todo nos resulta seguro, todo familiar, gobernable. Parece estar regido por códigos sólidos, que los hombres somos capaces de entender y manejar con la tranquilidad de que no se nos escaparán de las manos. ¿Qué más podemos pedir?

Pero qué difícil cuando un hombre formado en esta "edad moderna" naturalista y racional, llega a la conclusión más absoluta de que el mundo es... sobrenatural y extra-racional por donde se lo mire; que la realidad toda corre por otras órbitas y canales que de "naturales" no tienen nada!

Y Eis, en tanto, relumbra como la gran maestra de la sobrenaturalidad. Esa es su primera lección, que debemos escuchar y acatar: lo natural no existe, lo natural es una gran mentira o una penosa cortedad de mirada; ¡seamos sobrenaturales de pies a cabeza!, ¡seámoslo con fruición y alegría, como ella nos pide!

\* \* \*

El primer instrumento que sucumbió a mi crítica de los medios de que disponemos, fue la razón. Respeto a la razón como herramienta funcional para desenvolvemos en la vida de todos los días y para aplicarse al saber científico y a los menesteres de la tecnología; pero no para abordar zonas más hondas del ser, territorio que no es, ostensiblemente, de su incumbencia.

Quizás el hombre no pueda nunca internarse a fondo en esos parajes, porque no parece estar dotado para hacerlo con los instrumentos de que



dispone, ni siquiera sumándolos. Pero en todo caso debe intentarlo con todos. Puede que para algunas pocas tareas le sirvan, sí, la razón y la lógica; pero también debe apelar a todo cuanto tenga a mano: la visión mágica, la intuición poética, los aportes de la metáfora, la invención libre, el arte todo, los lenguajes extrasensoriales, el desarreglo de los sentidos, los vislumbres del retardo mental, los tanteos de la parapsicología.

Es decir, jugarnos enteros a un abordaje multidisciplinario, pluriherramental; aunque sin demasiadas esperanzas.

Tampoco pude salvar a la fe religiosa. Pronto la encontré arbitraria, caprichosa, capaz de llevarnos por los más peregrinos caminos. Sentí que con la fe, cualquiera puede llegar a cualquier punto que elija. ¿De qué sirve, entonces, me dije, con una radicalidad que me era muy característica por aquellos días iniciales?

Pero si no podía aceptar ni la razón ni la fe, ¿cómo iba a poder armar una postura de vida completa? Lo absoluto había quedado abolido: ni verdades, ni valoraciones, ni metas de fondo.

Y por supuesto, me asaltó la pregunta inevitable: ¿pero es que tiene algún sentido vivir -vivir con seriedad, se entiende- si no tenemos nada firme y definitivo de qué agarrarnos? ¿Se puede vivir sin absolutos?

(Viñeta de separación)

El mundo visto desde un fondo visceral.

En rigor, había quedado instalado en el reino del tanto da. Al haber renunciado a nociones absolutas y a verdades indubitables, todo se me había vuelto arbitrario y discrecional: ante cualquier pregunta de fondo que se me ocurriera, yo podía responder con cualquier tipo de contestación, y nadie podría demostrarme mi acierto o mi error.

Y sin embargo, poco a poco fui descubriendo sorprendido que en la práctica no era ése mi funcionamiento interior.

Descubrí, curiosamente, que algunas nociones parecían poseer un cierto grado de verosimilitud, que me las hacían, por lo tanto, no sólo aceptables, sino que a veces se me imponían de una manera que no admitían objeción o réplica posible.

Se diría que eran vivencias o valoraciones que parecían estar afincadas en nosotros, como si las lleváramos desde siempre en un fondo escondido y visceral, constitutivo de lo que somos. No sabemos cómo llegaron allí, ni desde cuándo están. No les pidamos demostración o fundamentos, porque no los tienen. Pero de lo que sí nos damos cuenta es de que forman una parte sustantiva, estructural, de nuestra persona.

Cuando incorporamos una noción nueva, puede ocurrir que ese "sistema visceral" lo acepte o lo rechace. En cualquiera de los dos casos, de nada vale oponerse, ni acumular razones o argumentos: siempre termina imponiéndose el fondo visceral. Porque esas intuiciones -descubrí también- son imposibles de gobernar: hacen lo que ellas quieren, no lo que quiero yo. Hay contenidos intuitivos que les resultan convincentes a mi razón, pero que mi fondo visceral no puede admitir por más que me fuerce. Y al revés también: he tenido que aceptar muchas veces intuiciones que mi razón repudiaba, pero que no hubo forma de sacar de enmedio.

De tal suerte, nuestro "sistema de intuiciones viscerales" (que así las llamé), nos permite ir dibujando paisajes nocionales, mapas valorativos, organigramas de vivencias, que pueden llegar a constituirse en una cierta visión del mundo, o que haga sus veces.

Insisto: en ningún momento me sentiré habilitado a creer que lo que me muestran mis "intuiciones viscerales" constituyen ninguna verdad. La "verdad verdadera" sigue siendo huidiza, no sé dónde encontrarla ni cómo la podría apresar. Mis intuiciones viscerales me muestran ciertas cosas, me las imponen incluso, pero de la verdad que puedan encerrar sigo sin saber nada...

Así por ejemplo: ¿yo pienso que es verdadera Eis? ¿Que existe de veras algo semejante a ella? ¿Es tal cual creo verla? En cuanto a esto, ni la menor idea. Pero advierto -sin duda un poco escandalizado- que no me es necesario saber que Eis es verdad. Lo que sí necesito es saber que ella es conforme a cómo la ve mi fondo visceral, o según como ese fondo me pide que ella sea.

Si se quiere, es una Eis "inventada" por mí, puesta en un mundo que yo he "inventado", el cual me lleva a vivir tal como yo he "inventado" que debe vivirse. Cuidado: ninguno de esos "inventos" es caprichoso: son todos "inventos" concordes con mi misteriosa visceralidad. ¿Es ésta alguna garantía de verdad? Ya lo he dicho: en absoluto. Apenas si compruebo que estoy en fenomenal concordancia conmigo mismo.

¿No será, después de todo, lo único a que podemos aspirar nosotros, misteriosísimos seres humanos, puestos en esta no menos misteriosísima coyuntura que consiste en encontrarnos emplazados misteriosamente en esta muy misteriosa realidad...?

\* \* \*

Eso sí: lo característico de tales intuiciones es que tienen que concordar siempre con convicciones a las que les prestamos nuestra adhesión más completa y visceral y que el yo sustenta en lo más profundo, aunque no tengamos claro de dónde salieron. Dicho de otro modo: las "intuiciones viscerales" no proporcionan verdades seguras, pero sí nos proveen de una poderosa coherencia interior. Y aunque esto sea mucho menos que obtener verdades, esa coherencia con nosotros mismos no me parece ninguna poca cosa.

Por lo demás, he descubierto hace rato -admito que con cierta vergüenza- que no es la Verdad lo que más me desvela y sí en cambio encontrar un modelo de relación afectiva con el mundo que me permita marchar incendiado por Eis y en fusionalidad vivificante con cuanto me rodea. Y para ese altísimo fin ¡vaya si me sirven las "intuiciones viscerales" entendidas como aquí dejé dicho!

(Viñeta de separación)

Asomándonos al prodigio y el paraíso de ser.

Estamos rodeados de entidades -objetos y criaturas- que "están siendo". El cosmos todo "está siendo"; yo mismo lo estoy. Es inevitable, entonces, preguntarse: ¿de dónde sale esa enigmática condición de ser? ¿Cómo se forma? ¿Qué impulso lo hace ser, a instancias de qué, mediante qué manejos o mecanismos? ¿Y con qué fin?

Por supuesto que éste es el misterio más alto, el misterio sumo, en el que somos incapaces de hacer pie. Allí nuestro entendimiento no puede dar ni un paso, y no tiene otra cosa que detenerse, deslumbrado por el pasmo y el asombro. No caben palabras o fórmulas que nos pongan en alguna pista de algo.

En un momento así, ni la palabra Eis acude en nuestro auxilio (o Dios), porque también Eis (o Dios) se encuentran "siendo"... Todo está afectado por este tremendo verbo que no se deja penetrar por ningún artilugio. Sólo cabe callar, como si quedáramos en éxtasis. No el silencio de quien se encierra para no ver, sino el silencio de quien distingue muy claramente lo que tiene delante de sí, no deja de mirarlo ni un instante, vive mirándolo, pero no puede hacer ni decir absolutamente nada.

Y cuando prescindimos de toda la racionalidad, la funcionalidad y la utilidad práctica de las cosas, queda enteramente al desnudo la sensación de prodigio inexplicable que acaso sea lo más característico y conmovedor del "estar siendo". Prodigio: ¿qué es eso que "está ahí"? ¿de dónde salió, cómo provino? ¿Y adónde va, qué busca, para qué persiste en su ser?

De ese modo, cada entidad se ha puesto a arder en maravilla pura, en enigma incendiado. Ahí está el prodigio de ser en su plenitud más alta. Todo a nuestro alrededor se ha vuelto portentoso, magia fundamental. Sumidos en esa magia tendríamos que desarrollar íntegra nuestra existencia.

Desgraciadamente, hoy no se puede: imposible alejarnos por completo de la óptica racional y utilitaria que impera en nuestro medio cultural, rigiendo -además- la convivencia humana "normal". Pero quiero imaginar que algún día "la normalidad" vigente será, sí... el portento del "estar siendo".

Me complace palpar largamente un objeto cualquiera. Exclamar: "He aquí el portento de ser". A Eis no puedo tomarla entera en mi mano, como quisiera; pero me es fácil percibir que el objeto y Eis provienen del mismo alarde inexplicable, quizás disparatado.

¡Y qué tajante se aparece lo que es; qué nitidez tan límpida la suya! Uno se dice, mirándolo, que nada le falta a lo que es, puesto que es. Como si, por ser, fuera dueño de una plenitud que no alcanzamos a comprender con la razón.

A veces me gusta imaginar que las cosas todas del Cosmos constituyen un lenguaje. Hago de cuenta que las cosas mismas componen el aparato fónico de Eis; que son las palabras que ésta emplea. El contenido de sus mensajes lo darían las cosas. Sus silencios también. Como si Eis hablara mediante el cosmos sin parar; y callara sin parar. (A lo mejor habla cuando calla, y calla cuando habla).

\* \* \*

¡La estrechísima vecindad con Eis! Pienso que, bien mirado, el Qué Me Pasa de cada uno de nosotros comienza en ese enigmático portento de ser, el portento de Eis. Algo está ahí: cualquier objeto, cualquier criatura, por insignificante que nos parezca. (¿Insignificante?...)

¿Pero qué es esa presencia? ¿Qué viento la anima y la sostiene? Un juego de manos portentoso situó allí a la cosa que es; pequeña cosa, o eminente cosa, tanto da. ¿De qué índole es el soplo -mágico sin duda- que hace ser a lo que es?

Cualquier realidad me estremece, me sacude con solo pensarla. De ella parten todas las preguntas. Su solo "estar ahí" me remite a todos los orígenes y a todas las causas. Eis me va mostrando a cada entidad, al mundo todo. Me dice: "Esto es lo que es". Yo no sé qué responderle. Frente al "es" no hay lenguaje, no se descubre ningún código posible de entendimiento.

\* \* \*

Declaro que experimento un terror sagrado al enfrentar a cada cosa y presenciar su "estar siendo", ese tan indescifrable "estar ahí". Quien no haya experimentado cada día ese terror de ser, no ha tocado el punto capital de su aventura, ha pasado estérilmente a través de Eis.

Terror, y además pasmo. Júbilo (inexplicable), y además reverencia. Lo primero y decisivo que nos pasa es que somos, es que cosas son. Ante ello no podemos ubicarnos, es lo que no podemos manejar, lo que deroga todas las coordenadas del pensar.

Y esa descomunal magia comienza en nosotros mismos. Resulta que ¡estamos siendo!, pero ni idea de lo que esto significa, de con qué se conecta, o de en qué contexto debe ser insertado. Entonces, ¿cómo ordenarnos, qué programación nos podemos dar?

Ser: un suceso extranjero a nuestro entendimiento, aunque no a nuestra índole. Pero en él comienza -y termina- nuestra peripecia fundamental.

\* \* \*

Qué diferente queda iluminado el contorno cuando veo a las cosas dedicadas a ser -y no a ninguna otra actividad- y puestas como en éxtasis paradisiaco. No dudo de que ese sillón, aquel lápiz, la ventana, el teléfono, están en la dulce inmovilidad del éxtasis de ser. Se ve muy claro que no necesitan nada, que están conociendo una forma de plenitud y de gloria.

Antes veía a las cosas constituyendo un marco inerte para mis acciones; ahora me parecen animadas de un jubiloso dinamismo, aunque no se muevan ni un milímetro. ¡Es que están entregadas a la "acción" maravillosa y colmadora de ser! ¿Qué más pueden desear?

Todo lo que miro se desnuda casi por completo de racionalidad, parece dejar de estar inserto en una trama de funciones, utilidades y entendimientos humanos. Cada cosa o criatura aparece aureolada por una especie de magia, un resplandor bellísimo de cosa recién nacida, completamente exenta de asociaciones y referencias que la pudieran enmarcar en tal o cual contexto. Impresionan como si estuvieran aisladas, intocadas, intactas. Relumbran con lo que llamaría una virginalidad de ser.

Así, el mundo que se ve ahora se va convirtiendo (¿cómo decirlo?) en una especie de jardín purísimo, como si las cosas todas se hubieran transformado en flores traslúcidas, iluminadas desde dentro por el delicado resplandor de ser. Y reina allí una paz, una dulce quietud que en nada se parece a la pasividad o la muerte, sino a una enamorada plenitud, a la activísima condición inmóvil que es propia de lo que ha alcanzado su logro completo.

Es un mundo paradisiaco, sí, edénico, y es un deleite recorrerlo dejándose envolver por su atmósfera límpida, bañada de altísima poesía, donde lo único que se respira es prodigio y maravilla.

\* \* \*

Y el contorno, visto así, toma sentido. Deja de ser un amontonamiento de cosas y seres puestos allí no sabemos por qué ni para qué, y se transforma en un ámbito donde todas las realidades, activísimas, están aplicadas con fruición a esa "tarea" de ser, que es la más eminente de todas y que es su razón última.

Pues, aunque parezca un trabalenguas: todo lo que es, está siendo para ser. ¡No para otra cosa están ahí los objetos y las criaturas!: exclusivamente para ser. Todo lo demás de que se ocupen, es siempre subsidiario de esa altísima empresa a la que están dedicadas con ostensible pasión.

(Viñeta de separación)

Procuremos situar en nuestro centro la condición paradisiaca de ser.

Sentirme ser yo mismo: pocas vivencias debe haber más emocionantes y removedoras. Y sentirme ser entre cosas que también están dedicadas a ser, en medio de un mundo aplicado todo él a ser. El lazo coral de ser nos hermana a todos los que somos, y a todos con el mundo mismo. Allá vamos, acordados, entonando un canto unísono, colegas en la altísima profesión de ser.

\* \* \*

Por más vueltas que le dé, termino siempre en la misma proposición: sucede que estoy siendo. Ese es el piso más bajo al que puedo llegar: más allá del "estoy siendo" no encuentro otra cosa. Es la frontera, la zona límite. Por eso mismo tiene que radicarse allí nuestro centro. Y exactamente de allí tenemos que partir en nuestras búsquedas, en nuestros preguntaderos de fondo.

Yo siento que quien alcanza el estado de ser, lo posee todo: más no se puede pedir. Más no hay. Quien haya "sido", aunque sea por un segundo, tocó lo máximo, llegó a alcanzar una forma de paraíso. No se necesita más nada, no se puede llegar más alto. Ser es la gloria suprema; condición sobrenatural, sacralidad perfecta, estado el más eminente, estatuto paradisiaco.

Nada contradice más nuestras concepciones habituales: en el "estoy siendo" no reparamos siquiera, ni entra en el campo de nuestras valoraciones. No pasa de constituir, en el mejor de los casos, tema de especulación filosófica para especialistas o profesores; pero no es nunca vivencia del hombre común, o aún del "culto" (que suele llevar su cultura centrada en otras áreas y afanes).

He aquí una revolución que -quiero creer- alguna vez se hará indispensable: poner en el centro lo que hoy no se encuentra en ninguna parte del vivir humano; hacer que valoremos por sobre todas las cosas... el paraíso que ya tenemos a raudales sin que nos demos cuenta. Este cambio de perspectiva es un verdadero giro copernicano que, como tal, no resultará nada fácil de lograr.

\* \* \*

Ah, si pudiéramos ver con claridad esto tan simple: ¡que desde que soy, por ser, lo tengo todo! Aunque me muera ahora mismo -me digo-, habré alcanzado lo máximo, puesto que "toqué" la condición de ser.

Y miro a mi alrededor y me encuentro rodeado de un verdadero bosque de maravillas, ya que, por supuesto, todos los objetos y seres participan del mismo estatuto paradisiaco de ser. Todos son sagrados, todos se encuentran en plena festivalidad, en espléndido júbilo, puesto que son; todos arden en la más alta positividad, conocen momento a momento el sumo bien.

Y hasta creo entrever que no importa nada si desaparecen a una cierta altura: puesto que tuvieron el ser, poseyeron el máximo que nos es dado, un bien que nada les puede arrebatarse.

A lo que deja de estar en este mundo -pienso yo- habría que despedirlo gloriosamente: "¡Aleluya! Esto que se va, estuvo en la cima de todo lo imaginable, puesto que conoció el ser".

(Viñeta de separación)

Pero no se trata de sentir el mundo como un bazar de cosas separadas y fragmentarias, como nos hace creer el contorno.

Cada vez me afirmo más en la convicción de que la primera y fundamental condición del vivir, es amarrar el Yo a la noción y al sentimiento de la Totalidad de ser. Vivir referidos al Todo, ligados estrechamente, y momento a momento, a esa Totalidad.

No solemos hacerlo. Todo lo contrario. A lo único que atinamos es a elegir alguna parcialidad, una fragmentariedad, y hacemos de ella nuestro eje, nuestro centro. Las "parcialidades" más socorridas suelen ser la actividad vocacional, o el servir a una empresa colectiva considerada superior (religiosa, social, política, etc.). Pero los más de los hombres no vuelan tan alto, y las fragmentariedades suelen referirse a metas de mucha menor cuantía: poder, dinero, prestigio social, éxito profesional, etc.

De poco vale que, a veces, varias de esas parcialidades aparezcan sumadas y acumulen sus efectos: no dejan de ser fragmentos que, como tales, terminan haciéndonos fragmentarios a nosotros mismos. Pero tenemos que entender de una vez por todas que ninguna parcialidad, por importante que nos parezca, puede servirle de asidero central al vivir humano, con sentido de estabilidad y permanencia. Jamás lo fragmentario puede sostenerme entero, ni alimentarme, ni completarme hasta lo más hondo: únicamente el Todo.

\* \* \*

También podría hablar del Uno. Yo no puedo entender o aceptar un mundo de realidades dispersas: necesito verme referido a una sola unitariedad. Tal vez la actividad principal del ser humano consista en componer el sentimiento del Uno a partir de las realidades que se le aparecen separadas. Mi necesidad última (¿o primera?) acaso consista en transformarme en constructor del Uno, en fertilizador del Uno, en amador del Uno.

A ese Todo/Uno capital y central, eje indispensable de nuestra estructura de vivir, muchos lo denominan Dios. Yo lo llamo Eis.

\* \* \*

Nos distrae lo cercano. Quiero decir esto: los hombres sólo tenemos acceso directo a lo que percibimos con los sentidos, y ello es siempre singular y fragmentario. De aquí deriva el descomunal malentendido sobre el que reposamos: creer que nuestra naturalidad es lo parcial, ya que es lo que vemos momento a momento. Pero no es así: NUESTRA NATURALIDAD ES LO TOTAL, aunque la experiencia cotidiana lo contradiga a cada paso.

Si nos quedamos reducidos a lo parcial y fragmentario, a la particularidad externa con la que tenemos contacto directo, acabamos muriendo de asfixia. Languidecemos por agostamiento, por crónica estrechez de horizontes -aunque podamos no darnos cuenta de que eso nos está ocurriendo-.

¿Podremos cambiar esto algún día? Poner nuestro emplazamiento central en la totalidad, a la vez que en la unicidad, de ser, no en fragmentariedades. Mientras no llega ese momento, un ejercicio principal del vivir debiera ser saltar por encima de lo inmediato y circundante, y levantarnos hasta la perspectiva de la totalidad. Sólo así respiraremos como nos es indispensable para perdurar y crecer.

Esto no puede querer decir -atención- que debemos cerrar los ojos a los particularismos del contorno. Mal podría postular esta actitud cuando pienso que esa particularidad externa es Eis misma, como veremos muy pronto; y que sin un contacto a fondo con esa externidad no podríamos avanzar en nuestra fusión necesaria con las cosas todas.

Por el contrario, pues: debemos beber con fruición en lo particular que nos rodea, y elaborar con ello muy hondos contactos religiosos. Pero con dos condiciones: por un lado, integrar cada experiencia particular en el sentimiento del Todo; por el otro, reconocer siempre, en cada vivencia parcializada, el latido de la totalidad.

(Viñeta de separación)

¿Qué significa ser "hombre atado a la totalidad"? ¿Cómo concebir a ésta, cómo nombrarla?

(Página escrita hace muchas décadas, muy al comienzo de mis preocupaciones y búsquedas "religiosas". El nombre "Eis" no había aparecido todavía).

"Poseo un único título que me autoriza a manejar la idea de Dios: la necesito. Y no reconozco a doctores o autoridades con más legitimidad que yo para incursionar en este tema. Como no pertenezco a ninguna religión institucionalizada, no me veo obligado a respetar jerarquías, cátedras o pontificados.

Ni siquiera creo que "las cosas de Dios" sean privativas de teólogos, predicadores o sermoneros titulados. Al revés: pienso que cualquier



hombre, así sea el más común, tiene toda la autoridad del mundo para forjarse la idea de la divinidad que mejor le cuadre.

Y no habrá quien pueda rebatírsela. El saber del teólogo, por más "avanzado" que esté en sus estudios sobre Dios, no le garantiza estar más cerca de ninguna verdad. La verdad religiosa no se respalda en ningún saber sino en la mucha fe; y la fe de un doctísimo teólogo puede no ser tan robusta como la de un caramelero. ¿Cuál prevalece? ¿Cuál está más cerca de la verdad última?

Cada cual -si no está sometido a disciplina- tiene el más indisputable derecho a encontrar en su fuero íntimo la imagen de Dios que necesitó forjarse, y que será tan valedera como la de su vecino; sea su vecino letrado o ignaro. Es que en esto no hay sabihondos: hay necesitados, lo que me parece incalculablemente más atendible que cualquier doctorazgo.

Al enfrentarme por mi cuenta a la idea de Dios, me encontré con que ninguna de las que por ahí andan se amoldaba a mis requerimientos. No me sirvió tampoco retocar, reciclar, adaptar, ajustar, maquillar, las efigies más consabidas, para así construirme un rostro diferente. Hice entonces lo único que podía hacer: forjarme una imagen propia, la que se aparta en considerable medida de las de mayor circulación.

Eso sí: es una imagen para mi uso exclusivo, pues no me importó nunca que nadie la aceptara o compartiera. Me bastó con que me permitiera a mí un diálogo operante, colmado, con la figura de eso que llamamos "divinidad".

Y a veces hasta llego a decirme que no debiera existir "una" imagen de Dios que se le imponga autoritariamente a todos, sino cien mil, o cien millones: acaso cada hombre tendría que inventarse la propia, pues después de todo la idea de Dios no debiera ser otra cosa que el espejo más completo y detallista de lo que somos, con todas nuestras peculiaridades. Y nadie es igual a nadie; y Dios no debiera ser igual a Dios".

A tanta distancia en el tiempo, creo que podría refrendar casi todo lo que entonces escribí (descontando, tal vez, el tono un tanto impulsivo o extremado). Si bien, como dije, todavía estaba lejos de inventar la noción de "Eis", sé que hablaba de ésta cuando escribía "Dios".

\* \* \*

Yo no pude anclar en la noción de Dios. Me chocó, antes que nada, la literalidad con que se la maneja. No pude nunca concebirlo como se ha hecho casi siempre: dotado de tales y cuales atributos, voluntades, poderes y sentires expresos. Yo sólo podía admitirlo con un alcance hasta cierto punto... irónico.

Es que siempre me ha parecido que el ser humano, para su trato con lo que percibe, no fue agraciado con el dón de la literalidad. Que cuando dice piedra, galaxia, guerra, camino, espejo, oro, no dice lo que dice. Creo que más bien alude de ese modo a otra realidad, a veces oculta para él, o entrevista tan sólo; y entonces lo que dice viene a ser en definitiva signo, código, cifra de algo escondido a sus ojos.

Creo que hay que ver al hombre como un singular artefacto metafórico, pues todo su pensamiento está organizado en dirección a lo que no dicen las fórmulas que emplea, hacia las resonancias de sus menciones, más que a las menciones mismas. El hombre, con el pensar -y mucho más con el hablar- apenas si delimita ecos significativos de realidades que no alcanza, nubosidades ininteligibles de lo que se le rehúsa; y para referirlas de algún modo, emite fulguraciones verbales aproximativas. No más que eso sería el lenguaje (¡pero cuánto!).

Y esto es así multiplicadamente cuando se trata, no ya de piedra, guerra, amor, espacio, río, sino de la vivencia de lo más secreto y radical, como es la idea de Dios. ¿Pero es que me refiero estrictamente a Dios cuando digo Dios? No me lo parece. A lo sumo, me aproximo de un modo un tanto arbitrario a un juego inexplicable. Digo Dios y no sé de qué hablo. ¿Cómo no ha de chocarme entonces cuando se maneja la noción de Dios como si se tratara de esa casa, de aquel autobús, de esa guitarra? O poco menos.

Incluso la noción de Todo/Uno que procuré manejar por poco tiempo para ver de sustituir con ella la noción de Dios, se me presentaba como vestidura gruesamente metafórica, como forma alusiva a una realidad más radical, a la que no tenía forma de nombrar. La cosa realmente aludida se hallaba todavía más atrás de esos conceptos, y no tenía molde donde cuajar.

Por eso establezco que, a mi juicio, pensar me parece de raíz decididamente irónica: tomar por real, por efectivamente enunciado, lo que sabemos que no lo está, ya que sólo se aproxima vagamente a lo real, o lo mima, o lo caricaturiza a sabiendas. Y mucho más irónico aún el lenguaje, que procura darle forma cristalizada -fonética o escrita- al contenido de lo pensado. El lenguaje es -diría- irónico a segundo grado, puesto que ironiza por medio de signos convencionales la ironía implícita en las formas de pensamiento.

\* \* \*

La idea de Dios -por su literalidad, por masculina, por asociármeme (y reconozco que esto es injusto) con hechos históricos o políticos que yo repudiaba, etc.- se me alejó definitivamente: no me despertaba ninguna sugestión, no me ayudaba a construir la indispensable obra del vivir.

Pero tenía que designar de algún modo operante a esa Totalidad/Una en la que me sentía inmerso y que le sirve de marco y de médula al Qué Me Pasa. Traté de recurrir a conceptos o términos ya existentes ("Ser", por ejemplo, que pronto deseché porque me producía una especie de "consunción filosófica"). Pero descubrí que todas las palabras posibles me llegaban con algún arrastre asociativo que enturbiaba la limpidez de significación que yo necesitaba.

No me quedó, pues, otro recurso que hacer de tripas corazón... e inventarme, sí, una palabra para mi uso exclusivo. Así nació un día el término "Eis", que ni sé de dónde me vino y que surgió tampoco sé cómo. Pero con Eis, palabra sin estrenar, pude estrenar cómodamente una visión

del mundo limpia de toda herencia intrusa. Sólo con esa palabra pude encaminarme hacia donde me era indispensable ir.

(Viñeta de separación)

Aparece un rasgo de Eis que no hay más remedio que calificar de "mágico".

A mi ver, Eis se repite, mágica o poéticamente, en cada cosa que vemos; pues sin dejar de ser siempre la misma, siempre total, está puesta, además, en cada cosa bajo una apariencia peculiar e irrepetida.

Aparece aquí otro misterio que sólo la magia esencial puede "explicar": Eis está en cada cosa -"es" cada cosa- pero lo está o lo es bajo forma particularizada. Diría: la Eis total, la Eis completa, adopta una apariencia peculiarísima -sin dejar de ser total- al "verterse" en las peculiaridades de una entidad concreta o, si se prefiere, al "modelarla".

¿Tendríamos que decir, entonces, que hay dos clases de Eis: la Eis total en sí misma, y la Eis también total pero que plasma en particularidades? Se diría que sí, aunque tampoco entendamos por qué Eis adoptó esta doble vía, por qué prefirió este mecanismo a todas luces tan extraño. Misterio cerrado, una vez más. (No asombrarse demasiado: ¿acaso el religioso sabe por qué Dios eligió hacer las cosas como las hizo, y no de otro modo?..)

Insisto: Eis es lo Todo, lo Uno; pero también es lo Particular, lo Cada. Y ello sin la menor contradicción: ¿no es esto un pase de magia genuino?

Qué le voy a hacer: yo siento que lo real es un bosque de magia; pero quiero decir con eso que es un bosque de Eis. Miramos a nuestro alrededor y vemos a mil Eis, a millones de Eis, una en cada entidad, todas con su peculiaridad diferenciada. Si las sumamos, son un solo Uno... pero por separado también son ese Uno.

Podría decirlo de este otro modo: el que suponga que el árbol es un árbol, que no viva. ¿Para qué va a vivir si no sabe que nada es literal, que toda cosa es, además de sí misma, emblema de toda otra, y en definitiva signo de Eis?

Y entonces resulta que todo es todo, que cada cosa es cada una de las demás cosas, como ya descubrieron hace rato antiquísimas intuiciones poéticas. Y que yo mismo también soy todo otro, y que llevo dentro de mí a la creación entera, unidad por unidad, y como conjunto a la vez. La llevo, no de un modo abstracto o metafórico, sino -diría- en forma concreto-mágica.

Si se prefiere: sucede que yo soy, de una manera mágico-literal, cada río, uno por uno, y cada catedral, y cada galaxia, y cada partícula de ceniza, y cada grito, y cada continente, y cada risa.

Entendamos: esto no es poesía fácil. Es la ley no racional e incomprensible de Eis, sin cuya captación quedamos fuera de lo que

realmente nos ocurre. Y no sólo yo: todo lo que es, sin excepción posible, participa de esa inter-identidad poética que todo lo liga.

\* \* \*

Tal vez lo primero que tenemos que entender es que, desde que nacemos, somos Eis entera y una. Me rectifico: creo que lo somos, no desde el nacimiento, sino desde la concepción misma; pues todo lo que se asoma al ser, no bien se asoma, ya es plasmación de Eis entera y una.

Es éste un operativo mágico, que sólo puede entenderse como tal, como puro prodigio: el Todo sigue siendo el Todo, el Uno sigue siendo el Uno, aún cuando haya plasmado en una entidad particularizada.

El yo humano no puede ser más restringido y peculiar; mis límites me convierten -pobre de mí- en algo pequeñísimo y de apariencia insular, algo rotundamente nimio. Sin embargo yo, localísimo como soy, soy Eis entera: nada de Eis queda fuera tratándose de mí (de cada ser, de cada objeto). Soy su totalidad, su unicidad, su completud, pero lo soy en el área recortada de la particularidad que se me "adjudicó".

Este salto descomunal, este prodigio incomprensible, es una de las primeras revoluciones a que voy abocado: la revolución de mirarme en el espejo y ver en mi figura la figura de Eis. Cuidado: no digo dejar de ver mi figura, sustituir la mía por la de ella. Digo otra cosa: ver mi figura, y al mismo tiempo (y no en lugar) ver igualmente a Eis completa en figura de mí. Estamos los dos. Prodigio.

Si no entendemos estos pases de manos, tan frecuentes en el funcionamiento extrarracional de Eis, quedamos inhabilitados para ahondar seriamente en el Qué Me Pasa.

\* \* \*

Me encuentro, pues, con esta estremecedora revelación que me lo cambia todo: yo soy Eis entera y una. He aquí el necesario punto de partida de todo vivir en profundidad. Porque esta "comprobación" me cambia entero y le da un cauce nuevo a los pasos que vaya a dar. Yo ya no soy más yo, en el sentido estrecho y narcisista del término. Este yo mío, hasta aquí minúsculo e insignificante, acaba de romper todas las fronteras que lo encorsetaban y se proyecta hacia una nueva dimensión de su ser, que lo identifica con cada cosa, con todas las cosas, con el Uno, con el Todo. Imposible concebir una revolución más sacudidora que ésta. Me he instalado, nada menos, en un yo cuya condición desconocía, y que me emparenta de un modo visceral con todo lo que tiene estatuto de ser.

Las derivaciones de este acto inicial de magia portentosa son incontables para mi Yo y para mi actuación de cada día. Esos nuevos modos de ser que asumiré por ser yo mismo Eis entera, comparecerán magia a magia en las páginas que irán viniendo.

\* \* \*

Mientras, pocas sensaciones debe haber más sobrecogedoras que pasear la vista por los objetos de la habitación e ir viendo a cada uno como

plasmación de Eis/toda. No sólo se ilumina el contorno con la sensación de un altísimo prodigio, sino que se aprecia la portentosa magia, la taumaturgia dichosa de Eis y su "habilidad" increíble para repetirse siempre distinta en cada particularidad.

Me asombra su capacidad para desdoblarse, siempre siendo Eis/Una, en tal cantidad abigarradísima de Eis particulares que coexisten una al lado de la otra, tan todas y tan particulares a la vez.

Y por otro lado me fascina no menos la inagotable inventiva, la "imaginación" de que hace gala Eis cuando concibe a cada particular y lo plasma en tal variedad de formas, consistencias, coloraciones, organizaciones, funcionalidades, tan cambiantes, tan irrepetidas.

¡Qué derroche de creatividad -sigo humanizando a ojos vistas los poderes de Eis-, qué lujuria de singularidades que "se le ocurren"! Me quedo abismado ante tamaño alarde, sumido en una especie de borrachera extática (pero nada estática, porque corro sin cansarme de un prodigio a otro).

\* \* \*

El religioso tradicional dice: "Amo a esa flor (o lo que fuese) porque es obra del Señor". Yo digo, en cambio: "Amo a esa flor (o lo que sea) porque es Eis misma". O sea "flor-Eis". Las dos cosas a un tiempo. Nada de "obra".

Y porque amo a esa flor en cuanto Eis, y a Eis volcada entera en esa flor, es que procuro que ésta se haga una conmigo. (Y estoy muy dispuesto a copular con ella, cómo no).

(Viñeta de separación)

Las realidades parecen relumbrar cuando las vemos "estar-ahí", en una presencia hablante y coral.

Tendría que decir, sin que sienta que exagero nada, que ser es coral. Esto es: que en el ser de cada cosa confluyen otras múltiples vías de ser. Ninguna cosa es en régimen de "recinto cerrado", digamos así; no es aislada o por sí sola, como si tuviera un funcionamiento autónómico o autárquico.

Creo que para clarificar mejor esto que siento, tendría que acuñar el término "intermismidad". Indico con él un hecho que, una vez descubierto, resulta deslumbrador: que de un modo que hay que llamar mágico, cada cosa es Eis completa, según recién decía. Pero también siento que, bien mirado, cada cosa es... todas las demás. De suerte que todo funciona como "un mismo".

Viniendo al yo: es un placer nuevo verme a mí mismo completo en cada objeto o en cada ser; comprobar que todos ellos son Eis misma, entera y total (yo también por lo tanto); y que todas las cosas están en mí, y que

en todo está todo, como si se armara un deleitoso juego de intercambiabilidades.

Y quisiera dejar todavía más claro otro descubrimiento que me resulta no menos conmovedor: que esa intermismidad es recíproca, rigurosamente recíproca cosa por cosa. Ejemplo: a no dudarlo, yo soy ese árbol, queriendo decir con toda precisión que yo estoy plasmado entero en ese árbol; o, si se prefiere, que el árbol es una forma peculiar que adopta mi yo para ser.

Pero lo contrario no es menos verdadero: yo soy una forma peculiar que adoptó el árbol para ser él. O también: yo soy un componente más de ese árbol, que además de ser él y ser yo, ambos enteros, es a la vez Eis entera y cada otra cosa no menos entera.

O sea que cada cosa -yo incluido- es una especie de conventillo repleto hasta los bordes de inquilinos que han hecho allí su domicilio... Un tumulto.

En fin, digo que la coralidad de todas las cosas y de yo mismo inviste a la realidad de una iluminación que no le conocía. Todo se ha llenado de pedrerías de ser. Las cosas refulgen con esos brillos que se le agregaron. Yo mismo refuljo y voy cargado.

\* \* \*

Es deleitable presenciar a las cosas externas con absoluta prescindencia de cualquier óptica funcional, estructural, estética, social, cultural o finalista. Verlas a todas "peladas", mondadas, reducidas a su más despojada condición: la de ser.

¿Esto no uniformiza a lo externo, no lo hace monocorde? ¡Puesto que todo está en lo mismo! Sí: es una multitud abigarrada de cosas las más heterogéneas, pero a todas las vemos aplicadas a idéntica "acción". Y entonces es posible que haya en un principio algo de emparejamiento, y hasta una cierta monotonía; pero aseguro que ello no me impide, en un segundo momento, volcarme fruciosamente hacia el disfrute de las diferencias y las especificidades.

Mientras, ver a las cosas libradas a la misma "tarea" de ser, tiene para mí una ventaja incuestionable: pone de relieve cómo están todas las cosas hermanadas, a pesar de sus diferenciaciones ostensibles. Puesto que "hacen" lo mismo, son lo mismo. O parientes muy cercanos.

Y también me deja más en claro la "democracia" profunda que impera en el coserío, un igualitarismo jamás transgredido: ninguna cosa es más que ninguna otra, ni tampoco menos. En lo atinente a ser, no hay manera de hacer distingos ni de establecer jerarquías, escalafones. No hay grandes ni pequeñas, importantes o nimias. Todas están en la trascendencia de ser, y no se puede ser más o ser menos.

Lo que sí veo relumbrar en estado puro, cuando las cosas quedan peladas de todo lo que no sea ser, es la magnífica festivalidad a que todas parecen entregadas si se las sabe ver. Se las descubre en pleno disfrute,

en el jolgorio delicioso de estar siendo, sin nada que las distraiga o las aparte de semejante festividad coral, plural, en la que todo -yo incluido- participamos gloriosamente.

No nos perdamos ese soberbio espectáculo, no nos quedemos fuera de la unánime celebración de ser. Atención: Eis no conoce otro estado que no sea el delirio feliz de consumarse entera en cada cosa y relumbrar en ella (por lo tanto, en nosotros). Por favor, abramos los ojos a su fiesta que no conoce pausa.

\* \* \*

Pocas vivencias más seductoras que quedarme los ratos escuchando ser a las cosas. ¡Qué música, la del silencio de lo externo siendo! Se percibe con el temblor de todos los sentidos, pero también con la memoria de la piel, y con los pensamientos todos.

\* \* \*

Cuando miro a mi alrededor, lo que veo es a Eis entregada a su "trabajo" de ser. Cierto: percibo sólo un área ínfima de Eis, unas pocas plasmaciones suyas que me rodean. ¿Debo desdeñarlas por ser pocas?

Nada de eso: debo decirme que es ésa la única ocasión que me es dada de presenciar a Eis misma en plena "tarea" de ser. ¿Cómo podría desperdiciar semejante oportunidad de ver con mis sentidos algo tan magno y eminente? Allí, ante mis ojos y mi tacto y mis oídos y mi entendimiento, Eis desarrolla su empresa de estar siendo: ¡no puede ser más emocionante, enloquecedor casi!

Así, ya no es paisaje lo que miro, ni el lugar rutinario donde tienen su escenario mis días, ni una colección de objetos y de seres cumpliendo funciones en provecho del hombre. Ahora ese entorno que yo trivializaba, que tenía domesticado para valerme de él, se ha transformado en... ¡"Eis en su trabajo de ser"!

Lo rutinario se ha hecho prodigio. Ni siquiera sé si ese entorno me sigue sirviendo para mis fines de cada día. Tal vez ya no. Ahora está bañado por la luz sobrenatural que proviene de Eis. Yo también he cambiado.

\* \* \*

Las cosas del contorno, si no se las entienden (y sobre todo si no se las sienten) en estrecha referencia con una figura superior (Eis digo yo), pierden todo sentido. Se vuelven cáscara, formas triviales, estructuras de pura y hueca funcionalidad. Fuera de esa funcionalidad, no hay por dónde asirlas, dejan de significar.

\* \* \*

Mientras la realidad no se vuelva "paisaje religioso", espacio de Eis, parecerá irremediabilmente estúpida, y engendrará modos estúpidos de ser.

\* \* \*

Hace un rato, orinando, pensé: este líquido dorado que fluye de mi cuerpo, será llevado por cañerías y conductos hasta desembocar en alguna masa de materia donde se mezclará con otras sustancias, se evaporará en cierta proporción, se filtrará en parte, y así irá cambiando de fisonomía hasta no quedar nada del líquido que mi organismo produjo.

En último grado, de transformación en transformación, terminará por hacerse partículas dispersas aquí y allá, y éstas a su vez se irán incorporando separadamente a la sustancia de que se componen otras realidades.

Echando a volar la imaginación, puedo pensar que a lo mejor he orinado... la porción ínfima de un perro futuro, o del tronco de un árbol que será, y de un canto rodado, y de un avión supersónico, y de un asesino, y de un reloj de pared, y de una pizca de sal en la mesa de una familia...

Todas esas entidades llevarán, sin saberlo, mi marca, como yo llevo la de incontables seres y cosas que han venido desde distintas proveniencias - distintísimas- a componerme a mí.

Tal es la emocionante circulación de todo en todo. Eis abiertísima, comunicante (ya a nivel material). ¿Cómo no celebrarlo, cómo no cantar con altísimo júbilo la viva comunión en que voy?

\* \* \*

Hoy al niño se le inculca una visión del mundo que, se sepa o no, proviene de la ciencia positiva y del reinado de la Razón. Se le explica que va a relacionarse con el mundo para conocerlo, inventarlo, clasificarlo, etiquetarlo. Si ese niño tiene suerte, puede que también se lo oriente hacia un acercamiento estético de la realidad. Y no mucho más.

No es que la visión científica o la estética estén mal en sí mismas; pero ambas me parecen dos ópticas parciales e insuficientes por sí solas. Allí falta algo central, medular: y ello es, a no dudarlo, el acercamiento afectivo del niño al mundo.

Lo primero debería ser inculcarle que el mundo es él, y que su vínculo no puede ser de sujeto a objeto (sea ese objeto científico o estético), sino de comunión fundamental. Que el niño entienda desde el arranque que el mundo es "lo él". Que sienta que su ser no termina en su frontera corporal ni en el ámbito de sus vivencias psíquicas, sino que el ser humano, al igual que cada cosa, es pura prolongación hacia el resto del universo.

Que el niño llegue a sentir visceralmente que él es el reloj, la flor esa, aquella lana, la lluvia que lo moja, el juguete que lo entretiene y la bicicleta que lo transporta. Todos son como versiones de su yo que le están ensambladas. Y al revés también: que su dedo, su diente, su ombligo, su excremento, su pestaña, son talmente el universo.

E inculcarle a la vez que él no está escindido del mundo, habitándolo como un morador, o recorriéndolo como un visitante. Pues él está inmerso en ese enorme Yo que es el cosmos, unido a él por mil hilos de sangre y



de temblores que lo hacen ser núcleo y centro de toda la trama de lo real.

Y enseñarle, por favor, que él no posee nada de ese mundo, que no existe ningún mío ni tuyo, porque el cosmos (es decir él mismo) o su yo (es decir el universo) no son poseíbles, no guardan con nada ni con nadie una relación propietarista. Los almaceneros a sus almacenes, como los científicos a su ciencia y los artistas a su arte.

Esto tiene que quedar muy claro: nada de invadir con ópticas ajenas y parciales la óptica central del hombre, que es la de su relación con el universo todo; no en calidad de miguita, de piecita insignificante de un gran aparato, sino en calidad de... mundo/todo, que tal es cada cosa si la sabemos ver.

El niño debe aprender, como enseñanza primordial para la vida, la comunión con cada cosa y con el Todo. Aprender a "ser" todo lo demás sin dejar de ser él; o mejor aún, que sólo será él mismo el día que sea capaz de ser todo lo demás: cada cosa por separado y el mundo como todo.

Junto a esta enseñanza cardinal, poco me importa el saber y aún el arte. La ciencia y el arte deben entrar en la educación, pero no como eje vertebral o como óptica impregnadora. Entrarán en la mecánica formativa, sí, pero de un modo ancilar, subordinados a ese gran tronco inspirador que es la comunión afectiva con el mundo, río central y fertilizante, único que puede hacer crecer a la persona hacia su plenitud.

(Viñeta de separación)

Parece haber fuerzas secretas en nuestro interior, que nos aportan maneras de la claridad.

Siento que es posible entender, o al menos captar de algún modo, el juego de Eis. Entender tal vez sea mucho decir, si lo pensamos en términos de racionalidad. Acaso estoy sugiriendo apenas, mucho más modestamente, "darnos cuenta" con algún oculto sentido de cuál es el signo según el cual funciona Eis, y marcha, no sabemos hacia dónde... pero quizás lo sabemos, aunque no lo podamos formular en lenguaje humano.

En todo caso, yo no me siento marginado de la claridad de Eis. Algo, aunque sea muy difuso, muy inconcretable, me llega de esa su luminosidad donde creo encontrar sus claves de ser.

De ese modo Eis me habla de su "qué" en un lenguaje que no descifro. No sé formular ese "qué", pero sé que sé qué es. Eso me basta.

\* \* \*

Ignorar las señales de Eis, sus flechas indicadoras, no empaña su nítido aire de luminosidad, de positividad.

Si bien, cuando me sumerjo en Eis, no sé su rumbo, sé que voy venturosamente encaminado. El viaje que haga en ella será salvador para mí. Aunque tampoco sepa ni por asomo en qué sentido me salva.

\* \* \*

Sí, en efecto: me siento emparentado con el impulso central de Eis. Mejor: que soy ese impulso; o que ese impulso "me es". Viene desde todas las cosas, me baña, me atraviesa, sigue viaje hacia todas las cosas.

Estamos en medio de un océano volador, girador, que con su vaivén transporta hacia todas partes a todos los elementos de todas las realidades, y va armando así figuras variantes que se construyen y luego se deshacen para dar lugar a figuras distintas.

Así, las cosas parecen importar poco. También el Yo, puesto que va inmerso en ese mar que en definitiva es también él mismo. Y decir que el yo importa poco no es disminuirlo sino al contrario, puesto que lo veo como un Eis-hacia-Eis. Sólo el pobre Narciso -es decir un enfermo, un tonto de ser- puede darle más importancia a la forma particular y pasajera del yo, que a Eis plasmada en él y dispuesta a proyectarlo venturosamente hacia la totalidad.

\* \* \*

Cada día gana más terreno en mí una concordia fundamental con el mundo, que me está haciendo cambiar mi atmósfera de vivir, mi temperatura interior, y me está volcando mucho más hacia lo afectivo que hacia lo intelectual.

Antes parecía tener como una urgencia en manejarme con el mundo en un plano mental: aspiraba a conocerlo y entenderlo mediante instrumentos intelectuales. Ahora lo que me importa es dejarme ir a favor de la sensación de que hay un profundo y definitivo hermanamiento entre Eis y yo, o entre las cosas/Eis y yo.

Ello se traduce en dos comprobaciones que no dejan de inquietarme: que lo externo es mucho más "yo mismo" de lo que antes pude entrever (que fue muy poco); y que yo soy mucho más vegetal, zoológico e inanimado de lo que hubiera estado dispuesto a admitir...

\* \* \*

Qué fácil me resulta dejarme llevar (para nada me importa hacia dónde y con qué fin) "dentro" de ese reverberante navío que es el cosmos-Eis. No sé nada de tamaña travesía, pero es un deleite único esa navegación, a la que no le pregunto nada.

(Pero esta metáfora náutica requiere algún cuidado: ¿es que "vamos en" la embarcación?; ¿o "somos" el navío? La diferenciación no es nada bizantina: son realmente dos concepciones opuestas de nuestro modo de relación con el mundo. Pero tal vez las dos sean válidas: por un lado, nuestra especificidad nos diferencia del cosmos, y entonces "estamos en"; por el otro, también vamos mismificados hasta lo más hondo con el mundo,

por lo cual "somos él". Las dos cosas al mismo tiempo: somos el navío que nos lleva y navegamos en él).

\* \* \*

El rasgo más ostensible de Eis, el más seductor tal vez, es su vitalidad exultante y su júbilo de fondo (pues la veo fulgurar, destellar gloriosamente de alegría de ser).

Me parece de la mayor importancia tener claro que ese "modelo Eis" - jubiloso, vitalísimo- es también el modelo necesario de lo humano, en lo individual y en lo colectivo. A él debemos procurar acercarnos con todas nuestras fuerzas.

Y en nada debe desanimarnos el hecho de que hoy nos esté vedada esa alegría y esa potencialidad tuyas. Ello se debe a que seguimos siendo víctimas de prácticas de vida y de conducta que nos condenan a una forma de ser mutiladora y grotesca.

Pero me importa subrayar el "hoy" que recién estampé. Creo, en efecto, que esta incapacidad que padecemos no es definitiva, sino una limitación perfectamente superable en una futura madurez humana. (Es que a veces pienso que recién estamos tanteando lo que en verdad es el hombre, y que quizás ni hemos empezado a descubrirnos; como si fuéramos puro bosquejo, apunte inicial).

Por eso me parece capital que llevemos fuertemente impreso en nuestro espíritu el convencimiento de que nuestra meta es aquel "modelo Eis" que recién mostraba -jubiloso y vitalísimo-, único que nos permitirá alcanzar el pleno logro humano que hoy apenas entrevemos.

(Viñeta de separación)

Cuando se nos aparecen los misterios de que está plagada Eis, debemos escuchar qué nos dice ella.

No bien pensamos en Eis, o la ponemos ante nuestros ojos, nos asaltan mil preguntas sobre su naturaleza y condición. Y como nos es imposible contestarlas ni aproximativamente, nos vemos privados de descifrar el famoso Qué Me Pasa. "Me Pasa Que...", pero no sé qué. Todo se nos resuelve en vestidura enigmática.

Sin embargo, los más de los hombres soslayan la sociedad con estos misterios. Entendamos: hasta un aprendiz de filosofía y seguramente - mucho peor- su profesor, pueden perorar durante horas acerca de tales cuestiones. Pero en cambio son contados los hombres que los viven. Con el sentimiento, quiero decir, con las entrañas, que es el único modo de vivirlos que importa.

Ah, yo no creo que haya que esquivar esos misterios, o hacerse los desentendidos ante ellos. Mucho menos transformarlos en temas

filosóficos, pasto de razón. Los misterios no nos son dados para hacer gárgaras pensantes o para que se luzcan saltimbanquis de escuela.

Yo pienso que vivir debe ser un ejercicio porfiado, cotidiano, de "misterio sentido". Andar con los ojos siempre abiertos ante la Eis enigmática; sin distraernos, sin escapismos, pues el misterio está en la médula misma de lo que somos.

Por eso -y no por complacencia masoquista- debemos hacer del misterio nuestro pariente y nuestra compañía, casi nuestro socio de todos los momentos. Otra cosa sería trampearle a Eis, que ha colocado sobre nuestros hombros esa carga de enigma.

(Yo he llegado a rebelarme contra Eis: ¿cómo es eso? La siento adicta mía, amante y maestra, compañera y protectora, pero tengo que preguntarle hasta el cansancio qué es lo que está pasando, quién eres tú, y jamás me ha contestado).

\* \* \*

Sin embargo, es una sensación muy extraña, pero muy hermosa, mirar todas las cosas alrededor, una por una, y descubrir entonces que estamos conviviendo con incalculable cantidad de "unidades de misterio". Hemos desembarcado en un país singularísimo, que sólo nos muestra una población silenciosa de bellísimos enigmas, entidades secretas que acaso nos estén reconociendo como un hermano más, como un colega muy afín, porque yo también me muevo entre ellas recubierto con mis vestiduras del mismo misterio.

Pero no es un "país" enemigo ni sobrecogedor, a pesar de estar sumido en tanto enigma. Todo en él nos tranquiliza; la sensación que se va recogiendo es de bienvenida, de deleite, hasta de caricia. Es un gusto moverse por esas avenidas inmóviles llenas de encantamiento, donde se nota que todo "está bien", que no se han visto nunca disonancias ni sobresalto alguno. Rompe los ojos que "estar siendo" es paz, es placidez. No cabe ninguna prevención, no hay razones para protegerse de algo. Es como un mundo poblado de "árboles" amigos, serenos, que todo lo ocultan pero que todo lo saben, y eso que saben trasciende a paz completa y definitiva: ah, paraíso, sí.

Porque sopla en este "país" un júbilo hondo, una alegría coral, que deleitadamente se escucha en secreto con ese oído mágico que todo lo que es posee.

\* \* \*

Primer gran misterio: la sacralidad de ser.

Somos maestros en el desdichado "arte" de reducir cuanto tocamos a una condición crasa, trivial, privada de maravilla y de trascendencia. Pero basta que entreabramos aunque sea un poco esa cubierta de trivialidad, para que se filtre hacia nosotros un aura de asombro, de prodigio, que toda realidad emite cada vez que llegamos a rozar su médula.

Es entonces cuando percibimos la sacralidad que reside en cada cosa y, por cierto, en nosotros mismos, y que es inherente a la condición de ser. Se diría un viento de sacralidad que resuena gravemente en todo lo que es. Y es así que toda la realidad se nos vuelve "sobrenatural". O mejor: cuando todo se vuelve sobrenatural, ya no hay distingos de calidades: todo lo natural es sagrado, todo lo sagrado natural. Naturalidad y sobrenaturalidad se hacen uno. Se abolió la diferencia entre sagrado y profano, entre terreno y divino: todo ha quedado "divinizado".

Es como un incendio que se corre de cosa en cosa hasta que resplandece el universo entero. Todas son llamaradas de viva sacralidad. Lo consabido, lo ordinario, ha estallado en pedazos, y entonces nos sentimos en medio de un orden prodigioso que arde en trascendencia pura.

Recién ahora estamos en condiciones de empezar a vivir el Qué Me Pasa. ¿Pero cómo entender esa sacralidad?

\* \* \*

No es nada fácil, no, aceptar que todo momento es en verdad "momento sagrado", y que todo lugar debe ser visto como "espacio sagrado". El vivir humano está fuertemente estructurado en torno a la dicotomía profano/sagrado, y es casi imposible escaparle.

Miro esa toalla colgada en el toallero. Sé que es un elemento sagrado: es en rigor toalla/Eis. ¿Pero cómo verla así, cuando se me impone, muchísimo antes, como elemento de uso, ligado al acto rutinario "darme una ducha"?

Todos los elementos del contorno presentan esa cara ambigua: los vemos funcionales antes que sagrados. Yo no digo que renunciemos a la funcionalidad de las cosas, ya que necesitamos sus servicios; pero sí aspiro a invertir los planos: que se me adelante primero lo sagrado de cada cosa; y que se quede allá atrás, ¡alejadísima!, la funcionalidad.

\* \* \*

Más de una vez Eis, la inexplicadora, parece venir a decirnos: "¿Pero no le basta al hombre con saberse "sagrado en lo sagrado"? Aunque no llegue a descifrar ni a entender ninguna cosa, ¿no le alcanza con respirar esa sacralidad suya? ¡Vivir sagrados en peripecia sagrada, aunque no sepamos más que eso!

Es que si soy capaz de investir a mi vida de sacralidad, como debe ser, de ahí salen un sentimiento del vivir, un modo de relacionarme con el mundo, un comportamiento, un estilo de ser. Y a la verdad que yo, al menos, no necesito nada más, aunque siguiera hasta el final sin saber de qué se ha tratado todo: ningún daño me hará este misterio.

\* \* \*

Segundo misterio: el sumo bien de ser.

Aquí tenemos a Eis informándonos -ella, que tan poco o nada nos dice- que esto Que Nos Pasa lleva un enorme signo positivo en su médula. Más claro aún: la empresa de ser, aunque no podamos entenderla, es decididamente un "para bien". ¿En qué sentido lo es? ¿qué es exactamente lo que encierra, hacia qué clase de bien nos lleva? Aquí Eis vuelve a callar.

Pero enseguida nos deja entrever algo más categórico aún: que "la acción" de ser, o que Eis misma, constituyen el nivel más elevado de bien que podamos concebir, la suprema positividad imaginable. No alcanzo a imaginar, por más que me fuerce, otro modo de lo afirmativo más alto que éste.

Veo este bien de ser como un agua que ascendiera a bañarnos desde los basamentos de las cosas todas. Uno se recubre con esa agua, se deja envolver con ella deleitosamente, y en efecto nota que la pureza, la sanidad que nos trae, hace prescindible todo lo demás. ¿Qué puede haber mejor -descubrimos-, qué más sabio, que entregarnos a esa corriente y dejarnos llevar, confiados, por su pureza que no entendemos?

Y Eis parece decirnos: ¿no alcanza eso solo para aceptar el Qué Me Pasa, aún ignorándolo todo?

\* \* \*

Tercer misterio: el júbilo, la festividad de ser.

Tal vez lo primero que me reveló Eis fue el júbilo. Aun antes que la sacralidad y el sumo bien. Una alegría misteriosa pero avasallante, que me llega desde las oscuridades de ser.

Ahora escucho a Eis asegurarme que ser -ser sin más- es de naturaleza festival. Que ella misma, vista como Uno, está en fiesta perpetua; y que cada cosa, en cuanto es Eis, lo está igualmente en lo medular.

Desconozco -puesto que tanto me oculta Eis- qué es esa fiesta; pero nada me cuesta percibir su estallido, el grito inexplicable de júbilo que emite cada cosa en su raíz, y que profiere Eis misma en cada instante que transcurre.

Es como si alcanzar el ser, o renovarlo a cada momento, equivaliera a consumir una gloria largamente acariciada. La fiesta de Eis se diría el frenesí de ser en estado puro, el vértigo felicísimo de la consumación.

Desdichadamente, el estruendo de lo incidental no nos permite percibir los sonidos y los fastos de tal celebración. Apenas si de tanto en tanto sube hasta nosotros un eco perdido, una resonancia vaga de esa festividad. ¿De qué sirve -me pregunto a veces- al no impregnar nuestra existencia toda? Es que nos falta una educación, una sabiduría de lo festivo de Eis.

(Y ésta me parece una de las tareas capitales que nos debemos: llegar a abrirnos paso hasta ese dominio donde impera el júbilo bárbaro de Eis, su entusiasta desenfreno de ser, y entonces instalarnos allí, y desde allí vivir).

Y una vez más me digo: cuando nos avasalla y nos arrastra el júbilo de Eis; cuando nos sumamos a su incomprensible festividad, ¿importa mucho saber qué es esa fiesta? ¿y qué celebra Eis, y qué podemos celebrar nosotros? Aunque no la entendamos, participemos en la celebración sin preguntar más nada.

\* \* \*

El hombre va con su carga de misterio encima. Pero aun siendo tan abrumadora, podemos soportarla sin embargo, porque cuando llegamos a un entendimiento completo de Eis y de su movimiento, ya no es inclemencia lo que se siente. El paisaje que se nos abre desde el horizonte de Eis, nos proporciona sobrada protección.

Para empezar, un ser humano ya no es cualquier cosa: es nada menos que Eis misma, y lo es en forma completa y literal, aunque singularizada. Y por ser Eis, se halla en la cima de la condición de ser. Y esto quiere decir que cada ser humano es sagrado por naturaleza, contiene en sí el sumo bien, protagoniza una condición festival, lleva en su centro el erotismo trascendente que irradia desde todo lo que es.

En esas condiciones, el misterio se vuelve en cierto modo "secundario". Dueños de tamaño patrimonio, nos sentimos seguros, cumplidos, aun en la aparente precariedad de nuestro ínfimo yo. Lo tenemos todo, plenarios en la gloria de ser, afincados en el estatuto supremo de Eis. En tales condiciones, ¿importa mucho el ignorarlo todo? Desde que sentimos que en Eis vamos "salvados", no nos va la vida en los misterios de fondo, no.

(Viñeta de separación)

Tal vez debemos encarar una revalorización muy firme de lo que se llamaría ser-presente.

Estamos conformados de tal manera, que tendemos siempre a pensar nuestro vivir en términos de futuro: hacia dónde tenemos que encaminarnos, qué cosas organizar para alcanzar en algún mañana tal o cual meta.

Y yo ahora creo que hay al menos una dimensión fundamentalísima del Qué Me Pasa que es menester vivirla ahora, ya, sin ninguna postergación ni espera ni referencia a ningún mañana.

En efecto, es hoy que "estoy siendo"; no va a empezar más adelante, en alguna circunstancia por venir. Ser ya está aquí, es mi "actividad" básica, principal, que desarrollo en la rigurosa actualidad.

De otro modo: hoy mismo, ya, estoy viviendo una situación eminente, me hallo inmerso hasta las raíces en la gloria de ser.

Por cierto que no es eso lo que se nos enseña. Se nos inculca que debemos darles prioridad absoluta a los movimientos incidentales del vivir, y a los asuntos que de ellos se derivan. Y así vamos, hijos de lo incidental y la precariedad. Del basamento glorioso de ser, ni noticia.

Triste, ah sí. Estar ya emplazados en la completa gloria y no darse cuenta. Poseer lo primordial, y vivir mirando para otro lado. No entender que nuestra única "ocupación" importante es vivir ahora mismo esa gloria de ser, que ya está aquí. No tenemos más que abrir los ojos.

\* \* \*

A veces me digo que tendría que romper relaciones con el futuro. Es que nos falta desarrollar una cultura de lo presente; una cultura y un culto, las dos cosas. Lo que el medio me proporciona es una organización contraria, dirigida tenazmente hacia lo que debo ser después. Siempre después. Pero mientras nos tiraniza el después, la gloria presente se nos escapa de las manos. No puede ser más estúpido (o hasta criminal) esto de tener que aprender a ser gloriosos hoy, sin perder un solo segundo en otras diligencias, la mayoría de las cuales son hueco puro, cáscara innecesaria.

\* \* \*

Esta nueva visión de un yo glorioso HOY, no se detiene en el Yo: me cambia radicalmente la visión de todo lo demás.

Hasta hace bien poco, los objetos que me rodean eran casi "zonzos", me parecían inertes, sumidos en un estatismo sin alma y sin contenido, de un modo que había que llamar obtuso, carente de luz y de gracia.

Ahora han cambiado su fisonomía hasta un punto que me deslumbra: los veo a todos ellos muy ocupados... en ser, como yo mismo. Les ha nacido una razón profunda, una "profesión" nueva, como a mí. Ninguno es ya bobo, como parecían hasta aquí, ni está inerte o reseco, ni se me presenta como recubierto de un plomo de pasividad ininteligente.

Es muy simple: ahora los veo a todos dedicados a ser, todos en la gloria suprema y felicísima del "estar siendo", sumidos en el puro presente religioso, bañados en su gloria, aplicados con todas sus energías al prodigio que les ha sido dado por el solo hecho de ser.

El contorno se me ha vuelto así portento y paraíso. Se me llenó de sentido y de "inteligencia": todas las cosas saben muy bien lo que hacen, todas están ocupadas en disfrutar como locas de su privilegio de ser. Son todas un canto al hoy, una glorificación de lo actual. Es entusiastamente verlas tan "activas", tan vivísimas, sin organizar nada para ningún después, teniéndolo todo y disfrutando de su dicha religiosa a manos llenas... ahora mismo, hoy.

(Viñeta de separación)

¿Cómo entender al Yo cuando se lo mira desde el horizonte de Eis?



He dicho antes que todo Yo -que toda cosa- es además Eis entera y una, merced a un mecanismo de "magia" incomprensible. De otro modo: toda entidad -el Yo por lo tanto- lleva en su naturaleza una especie de doble condición: es Eis toda, pero es a la vez una peculiaridad única. Aceptar esto, lo comprendo, obliga a un esfuerzo casi desmedido del entendimiento, pues el quiebre de la lógica, de lo razonable, no puede ser más radical.

Porque ¿cómo entender que el Todo sea a la vez un conglomerado de peculiaridades, sin perder, por eso, nada de su dimensión de totalidad? Para esto no tenemos -ya lo decía antes- explicación racional alguna. Hay que verlo como uno de los grandes hechos inexplicados que el ser nos plantea, y que sólo puede admitirse como un acto de magia profunda, pero sin pretender descifrarlo.

Mientras, no es así, ciertamente, como es visto actualmente al Yo. Este se nos aparece, en cambio, como una entidad, única e irrepetida, constituida por un conglomerado de particularismos propios del fenómeno humano; pero aquí paramos. No tenemos ojos para otras presencias interiores. Eis (o Dios) no aparece para nada en nuestra composición interna. "Está allá arriba", diría el religioso tradicional. Pero no "dentro", como presencia plena en la configuración del Yo.

En mí no funciona esa concepción del Yo. Veo a éste de otro modo, según expuse recién: como una entidad que no se reduce a sus peculiaridades humanas, sino que ya es mucho más que eso: es, en sí, Eis misma, Eis toda, pero en versión particularizada.

Por eso hay aquí una corrección fundamental que hacer: entender que el Yo es hasta cierto punto como una estructura doble, donde confluyen, en una unidad misma, Eis/entera y a la vez el conglomerado de particularismos en que ha plasmado esa Eis entera.

Y otra corrección necesaria: no se debe entender que Eis "está en el Yo" como si éste fuera un recipiente que lo contiene. Lo correcto es decir: "Eis es el Yo", lo es propiamente, medularmente. O si se quiere: el Yo consiste en Eis, aunque lo sea en versión particularizada. La totalidad y la particularidad se hacen en el Yo un "mismo" perfecto; por misterioso que nos resulte y aunque nos lleve una vida entenderlo.

\* \* \*

Pasando a otro aspecto: me resulta ingenuo suponer que yo soy yo. ¡Como si un yo fuera capaz de ser un yo! (como si algo fuera capaz de ser algo). Si me asomo al fondo de mí mismo, no es a mí a quien encontraré, como si se tratara de una entidad solitaria y solipsista. Encontraré indefectiblemente a Eis. De igual modo, mirando en el fondo último de Eis, es al yo a quien descubriré. (Y me gusta esta imagen de mí mismo que Eis me proporciona. Qué bien salgo en esa "foto", qué favorecido).

En rigor, la idea del yo es una simplificación burda, un esquema sin correspondencia real, según acabamos de ver. Estrictamente hablando, el yo no existe: lo real es el yo en mismidad con Eis. Si no somos capaces

de incorporar esta idea y hacerla carne; si insistimos en partir del esquema "hay un yo ubicado en Eis", como si fuera un árbol en el paisaje, seguiremos equivocando los pasos que demos.

\* \* \*

Veíamos recién que a la luz de Eis, la configuración del yo se aparece bastante extraña: el yo puede ser visto -al igual que toda otra cosa- como Eis "puesta allí" en su totalidad, pero en versión particularizada. Se podría decir de esta otra manera: que el yo es Eis toda/particular (o sea que es el Todo y a la vez una suma de particularidades).

Y este modo de ver al yo va a gravitar de manera diferente en mi "sentimiento de vida", según que ponga el énfasis en el término "todo" o en el término "particular".

Cuando le doy relieve al término "todo", mi sentimiento de ser tiende a expandirse, a ampliarse en todas direcciones. Es talmente como si se hubiera verificado una ruptura mágica de mis lindes y el yo tendiera a lanzarse hacia todo lo que no es él.

Ante este salto prodigioso que me hace casi ilímite, mi particularismo ya no me parece constreñidor, sino elástico, "estirable" hasta fronteras que ni sospechaba. Mi pequeñez de mero individuo parece dejar de operar, y empiezo a sentirme liberado de mi rígido formato.

Pero si en cambio pongo el acento en el otro término, "particular", mis sentimientos serán de muy diferente índole, pero también cargados de positividad.

En efecto, acentuar esa particularidad mía, me lleva a sentir que Eis "me ha elegido a mí" para manifestarse (idea más que dudosa, bien lo sé); a mí, con mi nombre y apellido incanjeables, mis atributos psíquicos y físicos, mi biografía exclusiva, mi contexto espacio-temporal irrepetible. ¡De modo que el yo se me aparece como recibiendo el formidable "privilegio" de ser "designado" para encarnar una forma peculiarísima de "decir" a Eis!

En el primer caso -haciendo centro en la totalidad- , me exaltaba pensar que mi poquedad se levantaba hasta hacerme Eis misma; en el segundo, me exalta que Eis haya "elegido" esa poquedad como molde para la manifestación de sí misma. Así, aun viniendo de costados contrarios, ambos sentimientos convergen para realzar la calidad de lo que soy: en los dos casos, el yo no puede quedar en posición más resaltada. ¡No parezco ser ninguna poca cosa, no!

\* \* \*

Descubro que nunca llegué a experimentar de veras (con las tripas, quiero decir) el sentimiento tan obvio de que este cuerpo y este psiquismo míos son únicos e irrepetibles. Que por una vez sola son, y fueron y serán, en los tiempos y en los espacios todos, y esa vez sola plasmó en este yo peculiarísimo en el que ando embarcado.

Debo reconocer que haber vivido sin este sentimiento no me deja contento. Pienso que desperdicié este Yo tan único e irrepetible. No me di cuenta a tiempo de esa exclusividad tan emocionante. Si mis vísceras -no mi mente, que bien lo sabía- me lo hubieran advertido, muy distinta habría sido mi actuación (habría tratado de hacerla luminosa, tal vez por aquello de que "lo que transcurre por única vez, que transcurra magníficamente").

Pero somos como sordociegos para esa condición nuestra de irrepetición. Nada nos incita a glorificarnos por ser tan únicos. Nos parece que el yo es lo más natural y consabido, cuando es todo lo contrario: lo más raro y singularísimo, la peculiaridad pura.

Por eso solo tendríamos que amarlo, cultivarlo, cuidarlo con el más enamorado celo. Pero ni reparamos en el privilegio que nos ha sido dado. No nos mueve un pelo su rareza conmovedora. Un Yo que tendría que refulgir como una gema.

\* \* \*

Bien mirado, la dignidad de cada cosa -no sólo del yo- es doble: la dignidad emocionante de ser el Todo, de ser Eis; la dignidad no menos emocionante de ser un único.

(Viñeta de separación)

Cabe preguntarse si este yo es un visitante del mundo, o una consonancia dichosa con él.

Quisiera que mis vísceras acabaran de entender definitivamente lo que mi mente hace tiempo que acepta sin ninguna vacilación: que yo no soy un habitante del mundo, un transeúnte inmerso en el paisaje cósmico y discurriendo por él como un extranjero que paseara por tierra extraña. (Y es así como solemos vernos, aun sin darnos cuenta),

Mucho más que eso, yo soy como una plasmación interna del Todo, salido de su entraña y constituyéndolo como un punto de su trama monumental.

Antes establecí que, en mi sentir, debemos vivir amarrando al Yo a la noción de totalidad, dada la profunda afinidad que los une. Pero ahora advierto que ni siquiera puedo hablar de afinidad, de proximidad, de compatibilidad entre el Todo y el yo. Es más que eso, muchísimo más: es co-sustancialidad. El Todo y el yo somos un "mismo"; aunque tengamos vestiduras diferentes, formas de plasmación tan distintas.

Voy a estampar aquí lo que acaso sea una demasía; pero es así como lo siento: el Yo es exacta y literalmente el Todo; y al revés también, sin duda: el Todo es exacta y literalmente el Yo. Aunque diferenciadas, son dos "versiones mismas" del discurso de ser.

Yo tendría que llegar a actuar, pues, en lo sucesivo, con mentalidad de Todo. Exagerando un poco, tendría que decir que ya no puedo encarar la

realidad desde el horizonte reducido del Yo, sino que debo sentirla desde las alturas del Todo. Cambio emocionante de perspectiva: ahora debo remontarme hasta las mayores eminencias para divisar las cosas.

Es que, en efecto, creció mi escala, se desmesuraron mis magnitudes: de algún modo pasé a inmenso. El Todo, o mejor el Uno, o al cabo Eis, es como mi nueva identidad. Mi Yo consiste en el Uno, así como el Uno consiste en el Yo. O para decirlo aún más radicalmente: Eis no es mi alter ego; es propiamente mi ego.

Habrá que aprender a ver las cosas de este modo, sin duda tan nuevo como extremado.

\* \* \*

Una vez, viviendo en Cuernavaca, penetré claramente dentro del circuito de una gran tormenta eléctrica y diluvial. Esa tormenta fui yo mismo, me constituí en el núcleo de aquel desafuero.

Instalado en ese centro, aprendí el júbilo bárbaro de esa ruptura de moldes, de ese derramamiento portentoso. Por un buen rato tuve cara de relámpago, psiquismo de diluvio. Y la fuerza descoyuntada de aquel delirio, pasó a ser la energía bruta de mi propio ser. Nunca imaginé que un mero "Yo" tuviera el privilegio de llegar a tanto.

\* \* \*

Un genuino hombre/Eis no puede vivir en un ambiente convencional. El hombre/Eis es un hombre mágico; el ambiente convencional engendra únicamente hombres convencionales.

Hay, pues, que transformar el contorno convencional en contorno mágico. Ello supone una actitud de constante alerta. Vivir en vilo. Pues no bien el hombre/Eis se descuida un tanto, el ámbito convencional se lo traga. Tiene que vivir rompiéndolo a cada momento, hasta lograr que quede al aire la médula mágica que late por debajo de la costra de convencionalidad.

Hace falta para ello toda una poderosa actitud creadora, la voluntad indesmayable de transmutar lo externo. Y esto implica un fuerte adiestramiento de conversión, forjar un automatismo merced al cual el contorno, no bien se mira, ya se vuelva mágico. Hasta que lo mágico se nos haga habitualidad (pero sin que por eso pierda para nada su "magicidad"...).

¡Qué fácil se dice esto, pero qué difícil conseguir la más modesta trasposición! Lo externo "actual" se resiste, la costumbre hoy imperante se nos impone, y aún más el consenso, que es todo él convencional.

(Además es riesgoso: la extravagancia, la chifladura nos rondan todo el tiempo. Porque hombre mágico en sociedad convencional genera demencia. Aunque también es cierta la formulación contraria: hombre convencional en sociedad mágica daría igualmente demencia. Eso sí: ni una heterodoxia ni la otra se perdonan. En esto, toda disidencia se paga caro).

(Viñeta de separación)

¿Cómo entender nuestras comunicaciones o cercanías con Eis? ¿De qué modo se plasman?

Es evidente que tengo que inventar encuentros, diálogos, acariciamientos, para que plasme en ellos mi trato enamorado con Eis (o, según veíamos, el trato enamorado de mi peculiaridad/Eis con la Eis/Total que también está en mí). Me asombra comprobar qué poco enseñan las religiones establecidas a propósito de estos contactos con la figura divina, qué corto trayecto han recorrido, qué mínimas formas idearon: la oración, algunos escasos rituales, poca cosa más. Y se debieran inventar cien mil recursos variadísimos, todo un abanico de formas de comunicación religiosa, para facilitarle al hombre su diálogo necesario e incitarlo a esos contactos. ¡Todo por hacer!

\* \* \*

Poco a poco le fui "tomando confianza" a Eis. No entiendo una palabra de lo que me dice, pero la noto noble, traspasada de bondad. No hay que tener miedo de entregarle todo, de desprenderse de cuanto uno es y tiene. Incluso de la cordura, si fuera el caso. Volcarse íntegro, sin reservas, hacia Eis, parece el primer movimiento indispensable de un vivir decidido a alcanzar todos los fondos, aun los más secretos.

\* \* \*

Una criatura esencialmente simpática: el término es vulgar, poco significativo; pero no encuentro otro mejor para aplicarle a lo que quiero subrayar acerca de Eis. Trato de decir, muy crasamente, que le siento una "bonhomía cordial", un tono bienhumorado, un gusto por la sonrisa, una disposición hacia lo amable de las cosas (o algo así).

Casi diría, estremando el paralelo con el comportamiento humano, que le noto una inclinación extrovertida, un darse fácil y desenvuelto. Por eso me resulta tan agradable pasar ratos con ella, dejar correr el tiempo en su compañía. La dejo venir hacia mí, la espero distendido, casi diría que la hago sentar a mi lado como una presencia confortable, serena y estimulante. Percibo su "sonrisa", le sonrío a mi vez. Ella y yo nos hablamos apacibles, complacidos.

\* \* \*

Me importa sobremanera saber si puedo "hablar" con Eis, establecer con ella alguna forma de contacto inteligente. Y más aun, de contacto afectivo. Busco un "estar juntos", cálido, dichoso, sin incurrir en humanizaciones baratas. ¿Qué "lenguaje", qué código de comunicación emplear?

(Aquí viene bien recordar el caso de aquel religioso que contaba Ernesto Cardenal: para dialogar con Dios, lo que hacía era decir "u u u u u". Y había otro que simplemente se ponía a correr hacia el bosque...).

Pienso que el tema viene por acá: en la base hay una estrechísima, hondísima ligazón entre Eis y la entidad particular, a partir de la profunda identidad, o mismidad, entre ambas. Ese lazo funciona siempre, ininterrumpidamente, y ello supone que Eis y la cosa están comunicadas desde lo más hondo, que hay entre ellas un diálogo abisal, vivo y eficaz, que no cesa nunca.

En ese sentido, bien puede decirse que ser es dialogar, es estar en comunicación mutua con Eis, no en el plano de las palabras o de contenidos racionales o concientizables, sino infinitamente más que eso: es diálogo de "mismos" entre dos realidades fundidas entre sí aún en el silencio. Si esa comunicación, o contacto, o diálogo secreto, se interrumpiera por un solo momento, la cosa dejaría de ser, se disolvería.

Me parece importante remarcarlo: ser es dialogar con Eis; y ese diálogo es intrínseco a la condición de ser. Cualquier cosa que se ponga a ser, no bien sea, ya entabló su diálogo con Eis; lo sepa o no, lo quiera o no.

El hombre también, ni qué decirlo. Pero el hombre tiene una capacidad que lo demás no sé si tiene: puede hacerse consciente de ese diálogo que lo subyace, puede traerlo a luz. Y cuando lo hace, eso le aporta la evidencia, la confortante y cálida evidencia, de su unión abisal y completa con Eis.

Se entiende que ese contacto y esa identidad no se establecen en ese único momento. Repito: están ocurriendo siempre en un plano escondido. Lo que sucede es que en ese momento vienen a luz, emergen del trasfondo esencial y se hacen visibles.

Me pregunto si, después de todo, no ha sido ésa la función sustantiva de la oración para la persona religiosa: traer el contacto con Dios a nivel de la conciencia. Mientras se ora, la comunicación y el diálogo se implantan a plena luz. Pero eso no quiere decir que comiencen con la oración y terminen con ella: estaban de antes y prosiguen después; sólo que en el acto de la oración vienen a la claridad de la visión consciente.

\* \* \*

En todo lo que se refiere a Eis, lo que no se concientiza, no opera.

En lo personal, yo uso mis propias formas de "concientizar" el diálogo con Eis. O sea, el equivalente de la oración. Pero yo no rezo. No me resulta eso de usar palabras, de "decirle cosas" a Eis con lenguaje humano. Tampoco puedo inventar rituales, ceremonias que cumplieran esa función.

Mi técnica es muy pobre y no se plasma en ningún signo exterior. Al revés: me meto para adentro, me reconcentro en mí mismo, y procuro

hacerme clara la mismidad con Eis que me sirve de sustento, la comunicación estrechísima y feliz en que estamos ella y yo.

De otro modo: no dialogo en el sentido palabrístico del término, ni oral ni mentalmente; pero asumo el carácter intrínsecamente dialogal de mi mismidad con Eis. Me dedico a palpar la corriente de comunicación que va y que viene entre ella y yo.

Puedo decirlo también de este otro modo: me instalo visceralmente en la identidad común; pongo en movimiento esa vivencia fusional y la hago subir a la superficie iluminada de lo que veo. Con eso me basta, aunque sea mudo y secreto.

\* \* \*

El vivir se me va convirtiendo en un diálogo perfecto y excluyente. No hay más que dos interlocutores: Eis y yo. El mundo se me ha simplificado venturosamente: en vez de mil asuntos a los que atender, uno solo. En lugar de incontables personajes a reclamar mi atención, no más que una figura. ¿Pero no es esto empobrecimiento, gravísima amputación? Todo lo contrario, porque sucede que mi único interlocutor abarca en sí a todos los personajes y a todos los asuntos concebibles. Ahora nada se me queda fuera.

Lo que no sea ese mano a mano entre Eis y yo, será hablar por hablar. No cabe la intrusión de ningún tercer dialoguista. Que nadie más se meta.

\* \* \*

Suponer que esa "reducción" del vivir a un "mero" diálogo entre Eis y el yo, puede representar un empobrecimiento, equivale a ignorar la naturaleza del amor. Exagerando a sabiendas, digo que amar algo presupone "devorar" al objeto amado, "tragárselo" en un acto de bella canibalización, que nos permite incorporarlo al régimen propio de existencia.

Y cuando ese objeto amado es Eis misma, que lo abarca todo, que lo es todo, el enriquecimiento interior alcanza su colmo: no hay mayor caudal concebible.

Es un diálogo, sí, dos interlocutores "tan sólo", pero con la particularidad de que uno de ellos aporta un todo a esa experiencia compartida.

\* \* \*

El diálogo entre Eis y el yo, si sigue un proceso natural, suele iniciarse del lado del yo por un encantamiento sensorial. Cuando el yo se vuelca hacia Eis con la necesaria ingenuidad, su manejo primero es sensorial. Abre literalmente los ojos (los sentidos todos) a lo externo, y se encuentra con aquel contorno riquísimo y deslumbrante, que no es otra cosa que Eis en sus manifestaciones más cercanas al yo, las que lo contornean, las circunvecinas.

Desde que uno reconoce -como yo al menos reconozco- que el mundo que perciben mis sentidos ES propiamente Eis, no la obra que ella construyó, los sentidos ganan en eminencia, en "respetabilidad" (ellos, tan denostados por tantas visiones del mundo).

Así vistos, dejan de ser meros órganos de valor puramente funcional, que sólo nos sirven para movernos entre los estorbos del mundo y manejarnos frente a la tumultuosa realidad, y entonces se aparecen de pronto convertidos en auxiliares trascendentes de nuestro diálogo enamorado con Eis. Es que los sentidos, ahora, "nos dan" a Eis, ni más ni menos; establecen con ella las primeras comunicaciones.

De tal modo, los despreciados sentidos se vuelven "órganos religiosos". Merced a ellos, hacemos contacto con la Eis más inmediata, e iniciamos juntos nuestro diálogo erótico y sagrado.

A mí no me disminuyan el valor de lo que me circunda, y por lo tanto de los sentidos que me lo proporcionan. Allí empieza mi "conversación" más inocente con Eis, mi juego emocionante de contacto con su presencia palpable.

Es cierto que los sentidos tocan sólo un sector parcializadísimo de Eis; pero en ese fragmento se alberga la naturaleza del Todo. Pues eso tan particularizado guarda no obstante el latido, la llamarada de Eis; y son los sentidos -mis benditos, trascendentes, religiosísimos sentidos- los que en un primer contacto me ponen algo de Eis, "todo" de Eis, venturosamente a mi alcance.

\* \* \*

Qué poco son cinco sentidos. Me transmiten una Eis muy pobre, muy menguada. Quisiera contar con mil órganos de percepción, o con cien mil. (Aunque la percepción de Eis me seguiría pareciendo pobre y menguada).

(Viñeta de separación)

Se ven muchas y muy diferentes formas sutiles de contacto posible entre Eis y el Yo.

Creo captar una finísima irradiación que me viene desde el contorno, si me pongo a percibirlo con aguzada atención. ¿Irradiación de qué? No sé explicarlo. Quizás de una forma de ondas impalpables, emisiones eróticas u ondulaciones de comunicatividad. Cosa así. Algo llega, que no pasa por la mente. Y al recibirlo yo, se me vuelve nutricio, sostenedor.

Quizás necesitemos esos baños de irradiación para subsistir, para fortalecernos. Sé que vienen directamente de Eis. Para que nos lleguen sus beneficios, no debemos estar tapiados, sordos a lo externo, como acostumbramos andar (porque la cultura vigente nos enseña y nos impone que seamos sordos de esa sordera).



\* \* \*

Tengo la certidumbre de que me voy extendiendo hacia todos los horizontes de las cosas. Y de que todas las cosas se van congregando en mí. Dos vuelos opuestos pero convergentes. Un venturosísimo volar, que me empieza a acercarse a lo que soy. Falto de ese vuelo, me reduzco a reptar, me oscurezco sin remedio.

\* \* \*

Cada vez me voy reduciendo a menos cosas. Me refiero a los intereses que suelen atrapar la atención de los seres humanos. De éstos me quedan ya muy pocos, cada vez menos. Y es que ninguno me parece más trascendente, más seductor, que sentarme en un sillón a escuchar ser... a presenciar a Eis celebrando su fiesta sagrada.

Reconozco que, visto desde fuera, debo parecer un perfecto ausente: sentado así, inmóvil, como atento a... nada. Pero todo está irradiando.

\* \* \*

Yo no diré, como mi primo San Francisco de Asís, "hermana lluvia". Soy algo más loco que él y siento que debo decir algo así como "lluvia yo". Es que el concepto de "hermanos" supone de todos modos una cierta distancia separatoria entre las dos cosas, una especie de "autonomía emparentada" -para decirlo de algún modo-, o una brecha vinculatoria.

En cambio yo siento que entre mi ser y la lluvia no hay fisura ni diferenciación alguna. Es que si los dos somos Eis, como creo a pies juntillas, uno y otro somos lo mismo, un mismo. Aunque plasmados en moldes diferentes, somos uno por origen, por constitución, por destino y funcionalidad, ya que estamos ambos referidos a Eis, en esto como en todo.

Cuando llueve, soy yo el que cae sobre la tierra y corre por la superficie acariciándola. Cuando escribo, es la lluvia la que oprime las teclas y forma las palabras que quiero decir.

\* \* \*

Yo podría decir que soy un místico, pero al revés.

Soy un místico en cuanto pienso que el sentido de la existencia humana es la comunión con Eis (con Dios dirá el místico). Pero el misticismo tradicional pensó casi siempre que la forma de unirse a Dios era volverle la espalda al mundo. Como si las cosas y los seres concretos alejaran de Dios, fueran casi su opuesto. (Valga la excepción admirable de mi socio San Francisco). El místico tendía a cerrar sus ojos y oídos a lo externo, lo rehuía, hasta lo despreciaba, y salía a buscar a Dios exclusivamente en la experiencia interior.

Yo siento, en cambio, que el mundo, por ser plasmación de Eis y estar Eis presente en cada una de sus entidades, nos aporta una vivencia insustituible de contacto hondo con ella. Por eso busco volcarme

frenéticamente hacia el mundo, y lejos de rehuir a los seres y las cosas, trato de ahondarlos porque ellos son Eis en su plenitud y con ellos se hace posible la comunión deseada.

Benditísimo el mundo, siempre -claro está- que se lo impregne de la necesaria proyección "religiosa".

\* \* \*

Una noche, cuando vivía en Cuernavaca, besé a un pequeñísimo insecto. Me conmovió su descomunal inocencia. No se daba cuenta de nada, de que yo iba a matarlo, de que el montículo donde había aterrizado era mi mano homicida. Me andaba alrededor con impresionante desprevenición: era claro que no poseía instrucciones de ningún tipo.

Lo dejé hacer un rato. Caminó sobre mi página en blanco, dio pequeños volidos, movía desatinadamente sus antenitas al enfrentar algún obstáculo no esperado.

Fue entonces que sentí, creo que por primera vez en mi vida, algo que no puede ser más obvio y que conceptualmente me lo debo haber repetido mil veces, pero que en ese momento me vino desde las vísceras: que ese insectito era autónomo, que era "per se", que el hombre no tenía nada que ver con su presencia-ahí (y muchísimo menos yo, por supuesto).

Y además lo sentí tan único, tan irrepetido, y tan depositario de una carga sagrada, y tan representativo de todo lo demás que existe...

Fue entonces que... lo besé. Mis labios lo rozaron con unción y con una ternura que llamaría cósmica, inspirada por Eis, qué duda cabe.

Pienso que fue un descubrimiento -entre comillas, claro- que hizo mi sensibilidad, mi intuición, ya que no mi saber. A lo mejor, a partir de este beso emocionado que le di al animalito, inauguré una relación nueva y más honda con las cosas del contorno. Eis anduvo por ahí, y cuando el bichito echó a volar, yo sentí que quedábamos unidos. Y que él y yo empezábamos a ser otros en algún lugar de la experiencia del universo.

(Viñeta de separación)

A la hora de empezar a transitar por dentro del cosmos-Eis.

A mí que me perdonen, pero cuando me pongo a mirar hasta el fondo un objeto cualquiera, esa cosa se me vuelve más importante, incalculablemente más, que la inmensa mayoría de los asuntos humanos habituales.

Supongamos: contemplo un cenicero de cerámica que tengo sobre una mesita del living. Al cabo de mirarlo un rato, este objeto común comienza a significar cosas, a "decírmelas". Con su magia casi imperceptible, me transmite un mensaje callado que me habla de Eis, de quién soy yo, de qué

son todas las cosas. Se diría que son contenidos que ese objeto llevara en su interior y que empezaron a manar hacia mí.

Francamente: al lado de esto que recibo, ¿qué puede importarme tanta materia humana que circula por ahí, y que suele ocupar tan anchos espacios del vivir individual? Lo que este objeto "mudo" empieza a aportarme, me atañe mucho más de cerca que los mil asuntejos humanos habituales: esa compra, aquel chisme, un fracaso ínfimo, la mitad de un hastío, tal logro egolátrico...

¿Estaré tan descaminado, tan fuera de razón, cuando jerarquizo de este modo las realidades que vienen a tocarme?

\* \* \*

Es curiosa la sensación que tengo a veces. Siento que el hecho de que yo viva, no importa mucho. Lo que importa es Eis. Yo ya tuve la maravilla de ser, y en la medida en que soy Eis lo tengo todo. Pienso, por eso, que debo afirmarme, primero, en lo medular: que soy Eis. Recién en un segundo grado soy mi peculiaridad humana.

(¿Por acá vendrá la vehemente sensación que muchas veces me acomete de que "la vida personal importa poco"? Sensación que me transmiten sobre todo las plantas, los animales -y los mexicanos-, pero no los hombres).

\* \* \*

Tal vez la cosa consista, después de todo, en reflejar a Eis, en ser su espejo.

\* \* \*

¿Qué es esto que me envuelve? ¿Hasta dónde llega lo que está fuera de mí? Lo que veo, lo que palpo, ¿es todo o es parte? Si es parte, ¿es una parte ínfima del total o abarca casi todo? ¿Dónde estoy?

Preguntas más que escolares, se dirá con toda razón. Pero si las volvemos a leer, descubrimos que son preguntas de feto.

\* \* \*

Debo declarar que a veces me siento ridículo siendo cuerdo (si es que lo soy). Es que encuentro algo grotesca a la cordura. Esto no supone un "elogio a la locura". A decir verdad, no le veo ningún mérito ni superioridad a la demencia, por lo menos a la que anda por ahí, haciendo ruido.

Y no me parece nada del otro mundo porque, en general, la demencia es como el negativo o el vaciado en yeso de la cordura que transgredió. De ahí que a una cordura mezquina, miope, corta de alcances, como la que padecemos, corresponda una locura de parecida especie.

Estaría dispuesto a admirar -y hasta a asumir para mi uso- una demencia que hubiera prescindido de toda referencia a la cordura ambiente, y que

supusiera un estallido sin conexión alguna con ella. ¿Pero es posible una locura así? ¿De qué podría alimentarse, sino de los componentes de la atmósfera cuerda en donde se engendró?

Lástima, porque sería la única locura digna de algún respeto. La que puebla los manicomios o los espacios del arte o de la filosofía, no va nunca demasiado lejos. Es de corto radio, de aliento estrecho. En definitiva es nuestro espejo: ¿qué podríamos esperar, pues? Cada civilización -y cada hijo de esa civilización- se inviste de la demencia que se merece.

\* \* \*

No me canso de transitar por el amadísimo cosmos/Eis, bañándome en su luminosidad portentosa. Descubro así que el Yo se le parece bastante. No me había dado cuenta. Ahora lo veo como su pariente cercanísimo, un casi cosmos, dividido de él por una delgadísima frontera que a veces hasta dudo que exista. Más bien pienso que ese borde lo fabricamos nosotros, a causa de nuestra trágica timidez fusional.

De todos modos, del casi mundo al mundo no hay más que un paso, un paso mágico-erótico. Ah, ciertamente: es una tentación probar a darlo...

(Viñeta de separación)

Se trata de develar los modos que emplea Eis para ser lo que es, y en especial cómo actúa su descomunal erotismo.

Voy a recurrir a una fea palabra para indicar lo que parecería ser como una obsesión de Eis: "entificar", esto es, plasmarse toda en entidades particulares (no crearlas, sino hacerse ella, entera, en cada una).

Parecería que ese "entificar" es el sino inevitable de Eis; como si para plasmar ella misma, no tuviera más remedio que plasmar cosas. Y como se la ve animada de una especie de furor de ser, ese empeño la lleva a entificar febrilmente en infinitas "unidades de realidad" en las que se va implantando sin darse tregua.

Al ver tal comportamiento de Eis, llego a preguntarme si ese empeño casi demencial de ser no constituirá su razón última: ser... para ser, como si en ser se encerrara el valor absoluto, la clave decisiva.

(Qué absurdo sería, en tal caso, nuestro empecinado correr tras los objetivos que habitualmente nos desviven, cuando a lo mejor, por estar siendo, nos encontramos ya en el ápice de nuestra completud, en estado acaso paradisiaco, aunque estemos tan lejos de entender que ser es por sí mismo paraíso... Ah de cuántas cosas tenemos que darnos cuenta!).

\* \* \*

Cuando Eis entifica -es decir, cuando se plasma a sí misma en entidades-, advienen al ser órdenes enteros de realidad, universos completos de objetos y criaturas. Y éstos, entonces, desde que comienzan a ser, pasan a estar en la cima, en la gloria suprema.

Ahora bien; donarle a algo las calidades más excelsas tiene un nombre bien definido: se llama "erotismo". No en otra cosa consiste éste: en entregarle a algo lo mejor que se tiene. De tal modo, corresponde decir que la postura de Eis ante las cosas en que plasma es una postura que no hay más remedio que llamar erótica.

Yo puedo no estar seguro de que Eis ame premeditadamente a las cosas, y por lo tanto también a mí mismo; pero al menos estoy seguro de que hace en mí todo lo que el amor hace.

Pero no sólo se muestra erótica por el hecho de plasmarnos: también por permitirnos persistir en el ser. A aquella primera donación agrega luego la segunda: darnos los elementos para que esa maravilla se prolongue en nosotros.

Eis, pues, es todo erotismo; el colmo del erotismo. Y agregaría más: no puede no ser erótica. A Eis le basta "funcionar", ser ella, para que automáticamente bañe de erotismo lo que toca.

\* \* \*

En mi caso particular -y por supuesto en el de cada entidad-, la impresión que recojo es de que el erotismo de Eis está concebido a la medida de mi receptividad amorosa; y hasta podría llegar a sentir -si no fuera delirante- que Eis está hecha expresamente para amarme en la forma precisa en que yo necesito ser amado...

Esta afirmación, que parece un arranque de egolatría, no debería extrañarnos demasiado si fuera verdad lo que yo pienso muchas veces (siguiendo con el discurso delirante): que no existe una sola Eis, sino muchas, infinitas "Eises", tantas como cosas y seres hay. O sea que cada uno anda por la vida con su Eis propia, construida a su exactísima medida, y "pensada" para colmar hasta el último resquicio de lo que uno es...

Cómo no considerarla, entonces, la amante perfecta. Veamos por qué: es un ser completísimo, o sea que, por la natural reciprocidad del impulso amoroso, reclama de nosotros todos nuestros máximos; nos brinda un amor personalizadísimo y amoldado a nuestras especificidades; se encuentra siempre al máximo de su capacidad erótica enfocada hacia mí, dándome lo más a cada momento sin disminución ni mengua alguna; su erotismo, además, no puede cesar jamás ni desviarse de objeto. A decir verdad, qué más puede pedir un amante. Allí no falta nada.

De ese modo, todos somos el centro único de un amor absoluto y personalizadísimo. Como si viviéramos en "situación placentaria", flotando dichosamente en un gigante ámbito erótico, constituidos en el núcleo de una portentosa pompa de erotismo.

Es en ese sentido que puedo decir con toda propiedad que Eis "me ama". Yo creo que la tan manoseada y abaratada expresión "Dios te ama", no por abaratada deja de tener un fundamento profundo. Me parece una intuición certera, exacta, que cada cual traducirá en función de las coordenadas con que se mueve.

Tal vez aquí resida la primera actitud interior de que debo investirme: sentirme literalmente bañado, embebido por el inagotable erotismo de Eis. No sentirme erotizado por Eis, destinatario expreso de su caudal erótico, equivale a trivializar mi experiencia de ser y a desvirtuarla. No darme cuenta de ese erotismo que me está llegando momento a momento, sustentando desde lo más hondo cada vivencia, es como no haberme enterado nunca de lo que me pasó.

(Viñeta de separación)

¿Es posible permanecer indiferentes cuando descubrimos la postura amorosa de Eis hacia nosotros?

Cuando establezco el contacto hondo entre Eis y yo, recibo de ella bocanadas de erotismo; o si se prefiere: concientizo que Eis me está regalando sacralidad, sumo bien, fiesta de ser, magia, prodigio, poesía (que todo eso junto es lo que hace el erotismo de Eis).

Y es entonces cuando se produce mi respuesta erótica: cuando la presencia de Eis inunda nuestra interioridad, cuando tomamos conciencia de su operar benéfico sobre el Yo, nuestro erotismo hacia ella comienza a manar indefectiblemente. Sería milagroso, incomprensible que eso no ocurriera. Y entonces me doy a volcar sobre Eis el patrimonio entero de mi erotismo.

Desde ese momento, el vínculo "amoroso" se ha hecho recíproco. Entramos en un estado nuevo. Ya no sólo soy receptor pasivo del erotismo que me llega de Eis; ahora hay una corriente circulatoria entre Eis y yo, un intercambio de vivencias eróticas que no conoce pausas ni interrupciones.

Si se quiere, ha nacido una nueva entidad: el Yo/Eis, novedosa criatura que hasta ese momento no existía. Mi ser se ha acrecentado venturosamente. Cambia mi respiración de vivir, la atmósfera toda de mi experiencia interior.

Es una entidad una y doble a la vez: una, porque el erotismo tiende con fuerza a la fusión entre los dos polos que la componen; pero a la vez doble, porque ambos permanecen diferenciados en su intercomunicación amorosa.

Así que ahora ando por el mundo uno y doble, apostado en mí mismo pero impregnado de todo. El horizonte de ser, la dimensión en que me muevo, han adoptado un carácter y un rumbo que me eran desconocidos.

\* \* \*

Cuando el yo pasa a integrarse a la entidad amatoria Yo/Eis, recién entonces ha encontrado su quicio. Porque el Yo no ha nacido para ser cosa separada, insular. Es criatura por esencia bi-polar, no uni-polar: necesita marchar en permanente acoplamiento con un Otro. Y si no lo logra, quedará siendo una entidad inacabada e infructuosa.

Un Otro. ¿Pero qué Otro? ¿Cualquiera? Hay muchos "otros" a los que podemos convertir en nervio central de nuestro vivir. Y según qué Otro elijamos, así será la vida que nos demos.

Pero hay uno solo capaz de levantarnos al máximo por sobre nosotros mismos y lanzarnos hacia nuestra plenitud: ciertamente Eis. Pues sólo concientizándola a ella en el núcleo de lo que somos, nuestro ser alcanzará su expresión eminente.

Y eso porque Eis nos convoca íntegros, no nos deja nada fuera; ni el más mínimo resorte nuestro quedará en desuso. Todo lo que somos se pondrá en movimiento y se lanzará con fuerza enamorada hacia su más completo cumplimiento. Pues al ser Eis tan rica en facetas y manifestaciones, el Yo, el Eis/particular, para adosarse entero con ella, tiene que lanzarse en todas las direcciones de lo que él es, multiplicarse y enriquecerse hasta el colmo.

De modo que si queremos alcanzar nuestra plenitud, contamos con la vía más formidable: concentrar en Eis nuestro patrimonio entero de erotismo religioso, lanzarlo hacia ella con la fuerza de una donación suprema. Sólo así llevaremos a su más alta expresión nuestro Yo/Eis.

\* \* \*

En estas transfiguraciones y malabarismos tan concordantes con la naturaleza de Eis, ahora se me presenta ésta investida de una nueva condición: la de Amada esencial. Un nuevo rostro, un estilo de mostrarse que no le conocía, un lenguaje recién estrenado para nuestras comunicaciones más secretas. Nuevas formas de la intimidad y de los entendimientos.

La condición de todo amor es abrir de par en par las puertas más resguardadas de lo que somos. Eis me ruega que no le niegue ningún acceso, como ella jamás me negó los suyos. Se trata de empezar a recorrerlos y a deletrearnos. Así proceden todos los amantes. La invito y la llevo de la mano por todos los recintos que me constituyen. Nunca más seré el que era.

\* \* \*

Cuando hacemos conciencia de que formamos parte de la entidad religiosa Yo/Eis, nuestra existencia individual adquiere un rumbo y una orientación que no tenía. El "Qué Me Pasa" encuentra una luz inteligente: ha surgido una empresa de dimensión trascendente a la que entregarnos, un eje orientador para nuestros pasos.

Somos desde ahora los protagonistas de un vínculo erótico del más elevado calibre, estamos en plena situación amorosa: yo recibiendo el potente erotismo de Eis y entregándole fervorosamente el mío. Me ha surgido, así,

un "quehacer" central: pues amar a Eis, plenificar al Yo para donárselo, se han vuelto ahora mis grandes móviles de vivir.

Con una salvedad fundamental: al decir esto no estoy pretendiendo que sea éste un objetivo de vida concebido en términos y valores absolutos. Los absolutos nos están vedados. Pero al menos sí digo que este vínculo amoroso integral es la vía que señala la peculiar mecánica de Eis, y concuerda a la perfección con la tendencia espontánea que nos empuja hacia nuestra plenitud. No más que eso; pero no me parece ninguna poca cosa.

(Viñeta de separación)

¿Adónde puede llevarnos este potente vínculo amoroso que ha empezado a funcionar entre Eis y yo?

Cuando manejo esta metáfora de los dos amantes entregados a su absorbente vínculo erótico, soy perfectamente consciente de que no es más que eso: pura metáfora, una manera figurada de mostrar el signo de las relaciones entre la Eis/total y la Eis peculiarísima que es el yo.

Pero además no me parece demasiado arbitrario ni extravagante parangonar el vínculo religioso con el de un amor humano: en efecto, es fácil descubrir similitudes muy significativas entre las posiciones relativas de los dos protagonistas, tanto en el "romance" religioso como en el que pueden entablar los seres humanos entre sí.

Es más: si fuéramos capaces de soltarnos de tradiciones y prejuicios, comprobaríamos que nuestro vínculo con la divinidad se parece mucho más a una relación de amantes que a la relación padre-hijo, o madre-hijo, como ha sido habitual que se la viera en casi todas (¿o todas?) las culturas.

Hasta es dable pensar que el amor humano, cuando es genuino, resulta más transparente que los nexos con las figuras parentales, casi siempre tortuosos, cuando no turbios, según ha mostrado el psicoanálisis.

De suerte que no tenemos por qué ver nada de irrespetuoso o arbitrario en ese recurrir al modelo del amor humano para reproducir la imagen de nuestro vínculo religioso. (Por lo demás, me parece un hermoso homenaje al amor humano, ya que lo izamos hasta tales alturas; pero también un hermoso homenaje al erotismo religioso, al revestirlo con los ropajes de una forma de amor que, como el mujer/hombre -o mujer/mujer, u hombre/hombre, si son auténticos- tanto nos depura y enaltece cuando es verdadero).

\* \* \*

Pero aquí viene a acosarme una perplejidad, que no me es nada fácil resolver: ¿cómo llegar a ser "el amante" de una criatura que no puedo saber cómo es? Nótese que no digo "que no puedo saber qué es", sino más



simplemente "cómo es"; quiero decir, lo más elemental y primario en cualquier amor: cuál es su imagen, su aspecto externo, su configuración característica. Resulta que trato de evocar enamoradamente a mi pareja, y... no tengo cómo agarrarme de ninguna imagen definida.

Es que sólo sobre esa imagen podrán trabajar luego la ansiedad, el deseo, la memoria, la nostalgia, la fantasía, componentes sin los cuales ningún amor encuentra sustento.

Ahora bien, en el caso de Eis ocurre que, merced a los peculiares instrumentos de que me valgo para el conocimiento de lo externo (aquellas intuiciones viscerales, aquel rechazo de los mecanismos intelectuales y de la fe), yo me encuentro privado completamente de la posibilidad de construir alguna imagen asible, manejable, enamorable, de esa Eis que va a ser todo en mi vida. ¿Qué aspecto tiene? ¿Le puedo atribuir un cuerpo, un rostro? ¿Tiene voz? ¿Se mueve? ¿Cómo se comporta? ¿Qué cosas dice? Y así miles y miles de etcéteras.

Se me dirá que no se trata de humanizar hasta ese punto tan craso la figura de Eis, y que no es necesario imaginar una Eis con figura y actitudes de mujer real. Cierto, pero no es tan fácil librarse de ello: el ser humano está prendido con dientes y uñas a una imaginación sensorial de la que no sabe desprenderse.

En muchas ocasiones procuré construir una imagen manejable de Eis pero comprobé su imposibilidad. No hay más remedio que elaborar hipótesis, opciones, probabilidades, pero sin encontrar nunca ningún apoyo firme y definitivo. Debemos aprender la difícil técnica (¿o imposible?) de amar a un ser al que jamás podremos visualizar -sensorializar- en su totalidad...

(Viñeta de separación)

Se trata de entender, mirándola de cerca, la dinámica de este "amor" que ha empezado a soplar entre Eis y el Yo.

Desde el momento en que queda entablado ese "romance religioso" entre Eis y el yo, se pone en marcha una poderosa dinámica entre los dos protagonistas: ambos empiezan a funcionar en sentido convergente. Es, en definitiva, la dinámica de todo amor: cada uno de los amantes busca por sobre todo identificarse con el otro, fusionarse con él. Necesitan hacerse uno, y ese impulso central los hace confluír hacia un punto de convergencia completa y definitiva, meta natural de todo amor.

El vínculo religioso entre Eis y el Yo no parece ninguna excepción. En este "amor", lo que más ansío es... hacerme Eis, nada menos. No sólo parecerme a ella, o imitarla: lo que me exijo, mucho más radicalmente, es pasar a ser ella, y pasar a serlo de modo literal. (En el amor humano ésta es una pretensión absurda e inalcanzable, claro está, porque Narciso nos impedirá salir por completo de nosotros; pero ese mismo impulso utópico es el que le presta al amor su vuelo y su grandeza).

Es útil señalar que en la entidad amatoria Yo/Eis, esa dinámica convergente no depende de Eis, sino sólo del yo. Pues Eis, por su misma radicalidad característica, "se pone" íntegra desde el principio en este "amor"; y luego, a cada momento, sigue entregada a él también sin retaceos.

No así el Yo. El Yo sí conoce "menos" y "más". Puede estar puesto nada, o poco, o mucho, o muchísimo en el amor a Eis. Es, pues, el factor variable de este vínculo. De ahí que sea el verdadero arquitecto de esta construcción, el comandante de este operativo amatorio. Porque depende de él, exclusivamente de él, la calidad y la temperatura que alcance la entidad Yo/Eis.

Entonces, tal ha de ser mi meta desde que me he convertido en el "amante" de Eis: impulsar una trayectoria ascensional de esa entidad, en pos de una fusión siempre creciente entre los dos "enamorados". Mi vida estará dedicada absorbentemente a ese empeño erótico central. El Qué Me Pasa ha encontrado aquí claridad y sentido.

\* \* \*

Ya sabemos que todo amor consiste, entre otros muchos movimientos, en una donación mutua. Los dos amantes ansían el bien del otro, y su impulso más poderoso es colmarlo de los mayores dones que estén a su alcance.

La naturaleza de Eis es eminentemente donadora, y el dón mayor que tiene para darnos es el ser, con todo lo que éste implica: sacralidad, sumo bien, festivalidad esencial. Pero también el Yo necesita donarle a Eis los mayores bienes. Parece risible: ¿qué podría donarle el Yo, criatura tan parvamente dotada, a un ser tan descomunal y completo como Eis?

Si bien miramos, lo más que poseemos para entregarle a Eis es el Yo mismo, el Yo entero, nuestro sumo patrimonio. Más no tenemos.

Pero no podemos donarle a Eis un yo cualquiera. Un yo pobremente desarrollado sería muy deslucida donación; y el erotismo reclama la mejor donación que esté a nuestro alcance. Lo que tenemos que donarle a Eis es un Yo en el máximo de sus desarrollos todos, un Yo en su plenitud.

De tal modo, esta necesidad erótica de donarme entero, me impulsa a desenvolverme lo más que pueda hasta alcanzar las cimas completas de mi ser. Un yo frustrado, un yo a medias, sería como retacearle mi amor a Eis. Me necesito plenario si quiero estar a la altura del erotismo de Eis. Feliz resultado (para mí, pero también para ella).

\* \* \*

Donarle a Eis nuestro Yo en plenitud: sí, es la más alta ofrenda erótica que está en nuestras manos brindarle. Pero entonces cabe preguntarse: ¿para qué querría Eis nuestro Yo? ¿qué "beneficios" le aportaría? ¿en qué sentido podría necesitarlo?

Necesitarlo... No deja de resultar sorprendente esta imagen (hasta graciosa, casi) de una Eis "necesitada" de algo. Pues ¿cómo imaginar a una figura divina careciendo de algo que no puede obtener? ¡Demasiado acostumbrados estamos a concebir dioses omnipotentes, a quienes no les puede faltar ningún atributo!

Sin embargo, jamás pude impedir que la imagen de una Eis necesitada se me impusiera a pesar de las protestas del sentido común. Sí, siempre encontré en Eis algo inacabado, como si no estuviera lograda del todo. La sentí como imperfecta, con su plenitud en proceso y, en definitiva, cuestionada. Una plenitud que está por verse, que hay que pelearla en un dramático bregar: ¡insólita imagen de un "ser supremo", lo admito!

No obstante, esa debilidad relativa que le intuyo a Eis, no me la disminuye un ápice. Nada más opuesto a mis sentimientos y concepciones que la figura de un Ser omnisciente, trepado en las alturas de su todopoderío. Al contrario: esa misma incompletud que le adivino a Eis, me la hacen mucho más cercana y entrañable, y me facilita grandemente una mejor comunicación afectiva con ella. ¡Hasta me resulta hermoso, conmovedor, descubrir en ella una cierta tensión, casi una torsión crispada, que no sé si no llamar dramática...!

Siento más todavía: que Eis se está jugando su ser o su no ser. ¡Hasta este absurdo he llegado a admitir!: una Eis en peligro de anulación. Pero así es como más la quiero a Eis: incompleta, insegura, en riesgo, tratando de hacerse plena y sin saber si lo va a lograr. ¿Es mucho decir que quisiera salir en su defensa, hacer algo por ella...? Yo mismo me río de mi inocencia, pero cómo me gustaría "ayudarla a llegar"!

\* \* \*

Eis plasma en entidades, y éstas, no bien alcanzan el ser, comienzan a desarrollar sus potencialidades. Algunas las desarrollarán al máximo, otras sólo a medias; aquéllas se harán plenas, éstas quedarán truncas en su desenvolvimiento.

Siendo así, ¿cómo suponer que Eis pueda estar plena, si las entidades - que son ella misma- han quedado lejos de su propia plenitud? Si las entidades quedan a mitad de camino, Eis lo queda igualmente. La incompletud de las cosas acarrea inevitablemente la incompletud de Eis.

Sé que lo que estoy queriendo decir resulta bastante escandaloso: que Eis depende de las entidades en que plasmó. Un religioso tradicional alzaría espantado los brazos al cielo: ¡Dios dependiendo de sus criaturas! Por cierto que le doy la razón... pero es así como lo siento. Sí, la fragilísima Eis que yo concibo no es dueña de sí misma ni de su "destino" último. Nosotros todos, es decir las entidades en que ella plasmó, haremos... que Eis sea más o que sea menos. ¿No es todo un disparate? Lo que pasa es que me niego a rechazar, sin más, el disparate como sistema de "ahondamiento" del ser... Y que se me perdone.

\* \* \*

Si es verdad que Eis depende de la plenitud de las entidades particulares para alcanzar la propia, ¿por qué no decreta "sean plenas todas las cosas"? Eso sería ciertamente lo más deseable para las entidades y para ella misma. Todo estaría en régimen de plenitud general...

¿Carece de poder Eis para disponer una "medida" así? No lo creo. Más que falta de poderío, veo exceso de erotismo. El amor perfecto es ante todo delicadísimo, incapaz de forzar en nada al objeto amado o de imponerle ninguna forma de coerción. Al contrario, desea con todas sus fuerzas que lo amado se desenvuelva por sí mismo, y así se amplíe y se enriquezca. Si no procede de ese modo, convierte al objeto amado en robot de sus designios. Telecomandándolo, lo condena a un frío automatismo.

Equivaldría a sustituir al amado, a proceder en lugar de él; pero eso quiere decir anularlo. En el caso de Eis, si ésta obrara por nosotros, en apariencia nos beneficiaría -y se beneficiaría ella misma-, pero al precio de convertirnos en peleles de sus dictados. El beneficio sería ilusorio: nos habría privado de la libertad de ser; y ser es el dón supremo, no lo olvidemos. ¿Cómo Eis, amadora perfecta, infligiría ese daño a lo que ama?

Por eso no interviene en la búsqueda de la plenitud de cada entidad. Plasma en nosotros, "se pone" en nosotros, pero después nos deja ser libremente: que cada cual llegue hasta donde pueda. "Ser libremente": en definitiva, ser a secas; porque ser es ser libre y sólo así se es. Y Eis, maestra de la libertad de ser, lo sabe mejor que nadie y por eso se abstiene de intervenir, y se queda como esperando a ver hasta dónde llegamos nosotros en pos de la plenitud... que ella "necesita", sí, claro.

\* \* \*

Parece que el Corán dice por ahí: "Dios no necesita de sus criaturas". Lo contrario, exactamente, de lo que yo pienso de Eis: sin sus criaturas -y agregaría: sin sus criaturas en plenitud-, Eis, la pocopoderosa, naufragará sin remedio.

Me parece destructor lo que dice el Corán. Yo vivo cada día en la alegría de saber que le importo a Eis, que sin mi logro ella no podrá lograrse. Y esa convicción me alimenta, me ilumina por dentro, me colma de incitaciones y ganas de ser. ¡Eis me está rogando minuto a minuto que yo "la" sea!

\* \* \*

Descubro una clave inteligentísima del erotismo de Eis, la trama sorprendentemente afinada de su juego erótico. Conviene repasar su mecánica.

Eis, impulsada por su erotismo incalculable, plasma sin cesar en seres y cosas. Pero a su vez, cada una de estas entidades, si concientiza a Eis, se verá impulsada a volcar su propio erotismo hacia ésta, respondiendo a su "llamado". De ese modo, la entidad comienza a desarrollarse hacia sus

máximos, en marcha hacia su plenitud; y es así como "contribuye" a la mayor plenitud de Eis.

Pero hay, además, otro juego paralelo, ahora entre las entidades mismas. Cada entidad "siente", o "sabe", o "adivina", que las demás entidades son Eis, y eso la lleva a volcar su erotismo esencial hacia ellas. Pero al mismo tiempo recibirá de éstas el erotismo que, por las mismas razones, ellas le dirigen. O sea: al tender cada cosa hacia su plenitud amorosa, asegurará la plenitud de todas las demás y de la propia Eis.

De ese modo la red erótica total se hace bien trabada, más cerrada, de suerte que todo crece, coral y pluralmente, hacia su consumación de ser. El erotismo generalizado es el instrumento de esa felicísima mecánica.

Tal parece ser el "plan", el juego complejo de reciprocidades y plenitudes en que el erotismo de Eis está empeñado.

(Viñeta de separación)

Es el momento en que aparece una Eis fuertemente sexualizada: Eis mujer o Eis varón, según quién ame.

Basar el vínculo amoroso entre Eis y el Yo en el modelo del amor humano, me llevó casi inevitablemente a feminizar la figura de Eis. Lo digo sin mayor rubor. La versión masculina de la divinidad, única que se encuentra hoy en las concepciones occidentales, no me despertó jamás la menor sugestión y me bloqueó por mucho tiempo toda experiencia religiosa.

En cambio, cuando me vi llevado a feminizar a Eis, ese bloqueo desapareció como por arte de magia, se disolvió literalmente ante mis ojos, y las vivencias religiosas comenzaron a manar con la mayor fluidez y naturalidad.

Por lo demás, no tenía mucho de qué escandalizarme: la sexualización de la divinidad ha sido casi una constante en la cultura humana, y hoy mismo la seguimos encontrando en las más "avanzadas" civilizaciones. Y en cuanto a la feminización, si bien no es habitual en las religiones actuales, lo fue en tantísimas culturas anteriores, demostrando que era una postura natural del sentir humano. ¿De qué me iba a asustar?

Eso sí: en ningún momento esa feminización me llevó a creer que Eis fuera propiamente mujer, o cosa semejante. La acepté femenina únicamente como metáfora, o mejor como una manera de sentir, impuesta por necesidad de mi óptica masculina (por iguales razones, una mujer masculinizaría la figura de Eis).

Eso no quita que encuentre en Eis, además, rasgos y atributos que me parecen propios de la feminidad: su carácter primordialmente erótico, su postura protectora y nutricia, apta para enriquecerme y movilizar mis potencialidades todas; signos que me he acostumbrado a distinguir en la feminidad enamorada, y que Eis posee tan acentuadamente (o que mi

erotismo necesita atribuirle, lo que no sé si en definitiva no es lo mismo).

\* \* \*

A mí no me parece ninguna demasía hablar de "sexualización religiosa". Y ello porque pienso que la afectividad humana no es neutra: que está sexualizada de raíz, aun cuando no se aplique a lo estrictamente sexual. Hasta creo que hay un modo masculino de amar algo y otro femenino (ya se trate de amar un lugar, una idea, una patria, un emprendimiento); modos que coinciden en mucho, pero que están dotados de un matiz diferencial otorgado por la distinta configuración sexual. Y ello ocurre en todo comportamiento afectivo.

Y yo pienso, precisamente, que vivir, en último grado, consiste en un relacionarse afectivo con el mundo, con Eis. La divinidad "no nos sirve" para explicarnos intelectualmente el mundo: nos tiene que "servir" para dotarnos de un asidero afectivo ante lo real.

Y entonces yo dialogaré con el mundo, lo quiera o no, desde mi configuración estructural masculina, con afectividad masculina; y la mujer lo hará con la suya, parecida en mucho a la del varón, pero no idéntica. Y de esas diferentes ópticas, es natural que surjan dos imágenes diferentes de la figura divina; o al menos dos "sentires" diferentes.

Es en este preciso sentido que hablo de la sexualización necesaria de Eis y de nuestro vínculo con ella.

\* \* \*

Considero, sin embargo, que ha habido una especie de cortedad en el manejo de esta sexualización religiosa. Se ha edificado el vínculo Dios/individuo sobre el modelo padre/hijo o hija. En cambio sólo lateralmente, apenas como metáfora mística, se dio el paso de adoptar como modelo la relación erótica hombre/mujer (así, se ha hablado de Esposo, de matrimonio místico, etc.); pero nunca fue éste el modelo dominante ni se lo quiso llevar hasta sus últimas consecuencias.

En el caso de mi particular vivencia de lo religioso, cuando me avine por fin a aceptar una mínima, tímida, humanificación de la figura divina, acudió en primer término la versión masculina de la divinidad, por ser la más corrientemente aceptada. Pero pronto comprobé que era incapaz de entablar con ese llamado "Señor" ningún tipo de relación, y así la experiencia religiosa pareció quedarme bloqueada: hasta creí renunciar a ella de manera definitiva.

Sin embargo, se fue abriendo poco a poco en mí un nuevo cauce, que en un principio no dejó de encontrar resistencias interiores: ya que la versión masculina me cerraba el paso, ¿por qué no feminizar la figura suprema? La única objeción podría provenir de la costumbre, de la tradición de siglos en la religiosidad occidental... ¿pero qué podía importarme, si nunca estuve afiliado a ninguna religión institucionalizada?

Por otro lado, bastó que pensara en esa feminización posible, para que la experiencia religiosa se soltara de su bloqueo y comenzara a movilizarse y tomar cuerpo. ¿Por qué rechazarla?

A poco andar, se me presentó el problema del nombre: tenía que "bautizar" de algún modo a esta nueva figura femenina, ya que el término "Dios" no me servía. Un día me llegó, no podría decir cómo, el término Eis. No le encontré ninguna relación con otras acepciones ni significados, y ni siquiera tuve que "discutirlo" conmigo mismo, pues jamás provocó en mí la menor vacilación.

Aclaro que aunque el término Eis es para mí del género femenino, nada obstaría para que sirviera igualmente de polo masculino, si a alguna insólita mujer se le ocurriera manejar esta misma fabulación que yo me he dado. La palabra es fonéticamente neutra, así que podría usarla no sólo una mujer, sino hasta el o la homosexual, y aún podría dar lugar a una imagen andrógina, o bisexuada, o...

\* \* \*

Pero pronto advertí un segundo rasgo interior sorprendente: esta figura femenina sólo podía ligarse a mí según el modelo de la relación erótica hombre-mujer, no madre-hijo. Esto es: sentía la necesidad de volcar mi carga erótica masculina sobre el polo femenino representado por Eis.

No me fue fácil, tampoco, aceptar esta segunda "novedad", que venía a contradecir tan frontalmente las tradiciones y ópticas de las religiones corrientes. Pero otra vez mi desaprensión casi irresponsable me sacó (por suerte...) adelante.

A partir de ese momento, me embarqué sin más inhibiciones en mi "romance religioso" con Eis, convertida en amante metafórica. El lenguaje, las vivencias, la mitología del amor humano, constituyeron el arsenal del que me valí para manejarme con esta persona divina feminizada. Y así el impulso religioso se desplegó con entera libertad, en feliz imitación del más feliz de los "romances" humanos concebibles.

Afirmo que erotizar la experiencia religiosa en francos términos hombre-mujer, y hasta sexualizarla sin miramientos, le confiere al vivir un vuelo y una temperatura y una dichosidad y un lirismo y un alcance mágico, que ningún otro modelo posible podría igualar.

Supongo que ello ocurre así porque sólo en la figura amatoria Eis-mujer (o Eis-varón si se trata de un sujeto femenino), el ser humano puede consumir su ambición más arraigada y poderosa: la de poder entregarse sin restricciones ni límites a un amor radical que no conozca fin, al que nada puede vulnerar, que nos arrastre enteros y abarque hasta lo más guardado de nuestra individualidad.

Un amor a escala cósmica, intemporal, inespacial, capaz de dar cuenta de nuestro destino religioso, y colmar de sentido y de inteligencia mágica a esto que somos.

\* \* \*

Siento claramente que el erotismo que recibo de Eis se halla específicamente amoldado a mi hechura, como si estuviera concebido a la medida de lo que yo soy, y Eis me amara en la forma precisa en que yo necesito ser amado.

Claro que esto no es un delirio de mi egocentrismo. Responde más bien a una idea muy particular que tal vez no sea muy conforme a razón: pienso que en cierto sentido (¿sentido mágico, tendría que decir?) no hay una sola Eis. Hay tantas como seres y cosas hay, y cada una de esas Eis "está hecha" a la medida de las necesidades y rasgos eróticos de cada cual, amoldada a la manera peculiar de amar que tenga cada entidad.

Por eso veo a Eis como la amante perfecta: completísima, personalizadísima en su erotismo, actuando siempre en función de mis especificidades, y dándome lo más en todo momento. Es el reinado de la calidez, de la permanencia, de la seguridad en el amar. Allí no falta nada. ¿No es ésa, acaso, la aspiración suprema del erotismo humano?

\* \* \*

Vivir el amor con Eis a la manera humana es un verdadero vivir hedonista, signado por el placer más hondo.

Me apresuro a reconocer que este término, "hedonista", "hedonismo", no está muy bien mirado. Y ello porque suele asociársele a la búsqueda de placeres comúnmente de superficie: placeres de los sentidos, placer sexual, placeres narcisistas (poder, riqueza, éxito mundano, prestigio social, etc.).

Pero por supuesto que yo no hablo para nada de ese hedonismo. Me refiero en cambio a lo que habría que llamar con propiedad "hedonismo religioso": esto es, el disfrute en profundidad del lazo esencial con Eis, el goce que trae el vínculo enamorado con ella.

Y ese hedonismo funciona a la vez como una señal, como un aviso: nos indica cuándo estamos viviendo a pleno, en la más perfecta comunión con Eis.

Casi diría que un vivir carente de "hedonismo religioso" revela que estamos traicionando a Eis. Si se pudiera hablar de deberes u obligaciones tratándose de Eis, establecería que tenemos la obligación de vivir en el "placer religioso"; y que cuanto más placer religioso, más alto tributo le rendimos a Eis. (Ciertamente, una "obligación" a no omitir por nada del mundo...).

(Viñeta de separación)

Ha nacido lo que puede llamarse "vivir en Eis", que es un vivir en creciente comunión erótica entre ella y yo.



Una vez que concientizamos como es debido nuestra relación erótica con Eis, comienza un vivir enteramente nuevo en sus actos y en su atmósfera. Ahora tenemos un papel muy específico que cumplir: enfocar por entero nuestro erotismo hacia Eis, salir a hacer contacto enamorado con ella.

Desde un punto de vista puramente mecánico, "vivir en Eis" consistirá por sobre todo en una comunión permanente con ésta, fabricar comunión tras comunión para avanzar cada vez más en la fusionalidad erótica con ella.

Ahora bien: ¿dónde "hacer" esa comunión? ¿cómo encontrar a Eis para intentar con ella la mayor fusión?

Descubro tres "lugares" aptos para esos encuentros. Primero, puedo hacer una comunión directa con la figura de Eis vista como Todo/Uno; segundo, también puedo hallarla en cada cosa del entorno, ya que cada una es Eis misma en versión particularizada; y tercero, puedo dar con ella en mi propio Yo, desde que, como antes vimos, en mí (como en cualquier otra entidad) ha plasmado Eis entera.

- 1 -

En cuanto a la primera vía, ¿dónde dar con esa Eis/Todo/Uno? Puesto que no posee ubicación externa, sólo tenemos el espacio posible de nuestra interioridad; y para ello crearemos en nuestra afectividad un "centro entitativo" que represente a Eis. En ese espacio de la intimidad haremos contacto erótico con ella. (En eso tenía razón la experiencia mística, cuando comprobaba, no sin asombro, que era en el recinto interior de la persona donde "se aparecía" la figura divina).

- 2 -

Pasando a la segunda vía: saldremos a encontrar a Eis en cualquier entidad del entorno, ya que en todas sin distinción alguna la hallaremos; y en el seno de cada entidad, en sus particularismos, podremos "comuniónar" en profundidad con Eis (y que se me disculpe el desdichado neologismo).

- 3 -

Pero Eis entera también soy Yo; Yo en versión o en molde particularizado. Esto supone que, para encontrar a Eis en esta tercera vía, debo volverme hacia mí mismo y ahondar en ese "mi mismo", puesto que esas particularidades mías son Eis entera (aclarando, eso sí, que este "volverme hacia mí mismo" no tiene nada que ver con ningún impulso de tipo narcisista, y mucho menos autocomplaciente. Es, por el contrario, un abrirse amoroso hacia Eis, palpando en mí su presencia viva con la que fusionar cada vez más mi ser).

Sería errado asignarle mayor importancia a alguna de las tres experiencias a los efectos del "vivir en Eis". Las tres cuentan por igual y son las tres insustituibles. Pues con ellas sumadas, alternándose a lo largo de nuestros días, es como marcharemos hacia la conjunción creciente que necesitamos forjar.

\* \* \*

No sé, en verdad, cuál es placer mayor: si encontrarme cara a cara con Eis y dialogar con ella sin intermediario alguno; o si ir a encontrarla bajo la forma particularizada de mí mismo o de alguna entidad del contorno. Siempre es Eis la que me mira y a la que miro; siempre es erótica nuestra "conversación". Pero en uno y otro caso esos contactos difieren.

Cuando me encuentro con Eis en el recinto más reservado de mi intimidad, nuestros "temas" parecen prescindir del mundo externo y de los asuntos humanos. El sentimiento se depura, los contactos mutuos se aligeran sin perder para nada incandescencia. Todo parece transcurrir en un ámbito intemporal, casi ingrávito. Las llamas del erotismo crepitan en una especie de silencio angélico, las palabras se estilizan y ahondan, uniéndonos con una fuerza que yo jamás había percibido antes. La fusión que se logra es de una intensidad casi inadmisibile, y resulta fácil entender que nada la quebrantará de ahora en adelante. La sensación de "uno" nos recorre y nos inspira. Nos hemos vuelto criaturas delicadamente paradisiacas.

Muy diferente es todo si voy a encontrar a Eis en lo externo o en mí mismo. El mundo entero parece arrebolarse. Se pone a abultar en el aire una forma de la alegría que yo desconocía. Me abro paso hacia lo más singular de lo que soy o de la entidad externa que he elegido, y cuanto más penetro en lo diferencial y único, más jugosa e incandescente se me aparece Eis. Es el momento de la fiesta conjunta, cuando el erotismo se derrama sobre mí y sobre todo lo que existe, y Eis tiñe con nuestra conjunción al universo entero.

Tanto en el contacto directo, interior, con Eis, como en el particularizado, yo me voy volviendo cada vez más Eis, Eis cada vez más yo. Todo se hace espejo, pues cuando nos miramos, cada vez se nos va apareciendo más "un mismo"; y resulta difícil decir cuál es la figura real, cuál la imagen.

(Viñeta de separación)

Nace la más poderosa pareja en la que iremos centrados.

Este "vivir en Eis" según las tres modalidades, hace de Eis y del Yo un par enamorado que no cesa un momento de vivir su conjunción erótica. Llevo esta conjunción a todas partes, y mire donde mire o vaya donde vaya, allí andamos los dos enlazados en fervorosa compenetración.

Par. Pareja. Casi que estoy tentado de decir -si no pareciera bajar demasiado a tierra el tema- que Eis y yo hemos pasado a constituir exactamente eso: una pareja en el sentido de las uniones humanas. Habría que hablar en todo caso de "pareja religiosa", entidad potente, ajena a cualquier precariedad posible.

Curiosa pareja ésta, se dirá, que no se compone de dos elementos homogéneos, de igual naturaleza. ¿No parece dar lugar a una entidad casi monstruosa, contra natura?

Sin embargo, cabe discutir esta presunta heterogeneidad de sus dos componentes. Si bien miramos, Eis no es ni puede ser ajena a ninguna condición, pues las contiene a todas. Así, la afinidad de Eis con la naturaleza humana es de esencia, y resulta inadmisiblemente concebirla desemejante.

Eso sí: esta nueva pareja Yo/Eis tendrá que idear sus modalidades propias de inter-relación, ya que no es asimilable en todo a la pareja humana. He ahí un campo virgen, que debe explorarse y crearse íntegro: habrá que inventar formas inéditas del amor -¿de eso se trata!-, con las modalidades expresivas propias a que dé lugar. Una tarea tentadora.

\* \* \*

Debemos entender bien que el Yo de la pareja religiosa no puede ser un yo cualquiera, el yo de todos los días, o el yo vocacional, o el yo social, etc.

Por lo pronto, el Yo que va a conformar la pareja religiosa tendrá, como eje de su existencia y funcionamiento, el erotismo apuntando hacia Eis. No tiene cabida para ningún otro contenido. El yo actúa, si se quiere, como una especie de maniático, de obsesivo, que va a todas partes con su "idea fija", que es el amor desmesurado hacia Eis.

El erotismo religioso va a ser, por tanto, su principio ordenador y modelador, la médula única de su trayectoria. El perfil psicológico de ese yo religioso, su organización de ser, su relacionamiento con el universo, estarán regidos por esa necesidad de fusionarse con Eis en todo momento y cada vez más.

No importan su vocación, su posición en la sociedad, los méritos que le sean reconocidos: lo único que cuenta es la construcción de ese yo volcado exclusivamente hacia la fusionalidad con Eis. Tal será lo que defina a ese yo, y de ahí saldrán los rasgos que en último grado lo configuren: será un Yo-para-Eis, un yo para la trascendencia.

\* \* \*

Un punto a aclarar: ¿cabe pensar que los dos polos de la pareja religiosa Yo/Eis se "enamorarán" uno del otro sin poder evitarlo? Claro está: nos resulta fácil imaginar que Eis tenga por completo erotizado al Yo. Pero ya es más difícil concebir a Eis, la grandiosa Eis, erotizada por el minúsculo e insignificante Yo. Sin embargo así será, pues de lo contrario no habría pareja. Y si bien se mira, no es nada difícil imaginar a una Eis erotizada hasta el fondo por el Yo.

Para entender esto, hay que empezar por refutar los dos adjetivos con que recién calificué al Yo: "minúsculo" e "insignificante". Mal puede ser visto de ese modo el Yo, desde que constituye una versión particular de Eis completa y cuando está llamado a alcanzar una mismificación absoluta

con ella. En esas condiciones, ¿cómo podría hablarse de insignificancia o de pequeñez?

(Tal vez sea útil recordar en este momento uno de mis aforismos a propósito de Eis: "Para Eis, yo soy Eis". Esto quiere decir que no hay para Eis nada más importante que el Yo. ¿Qué tiene entonces de extraño que viva "enamorada" de él?).

Así, en la pareja religiosa cada integrante de ese par está erotizado completamente por el otro polo, y a la vez lo erotiza con no menos fuerza. Sólo en esa doble dinámica de erotización, esa "ida y vuelta" de amor religioso, podrá consumarse hasta el fondo el designio trascendente que es la razón de ser de la pareja religiosa.

\* \* \*

Tal vez otra grave dificultad para concebir esta pareja religiosa Yo/Eis, reside en la aplastante diferencia de escalas. ¿Cómo la portentosa Eis podría constituir un par armonioso con el ínfimo Yo? Sin embargo, creo que se trata de otra impresión "engañosa" a disipar.

Si lo miramos con los crasos ojos físicos, efectivamente la desproporción abismal existe. Pero si recurrimos a la "óptica mágica" -¿y cómo no hacerlo, desde que nos hallamos en pleno orden mágico?-, el panorama cambia por entero. Sabemos que, de modo mágico, Eis va plasmada toda en mí (como en cada cosa), de modo que "está a mi escala"; y por otro lado, mi Yo es Eis, toda Eis en versión particular, de suerte que yo también "estoy a su escala". Por eso la desproporción (física) entre Eis y el Yo no se aparece tal mirando en clave mágica; y a su luz yo me siento perfectamente nivelado con ella.

Yo soy a la vez minúsculo como el individuo humano, y gigantesco como Eis; y ésta tiene al mismo tiempo su talla descomunal y la mía, reducidísima. Por eso es tan "igualitaria" nuestra relación, la manera de comunicarnos; y por eso somos todo contacto, en lo inmenso y en lo ínfimo a la vez.

\* \* \*

He aquí la antiquísima pretensión humana de consumarse en pareja. La creencia inocente de que cada ser humano debe coexistir con otro. Casi siempre de diferente sexo. Pretensión tantísimas veces frustrada, porque la permanencia no puede edificarse sobre la precariedad casi inevitable inherente a nuestra naturaleza.

Pero ahora viene la Eis/sexo-opuesto, y nos ofrece su basamento y su consistencia. Entonces algo gira en nosotros. Pisamos firme. Nos ofrece su mano y sabemos que eso es lo incambiable. ¿Quién puede negarse?

\* \* \*

Lo primero que proporciona fundamento a la "pareja religiosa" que conforman Eis y el Yo, es el amor mutuo que se profesan; pero también los vincula con fuerza extraordinaria una identidad de destino trascendente,

que sólo juntándose podrán alcanzar. Amor y destino común: dos lazos que proporcionan la mayor solidez a cualquier par que se constituya bajo su doble auspicio.

En cuanto al amor, no puede ser más radical y totalizador el que Eis manifiesta por el Yo. Se lo ve absoluto y completo, sin altibajos ni vaivenes, siempre en su "punto total". Pero también lo es el del Yo, una vez que ha concientizado su nexa hondísimo con Eis. Se ha entablado, pues, un vínculo erótico poderoso y expansivo, que seguirá creciendo sin cesar.

Pero no menos decisivo es el otro vínculo que ata a esta "pareja": la perfecta identidad de destinos. En efecto, el Yo necesita de Eis para constituir con ella la entidad definitiva con la que alcanzará su dimensión absoluta. Pero Eis no necesita menos del Yo, pues si éste fracasa en su plenitud, Eis quedará incumplida, su destino postergado.

Hay, pues, "dependencia mutua": mi "jugada" sólo será exitosa si me fusiono con Eis, y la de Eis si se fusiona conmigo. Ninguno de los dos tiene destino aparte, separado del otro. Y esto también le proporciona a la "pareja religiosa" una consistencia que ningún otro factor le podría otorgar.

De este modo, amor y destino común, sumados, la vuelven incommovible.

(Viñeta de separación)

Este ver el vivir como "romance" induce a repensar el tema del amor humano.

Siempre me pareció muy legítima la pregunta: ¿para qué sirve el amor humano?, con el "sirve" escrito entre comillas. ¿Qué papel desempeña en la economía del vivir personal? Por cierto que ninguna de las respuestas más usuales pudo resultarme satisfactoria.

Recién obtuve una interpretación aceptable cuando hice ingresar al amor humano en el entendimiento/Eis de la existencia y lo vi al servicio de nuestra indispensable fusión creciente con Eis. Entonces le vi dos "utilidades" al erotismo humano.

Por un lado, no hay ninguna otra vivencia que se acerque tan acabadamente a lo que sería una metáfora de la unión Yo/Eis. En efecto, si bien miramos, se asemejan las posiciones respectivas de los dos protagonistas, los juegos de relaciones entre uno y otro; la tendencia a una creciente y cada vez más rica identificación de naturalezas; el impulso radical a romper todos los límites y hacerse uno. El amor humano se reviste así de una simbólica inmanente: ningún otro acto humano nos habla con tanta claridad de nuestra unión con Eis.

Pero no tiene sólo un valor simbólico, no se trata únicamente de una conmovedora semiosis: aparte de "representar" la unión religiosa, el amor

humano "sirve" también para muchísimo más: para crearla de modo efectivo y literal. Quiero decir: practicar el erotismo humano equivale a "fabricar" fusión con Eis, nada menos. Cuando nos unimos a un polo erótico humano, gestamos con él un nuevo tramo de co-sustanciación con Eis, representada en la figura que se nos une.

O sea: el amor humano nos transporta y acerca hacia Eis cada vez que lo practicamos, nos hace conquistar nuevos territorios de unión, sumar mismificaciones con ella. De tal modo, el amor debe ser visto como una formidable herramienta fusional de que estamos dotados, un poderosísimo instrumento religioso que nos permite elevarnos hacia nuestro destino trascendente.

En suma: pienso que sólo si sacralizamos el amor podemos atrapar su verdadera funcionalidad. El requisito es extraerlo de la profanidad y emplazarlo en el plano de la "utilidad" religiosa.

\* \* \*

Cuando yo he hablado acá del erotismo humano, lo he estado viendo en toda la amplitud de su espectro, que va desde el amor más rico y completo hasta la más epidérmica atracción física de momento. ¿Todas esas formas sirven a los efectos de fabricar fusión con Eis? ¿También estas últimas, que pueden ser tan efímeras y de superficie?

A mi entender, todos los matices y grados del erotismo cumplen, sí, su "función religiosa", a condición de que sean genuinas, sin interferencia de consideraciones ajenas al ámbito erótico, como puede ser algún interés material, o conveniencia social calculada, etc.

Por supuesto, en las uniones más ricas y completas "ganaremos más Eis" que en las pobres y restringidas; y entonces estará en nosotros elegir uniones dotadas de mayores calidades. Sería muy tonto preferir las formas más triviales del erotismo, sabiendo que sus expresiones más altas y ricas nos acercan en medida incalculablemente mayor a Eis.

\* \* \*

Decir que el amor humano puede llegar a servir para "fabricar" nuestro destino trascendente, ¿significa que únicamente con amor humano se alcanza éste? No digo eso. Una vida que por algún motivo se viera privada de la experiencia erótica humana, lo mismo podría marchar hacia la fusión con Eis. Dispondría para ello del mundo entero, que le abre mil vías amoratorias de contacto con Eis, sin contar el encuentro con ésta en la experiencia interior.

Pero al menos creo que, sin el ejercicio del amor humano, se pierde -eso sí- uno de los instrumentos más poderosos con que contamos para fusionarnos más y más a fondo con Eis.

(Viñeta de separación)

Una pregunta un tanto peculiar: ¿se ama con la particularidad o con la universalidad que tenemos? ¿o con ambas?

Dado que el Yo es particularidad pura, con frecuencia me he preguntado: si yo me quiero acercar cada vez más a Eis, ¿qué debo hacer con esos particularismos? ¿desdibujarlos progresivamente, cosa de que pesen menos y así se destaque más nítidamente la presencia de Eis en mí? De otro modo: ¿todos tenemos que ser cada vez menos peculiares y diferenciados, buscando abstraer en nuestro interior una Eis que nos sea común a todos?

Siento exactamente lo contrario: que si queremos marchar hacia Eis, el camino son los particularismos; no diluirlos, sino acentuarlos. Primero, porque ellos no son anti-Eis sino que son Eis misma, ya que ésta plasma también en nuestras singularidades. Y segundo, porque los particularismos son los instrumentos con que contamos para desarrollarnos en todas las dimensiones del yo, y sólo ellos nos darán nuestra plenitud más completa.

Detesto la idea de un Yo mondado de singularidades, desdibujado, traslúcido, en cuyo seno estuviera radicada una Eis abstracta a cuyo encuentro hubiera que marchar. Yo siento que mis particularidades no son adjetivas, mero adorno prescindible o aditamento externo que nada tuviera que ver con mi médula. Al contrario: son médula, son Eis, son condición sustantiva de mi logro de ser.

\* \* \*

Permítaseme proclamar a voz en cuello que yo amo, ciertamente, a los particularismos de mi yo. Porque siento que ellos son la esencia -no el disfraz- de lo que yo soy.

Amo mi condición de ser viviente (aunque me hubiera gustado también ser un inanimado); amo que me haya tocado ser hombre (aunque ni como planta ni como animal me hubiera sentido incómodo); amo mi ubicación en los siglos XX y XXI, mi pertenencia a la civilización occidental, y a América, y al sur americano en el que estoy; amo mi nombre y apellido, la familia donde me formé, la que luego yo constituí; amo la vocación que pude desarrollar, las luchas políticas que me tocaron; los viajes que emprendí y los lugares que conocí, la gente que tuve cerca, los maestros que me formaron y los alumnos a los que yo orienté; amo mis aciertos y mis arrepentimientos, mis abdicaciones y mis éxitos.

Todo eso soy y muchísimo más: un conjunto de rasgos y experiencias específicos. Y todo eso forma un manojito que es mi yo. Con ese manojito avanzo hacia Eis porque no tengo otra cosa. Si me despojo de ese haz de peculiaridades, ¿en qué me transformo? En una silueta disuelta en el aire, en algo que no existe. Y Eis no quiere inexistencias ni abstracciones, ni le gusta la geometría descarnada.

Eis colecciona cosas únicas, formaciones concretas y diferenciadas. La uniformidad no le interesa. No le aporta nada. Se alimenta de lo específico, necesita incorporarse lo particularísimo porque así se puebla y se enriquece, y así fabrica su plenitud.

Y ése es otro rasgo bellísimo de su "carácter": fomentar que seamos diferentes, lo más distintivos y peculiares que podamos. Nos pide que hermostemos al universo (y a ella misma), cultivando en nosotros las cosas que sólo nosotros traemos.

\* \* \*

Lo mismo me pregunté muchas veces, pero ahora cuando salía a buscar a Eis en las criaturas y objetos del entorno: ¿cómo debo proceder para encontrar a Eis en cada una? ¿tal vez borrando lo que la entidad tenga de particular y específico, para abstraer lo que sería la "médula" de Eis encerrada en ella?

La respuesta es la misma: Eis no tiene encerrada allí ninguna "médula" que haya que abstraer. Lo que hace Eis es plasmar entera en cada entidad, asumir el ser de ésta, incluyendo lo que tenga de específico.

De tal modo, si queremos hacer contacto hondo con Eis en una determinada entidad, tenemos que hacer pie en lo peculiar y único que posee, porque también ello es expresión de Eis mágicamente íntegra.

Y aseguro que es una fiesta inacabable bañarse en las especificidades del contorno.

\* \* \*

Darle relieve a lo específico de cada entidad externa, equivale a abrirme las puertas de una experiencia formidable, a la que siempre quise llegar: poder acercarme a los seres y las cosas para tender con ellos fascinantes puentes en profundidad.

Al sentir que cada entidad particular es Eis misma en versión diferencial, puedo demorarme morosamente en todas ellas, aún en las consideradas más ínfimas, en la confianza de que no estoy "perdiendo el tiempo" ni trivializando mi experiencia, por cuanto lo que hago es establecer contacto con Eis misma.

El entorno, así, se me transforma en una fiesta muy querida, las cosas todas me llaman y me colman, y yo me pongo a disfrutarlas en su minucia, en su detallismo específico, que se ha hecho una vía deleitable hacia Eis.

En suma: recorrer los caminos de la particularidad me hace marchar por una vía sabrosísima de contacto con Eis, que me la entrega en la plenitud un tanto demencial de su alarde de ser. Por pequeña e "insignificante" que sea la cosa (¿qué quiere decir aquí "insignificante"?), cada entidad es una puerta única que se me brinda, una hermosísima (y plenaria) ocasión de Eis.

(Viñeta de separación)



¿Estamos en un cosmos eróticamente ajeno, indiferente a nosotros? ¿O hay "respuesta" del lado del universo?

Cuando me pongo a mirar cuanto me rodea, yo no tengo dudas: lo externo (que es la Eis inmediata) está hecho expresamente para quererme a mí. Parece una pretensión desmedida y como tal bastante cómica, fruto de una egolatría delirante. Pero es obvio que no me refiero únicamente a mí, sino a cada cosa que es. Repito: la gran finalidad, la razón profunda de todo lo que me rodea, no es otra que querer a todas las demás cosas, y por lo tanto a mí. Para eso está ahí. No tiene otra cosa de que ocuparse más importante que ésa.

Digámoslo, mejor, de este otro modo: siento que todo lo que es, quiere que todo lo demás sea. Tal me parece la ley de fondo, el "mandato" supremo de Eis (lo de "mandato" es mala metáfora, pues no creo en absoluto que Eis proceda mandando en ningún sentido): veo a todo trabajando con el mayor afán para que todo lo demás sea.

(¿Cómo afirmar esto referido a un universo -en especial el universo humano- donde la destrucción parece ser la palabra de orden? Es que yo no estoy hablando del universo de superficie, donde se desarrollan los hechos incidentales y los funcionamientos externos de las cosas. Hablo de una realidad más honda y esencial, donde sólo tiene cabida lo medular de ser, y allí sólo se conoce la promoción de todo lo que está siendo).

Así, cuando me sitúo en ese plano más hondo de mirada, aprendo que voy querido y sostenido por cada cosa que miro, sea cual sea.

\* \* \*

Pero el mundo también existe para otra finalidad: ser querido por mí (por cada cosa, se entiende). Siento que la existencia me fue dada para cumplir con esa única "tarea": producir amor por el mundo. Para eso han de servir mis energías todas, mis capacidades, mis voluntades, mis ganas.

Vivir se vuelve, pues, un "torneo de queridores": el mundo, yo, cada cosa, andamos todos en lo mismo, preocupados con querernos unos a otros, compitiendo a ver quién quiere más a quién (en el plano esencial, se entiende, no en el incidental). Y así se forma una intrincada red de quererres: los recibimos desde todos los ángulos, los emitimos en todas direcciones. Forma como un ambiente que nos resulta indispensable si queremos vivir con profundidad el Qué Me Pasa.

El que no entienda bien este juego de reciprocidades un tanto delirantes en que andamos metidos, no tiene noción clara de dónde está parado...

\* \* \*

¿Por qué Eis "puso en mí" su corriente erótica? ¿Cómo fue que llegó a modelar este manojito de particularidades que yo soy? ¿Cabe decir que me eligió, o que me prefirió? ¿Por qué yo y no otro? ¿Qué conveniencia, qué "ventaja" vio en mí? ¿Qué ganó -yo o ella- con que yo fuera, y que fuera, además, tal cual soy?

Tal vez no haya que buscar ningún finalismo, claro. Acaso Eis tiró unos dados al azar y salí yo como pudo haber salido cualquier otro, sin ninguna razón ni intencionalidad ni expectativa especiales.

Todas estas preguntas bastante peregrinas -que ni siquiera sé si son procedentes- huelen en todo caso a cierto narcisismo: ¿tan importante soy como para que Eis "me eligiera"? Sea como fuere, y aunque no parezca legítimo ese preguntadero, no puedo sacarme de encima la extraña y muy fértil emoción de pensarme "hecho" expresamente por Eis, de haber sido tocado por ella para darme el ser.

Salí yo, aquí estoy: ésa es la cosa. Elegido, preferido, o fruto del puro azar, de unos dados que a lo mejor estaban cargados por algún tahúr, el hecho es que aquí llegué. Y no puedo evitar estarle agradecido a Eis por su... ¿decisión?

\* \* \*

La trama poderosa y comunicada de Eis nos señala algo fundamental: que constituimos un continuo. No es, por cierto, lo que estamos acostumbrados a ver. Nos sentimos separados, autonómicos; nos creemos islas en medio de un océano de realidades que sólo nos atañen con un sentido funcional.

Pero si no nos sentimos un continuo, nunca entenderemos el juego de Eis y nuestro juego. (¿No habrá una educación, seguramente mágica, que me enseñe a comportarme como arena, y como edificio, y como vegetal? ¿Y que a la arena, al edificio, al vegetal, les enseñe a comportarse como lo que yo soy? ¿y como todo lo demás que es?).

Mi nombre es, pues, cada cosa: así me llamo. Todo me alude, todo me da nombre, todo "me es". Y cada cosa se llama con mi nombre y mi apellido. Todo es diálogo que es monólogo. Todo radica en todo. Cada consiste en cada.

\* \* \*

Formar parte del entramado de Eis quiere decir que cada punto de esa malla está recibiendo el potente aliento erótico que Eis irradia con solo ser. De tal suerte, hay que ver a todo lo que es como dichosamente inmerso en un clima de erotismo que lo envuelve y lo alimenta desde la raíz, convirtiéndolo en el polo receptor de un formidable haz erótico que lo enfoca y lo baña momento a momento.

En ese sentido, hay que ver a cada entidad como en "situación placentaria" con respecto a Eis, pues está como flotando en un contexto de erotismo que la rodea y la impregna y la nutre en un involucramiento felicísimo que le permite ser.

\* \* \*

Toda plenitud es, si bien miramos, "cosa afectiva". Un análisis inteligente de la estructura humana y de su funcionamiento, nos indicará que estamos organizados para un andar afectivo, y más precisamente erótico. Diría que somos básicamente "artefactos eróticos", aparatos

amatorios. (¿Sólo el hombre lo es? ¿Y el animal? ¿Y el vegetal? ¿Y... lo inanimado?).

Si no nos vemos antes que nada como "aparatos amatorios"; y si no entendemos que ese caudal amorioso tiene que volcarse hacia el Todo, hacia el Uno (Dios o Eis), padeceremos fatalmente de una malformación de fondo que hará torcida e incompleta nuestra marcha de hombres.

\* \* \*

Nuestra relación con el contorno es habitualmente distante, remota, no nos compromete para nada. Los objetos sólo nos interesan en cuanto los usamos, no tienen para nosotros existencia per se. No es nada extraño, entonces, que se nos aparezcan como borroneados, componiendo un telón de fondo perfectamente anodino. Como si pertenecieran a un orden ajeno, con el que nos vemos obligados a compartir un lugar en el espacio, pero no más que eso.

Sin embargo, en esto yo no transijo: es preciso que el contorno se sitúe muy en el centro de nuestra experiencia trascendente, y nosotros verlo (o más bien sentirlo) como lo que es: la presencia más cercana y palpable de Eis, y con esa Eis mantener un contacto vivo a cada momento.

(Por supuesto: quien sea visto volcado sobre el contorno como si fuera la cosa más importante de este mundo, no se escapará de que lo consideren un loco o un tonto. Pero qué le vamos a hacer: el contorno es, sí, la cosa más importante de este mundo -si vemos a éste como Eis/ahí-, aunque los "sensatos" se desternillen de risa).

Además, tendríamos que tratar a cada entidad del contorno como si fuera un ser querido. Es decir, llevarla muy pegada a nuestro sentimiento, a lo más reservado de nuestra intimidad. Convertirla en un ser vivo que nos atañe muy de cerca, y verla como un organismo palpitante y comunicador, con una marcada dirección erótica señalando hacia nosotros como una flecha que nos busca y que necesita alcanzarnos en lo más vivo.

Entonces sí puede empezar el diálogo. Sólo así.

\* \* \*

Aparece una práctica a la que creo que tienen que acostumbrarse todos quienes se decidan a encarar su situación religiosa: es el "acariciamiento"; esto es, se trata de vivir "acariciando" momento a momento a las cosas que me rodean, y también "acariciando" a Eis por constituir la suma de ser. Este "acariciar" no debe entenderse en sentido literal estricto; más bien quiere decir "volcándome con mi erotismo hacia las cosas y hacia Eis".

Pero también mi "oficio" principal será el de Acariciado: recibir momento a momento las "caricias" que me vienen de lo externo, tanto desde Eis como de las cosas-que-son. Porque si ser es erótico, si ser por definición es "acariciador" sin poder evitarlo, entonces yo estoy acariciado por todo mi entorno, punto por punto. Nada puede dejar de acariciarme, por cuanto es y por cuanto soy. Sólo hace falta darse cuenta

de eso. Así, en sentido profundo, viviré inmerso en un clima erótico. La delicia de ir siempre acariciado ha de ser mi historia cotidiana.

(Viñeta separatoria)

La necesidad de cambiar de cosmos.

Creo que nos urge hacer algo que yo llamaría, un poco cómicamente, "cambiar de cosmos"... Quiero decir: si yo pienso, o siento, o creo (o invento), que el cosmos es Eis (aunque pueda no ser toda Eis), esto sólo ya me cambia por entero el sentimiento y el ánimo con que el cosmos se presenta a mis ojos.

Con sólo verlo así, ya no podrá ser el cosmos, meramente, un "artefacto" a estudiar, un mecanismo en marcha, un sistema de realidades funcionando, como lo ve la cosmología (y hace bien en verlo así, porque para eso está esa ciencia y ése es su cometido). Pero sucede que yo no soy cosmólogo, ni es cosmóloga la mayoría de la gente. En cambio somos seres humanos implantados con la mayor inocencia y la más transida perplejidad en un universo que nos intriga y nos desborda.

Para decirlo más crudamente: no es lo mismo ver en el cosmos, como yo veo, una figura divina y enamorada de mí, que ver un sistema de fenómenos ocurriendo. ¡Resulta que frente a mí está lo Todo, lo Uno, lo Sagrado, lo más alto, lo Central, que además es sagrado, y además poético, y además mágico! Frente a todo eso, ¿qué tienen que hacer la ciencia o la mirada utilitaria, funcional, que le aplicamos habitualmente al cosmos?

Podría agregar que siento ahora el imperativo de suplantar el funcionamiento regido por determinadas leyes objetivas, que toma en cuenta la ciencia, por un funcionamiento erótico, una andadura mágica o poética que lo ilumine con una coloración prodigiosa nunca vista. ¿Podría lograrlo con este cosmos de hoy?

Por eso digo que me resulta indispensable "cambiar de cosmos" e instalarme en un universo "nuevo", que estará en las antípodas del manejado hasta ahora. Dejar atrás el cosmos científico-utilitario que nos acompañó por tanto tiempo, y afincarnos en este otro cosmos poético-religioso, o mágico-erótico, presidido por Eis, pues sólo en este nuevo escenario podré consumir la jugada trascendente a la que dedico mi existencia.

(Viñeta de separación)

¿Cómo debe verse al hombre desde las alturas de Eis? ¿Qué lugar ocupa?

Puesto que se supone que soy un ser humano (!), me inquieta un poco saber cómo se ve el hombre desde la perspectiva de Eis. Porque yo no soy una

entidad suelta, que se relacione con el mundo sin pertenecer a nada: me guste poco o mucho (pero me gusta mucho) integro el "club" de lo humano, aunque a veces me avergüence tantísimo.

¿Eis nos hace pensar, como lo hicieron tantas religiones que en el mundo han sido, que el hombre tiene algún estatuto privilegiado con respecto a todo lo demás? ¿que es hijo o criatura dilecta del Señor, y hasta hecho a su imagen y semejanza?

No es lo que encuentro, no, en absoluto. A la luz de Eis, lo humano no se aparece ni mejor ni peor que cualquier otra realidad conocida. La igualdad entre todas es, por suerte, perfecta: la humanidad no sería otra cosa que un "actor" más de la realidad, sin el menor protagonismo. Somos tanto, o tan poco, como cualquier otra cosa. Y escalafones no se divisan por ninguna parte.

Pero no diré "tan poco", puesto que lo humano es Eis misma, nada menos, aunque en versión particularizada. La pena es que todo lo demás es, también, exactamente eso: Eis misma, en otras tantas versiones particularizadas...

Al menos, ¿podemos suponer que Eis espera algo de nosotros, algo espectacular, espléndido, que vuelva a encumbrarnos por sobre el resto del universo? Ay, no! yo creo que Eis espera de la humanidad algo sin ningún lustre y que no le acarreará ninguna gloria: que se decida alguna vez a realizarse hasta sus máximos, que alcance su plenitud y que salga a buscar el rostro de Eis en el fondo mismo de su endeble naturaleza, dejando para otro momento las bestialidades y estupideces que tanto tiempo le insumen. Eso sí que sería gloria.

No es obra de elites, dicho sea de paso. Para las cosas de Eis no hay elites. Pero tampoco hay excluidos, atención. Como dijo el viejo Goethe sin que nadie le llevara el apunte: "Sólo entre todos los hombres podrá ser vivido lo humano". Eso mismo.

\* \* \*

A veces he discutido conmigo mismo mi pertenencia a lo humano. Yo siento, sí, que me debo rotundamente a lo humano. ¿Pero no es esto una inconsecuencia flagrante? Después de todo, yo estoy "a la misma distancia de todas las cosas", puesto que todas son Eis. ¿Es lo humano, acaso, más Eis? ¿Tengo derecho a preferir una parte de Eis cuando afirmo que todas las partes son idénticas?

Lo que pasa -me digo- es que Eis no plasma en entidades sueltas, únicas, cada una por separado. Plasma en géneros. Yo no creo que haya en el universo ninguna entidad única: todas pertenecen a algún "molde genérico". Y esto es válido para lo viviente y para lo inanimado por igual.

Por qué esto es así, por qué Eis "prefirió" ese mecanismo de plasmar según moldes genéricos, y no en unidades todas diferentes, ciertamente no lo sabemos (¿le sería más cómodo...?). Pero así está hecho todo, sin excepción alguna.

De modo que cada individuo, cada entidad, tiene una pertenencia a la que no puede sustraerse. Y esa pertenencia, de algún modo, le marca distancias al sentimiento. Yo podría decir, por ejemplo, que para mí la humanidad es "la Eis más cercana".

Cuidado: esto no quiere decir que yo le quiera dar preeminencias o privilegios a lo humano, ni que quiera ponerlo por encima de los demás moldes. Nada que ver. Lo único que señalo es que hay cierto matiz de cercanía mayor en mi sentimiento hacia lo humano; pero eso no me hace olvidar ni por un momento que mi pertenencia fundamental es hacia Eis, y que todas las cosas por igual son Eis. Es decir que también me debo a ellas, con el mismo grado de "compromiso" que tengo para con lo humano.

\* \* \*

¿Cómo se aparece ahora el individuo desde la perspectiva de lo humano (y de Eis)?

Yo pienso que así como toda entidad debe ser vista como Eis entera plasmada mágicamente en un particular, de igual modo cada individuo humano debe ser entendido como lo Humano plasmado no menos mágicamente en una entidad particular. Diría que en cada uno "está puesto" todo lo humano en la plenitud de su expresión.

Y en esto no hay distingos ni escalafones: todo hombre, por el solo hecho de serlo, disfruta de esa doble condición sin que nadie pueda arrebatársela: la de ser "lo Eis" y "lo Humano" a la vez. Nada cuenta la condición social de la persona, ni su estatus económico, ni el encaminamiento que le haya dado a su vida, o su comportamiento moral, o sus opciones ideológicas o sus atributos personales: todos los hombres, en lo esencial de su individualidad, son antes que nada Eis entera y lo Humano entero.

¿Cómo no tender, entonces, con cada individuo humano, un vínculo erótico de fondo? A mí me es indispensable, para cumplirme yo, empaparme de Eis y también de lo Humano; pues bien: en cada individuo encuentro a ambos, intactos, vivos. Allí mismo iré a buscarlos.

Lo Humano, al fin de cuentas, sólo "me sirve" para eso: para facilitarme una especie de escalón intermedio en mi ascenso hacia Eis. Sólo llegaré a la plenitud de Eis a través de la plenitud de lo Humano.

\* \* \*

Claro que no siempre es fácil volcar el erotismo religioso hacia ciertos individuos concretos. Los hay, por cierto, detestables, repudiables en tantos sentidos. ¿Cómo intentar con semejantes seres alguna forma de identificación religiosa?

Creo que hay algo que en ningún caso se puede omitir: por condenable que sea el comportamiento de un individuo, él es -nos guste o no nos guste- Eis entera y lo Humano entero. ¿Esto nos permite ligarnos eróticamente a

ese ser? Yo pienso que sí, a condición de anteponer la presencia en él de Eis y de lo Humano.

No es nada fácil: supone saltarse sus rasgos detestables y traer a primer plano su condición esencial: arduo ejercicio, ciertamente, no siempre exitoso, con seguridad.

¿Significa, esta especie de "absolución" de fondo, que debamos aprobar su conducta y cruzarnos de brazos ante lo que esa persona lleve a cabo? Todo lo contrario: precisamente porque ese individuo está negando y transgrediendo a Eis y a lo Humano, reclama nuestra condenación más severa.

Es más: tenemos la obligación de actuar, no sólo de condenar de palabra o de pensamiento. Nuestro deber "religioso" -si cabe hablar así- será frenar a ese individuo desviado, contrarrestar sus actos nocivos.

En suma: a un ser humano desviado se lo entiende y se lo ama en lo que tiene de esencial; pero ADEMÁS se lo condena y se combate su desviación. ¿Que esto supone una cabeza demasiado fría? Helada, pero hay que tratar de ayudarla con un ánimo bien caliente. Al fin de cuentas, tenemos que vivir momento a momento en la calentura de Eis y de lo Humano.

\* \* \*

Un hombre que sienta -pero que lo sienta hasta los huesos- que él es plenamente Eis y plenamente lo Humano, puede hacer saltar al mundo en pedazos. Y eso porque, sintiéndose así, no podrá tolerar la menor ofensa, la más mínima humillación hacia su persona, que ahora se ha vuelto para él eminentísima. ¿Cómo iba a soportar ningún sometimiento, o postergación, o injusticia, u opresión, si él es Eis misma, el Hombre todo? ¿Cómo podría dejarse tocar por nadie?

Un hombre así, dueño de su condición superior, no necesita que nadie lo represente o se crucifique por él. No verá a ningún hombre como el hijo de Eis, puesto que cada uno es Eis; y él mismo por lo tanto. Por eso irá cargado de dignidad y coraje: ¡ay de quien se le atreva!

En él empezarán todas las genuinas revoluciones que puedan volver a haber en este mundo. Nada más radical y revolucionario que Eis.

(Viñeta de separación)

Aparece un tema un tanto insólito: la frontera del hombre, ¿es propiamente lo humano?

Si uno es capaz de escuchar la lengua de Eis, para nosotros in formulable, se mete en una dimensión donde lo humano no alcanza. No es que dejemos de ser humanos, pero tampoco somos ya simplemente hombres. Nos hemos complicado. Si se quiere, nos volvimos como fronterizos, porque nos hemos

arrimado a un linde donde lo humano se difumina un tanto, al cargarse de contenidos que pertenecen a órdenes diferentes.

Hemos dado un giro, nos hemos sumergido en "lo Eis", y es sólo entonces cuando descubrimos algo sorprendente: que recién ahora ser hombres queda completo. Y creo descubrir más: quien no dé ese giro, queda atado a la estrechez de lo humano, a lo bobo de ser, repetirá esquemas obvios, generará huecos en su interior, se condenará a orillar lo puro humano sin consumarlo jamás.

Lo diría así: "vivir en Eis" es vivir fuertemente desde lo humano; pero eso obliga a no quedarse únicamente en lo humano.

\* \* \*

Produce cierto temor metafísico (¿o terror, casi?) esto de sentir visceralmente la presencia de lo ex-humano en nuestra cercanía. "¡Ah, pero entonces el hombre no es el dueño o el centro del universo?" Esta pregunta puede parecer el colmo de la ingenuidad o de la tontería, pero así es como sigue funcionando el trasfondo inconsciente del hombre occidental: ¡nuestras vísceras siguen creyendo a pies juntillas en la centralidad humana, y en que el hombre es el que posee la clave última del mundo que vemos!

De modo que nos acomete una especie de pánico: ¡ah, había un Otro, entonces! (cosa que ya sabíamos hartamente, pero con la cabeza, claro, nunca con las tripas). Hay un Otro, y, como si fuera poco, de él no podemos saber ni entender nada: está "escrito" en un idioma que no es el nuestro y del que no entendemos ni jota. ¡Como para no pegarse el gran susto!

\* \* \*

¿Pero se justifica este temor, que huele a ciega ancestralidad heredada? Si miramos a la luz de lo que Eis nos deja ver, tenemos que responder que no, en absoluto.

Por lo pronto, el hombre no está solo en un universo indiferente, y mucho menos hostil; no tiene nada de naufrago, de criatura extraviada en lo desconocido, ciega ante lo que le pasa y perdida sin remedio. Por el contrario, el hombre es de la misma naturaleza y sintonía que el todo (o Eis) que lo rodea y en el que está inmerso. Ese todo (o Eis) es su identidad misma, su naturalidad de ser. Imposible concebir mayor cercanía, una co-sustancialidad más completa.

Diría más: el hombre es el pariente de todas las cosas; ninguna le es extraña, ni él es extraño a nada de lo que es. No puede sentirse más acompañado, más apuntalado desde fuera. Pero ni siquiera tendría que hablar de parentesco, porque hay mucho más que eso: hay mismidad perfecta de lo humano con todo lo que no es humano.

De ahí que el concepto "extra-humano" no debe provocarnos terror o gelidez interior como si se tratara de una presencia monstruosa que nos



amenaza o nos niega (otra tentación de nuestro fondo catastrofista, a la que es muy fácil ceder).

De otro modo: "extra-humano" no quiere decir "anti-humano"; y tenemos que habituarnos a hacer con la mayor firmeza esta diferenciación. Y acostumbrarnos también a la asociación contraria: entender que "extra-humano" debe leerse como "pro-humano", o "en favor de lo humano". Lo que está "por fuera" del hombre no tiene por qué ser su enemigo; es más bien su formidable aliado, su puntal, su mejor y más sustantivo alimento.

\* \* \*

Pienso a veces si el mecanismo del hombre para enriquecer su humanidad, no consistirá en incorporarse elementos provenientes de lo no-humano. Concretamente, imagino un posible proceso de trasvasamiento del hombre hacia otros elementos del cosmos. ¿Quiere esto decir que...? Sí, adquirir el hombre naturalezas de lo animal, de lo vegetal, de lo inanimado. Extraño, fascinante (¿peligroso?) proceso...

Siento que el hombre tendrá sentido únicamente en la medida en que trascienda su puro recinto humano y sea capaz de dar un salto hacia las otras naturalezas. Esos "saltos de reino" nos harán hombres a cabalidad. Pues únicamente hombre es poco. Necesitamos hacernos en y con el universo.

Eso supone admitir la capacidad mágica del yo, de consistir en otro contexto, en función de otras leyes, de acuerdo con otros condicionamientos. ¿Pero es esto posible? ¿De qué estamos hablando? No lo sé, ciertamente. Pero intuyo que esto tiene un fundamento a descubrir. ¿No hay aquí una investigación posible, que valdría la pena intentar? La sola perspectiva me fascina.

\* \* \*

A veces me digo a mí mismo que el estado propio del hombre no es... el humano. Esta formulación de apariencia tan chocante y paradójica, admite un par de lecturas diferentes.

Quiere decir, por lo pronto, que no es el hombre-hombre nuestro signo, sino el hombre-Eis. Y ello es así porque si nos quedamos en hombre-hombre, terminamos condenados a la asfixia de la irrealización. Siendo hombre-Eis, en cambio, logramos nuestra culminación trascendente. Lo diría así: cuanto más humano, más no-humano.

O si se quiere: lo "no-hombre" debe ser visto como parte constitutiva y esencial de "lo hombre", no como su extranjería. Es por ello que pienso que ser cabalmente hombre incluye forzosamente volcarse hacia lo trans-humano e incorporarlo al yo. O sea: "cada vez más humano, es decir cada vez más trans-humano".

Ser el máximo de hombre equivaldría entonces a estos tres máximos sumados: el máximo de yo, el máximo de humano, el máximo de trans-humano. Y así es como se alcanza el máximo de Eis.

\* \* \*

Compruebo, no sin sorpresa, que me da lo mismo hacer contacto con cualquiera de las entidades exhumanas al alcance de mis sentidos. Elijo la que se me ocurre entre las que tengo frente a mi campo perceptivo en un momento dado. Cualquiera viene bien. (Eso explica que todas las entidades del contorno me parezcan ahora "encendidas" y presentes al mismo tiempo; ninguna yerta, como estaban antes).

O sea: es como elegir a la buena de Dios: ésta, aquélla, la de más allá. No hay mejores ni peores, más valiosas o menos valiosas, trascendentes o triviales. Todas son entidades ex-humanas, todas son profundamente enigmáticas, y todas de idéntico "valor" a los fines de mi contacto con ellas. A estos efectos da lo mismo un alfiler que un océano, una hoja de árbol que una catedral, un gusano que un río...

\* \* \*

No puedo evitarlo, aunque lo sé por demás extravagante, pero cada vez me parece más claro que el sentido del "vivir en Eis" incluye, entre otras muchas cosas, un tender a convertirme en árbol, en agua, en acero, en pez, en ágata, en invisibles varios, en cada otro ser humano, en radiación, en lo impensable, en gibón, en galaxia, en...

Y pienso también que los asuntos humanos que hoy más nos absorben, significan muy poco o nada si los comparamos con esta tarea mágica de trasvasamiento hacia otros territorios, de la cual depende en tan alta medida nuestra relación enamorada con Eis.

\* \* \*

Tendría que hablar talmente de "parecerme a Eis" ("parecerse a la naturaleza" postulaba mi tío abuelo Goethe), como una dirección fundamental de mi "vivir en Eis". Es que lo veo como una manera indispensable de avanzar en nuestra fusión, en nuestro "hacernos uno". Acostumbrarme a sentir como Eis, a mirar con sus ojos.

Para "parecerme a Eis" asumiré como míos sus "asuntos" y sus "intereses"; multiplicaré los "saltos de reino" como forma de incorporar otras ópticas a la mía, humana; reproduciré en mí los rasgos y prácticas de Eis, si bien adaptándolos a mi escala y a mi molde humano de actuación.

Un ejemplo de esta adaptación necesaria: una cosa en que debo "parecerme" a Eis es en su formidable potencia. Pero esto no quiere decir que yo deba igualar la potencia descomunal de Eis, lo que es a todas luces insensato. Pero sí quiere decir que debo alcanzar mi máxima potencialidad en términos humanos; y también la máxima potencialidad que me es dada a mí, ya que cada individuo humano tiene su máximo personal, distinto al de otros.

También debo "parecerme" a Eis en su alegría pujante de ser, en su fastuoso ímpetu celebratorio, que yo traduciré asimismo a términos humanos e individuales. Y su espléndida positividad igualmente, etc.

Todos estos rasgos, por ser de Eis, ya están en mí; pero están un poco como ciegos, como larvarios. Mi tarea es sacarlos a luz, cultivarlos, alentarlos en mí hasta configurar un estilo/Eis de ser. Pues tal debe ser en lo sucesivo mi estilo de "vivir en Eis".

\* \* \*

Tengo delante de mí una silla de jardín. Es de hierro; está pintada de blanco. En rigor, no es otra cosa que "hierro humanificado"; quiero decir: trozos de hierro a los que el hombre les confirió determinada forma para ponerlos al servicio de su comodidad y de su estética.

Pero creo advertir en el hierro una cierta actitud que tendría que llamar "irónica": porque él "permitió" que el hombre lo humanificara y lo pusiera a su servicio; "supo" que el hombre no tendría en cuenta que el hierro posee una existencia independiente de aquél, que es un "per se", autónomo en absoluto de lo humano; y "comprendió" que en definitiva el presuntuoso míster hombre se sentiría su dueño y señor, puesto que lo manipulaba a su antojo y lo plegaba a sus necesidades.

Sin embargo, a pesar de esa humanificación que se le impuso, el hierro sigue existiendo como tal, sin importarle que sus partes fueron soldadas entre sí, que se les hizo formar curvas que el hombre supone elegantes, que se recubrió las superficies con pintura blanca. Debajo de esa apariencia dócil y perruna, el hierro sigue en pie. Es cierto que se dejó domesticar, pero esa presunta humanificación a la que se prestó, quizás con ánimo taimado, irónico y hasta acaso divertido, no le hizo renunciar ni un ápice a su orgullosa "hierrez".

Y esa condición, esa hierrez, persiste por encima de cualquier disfraz que el candoroso hombre pretenda imponerle, muy convencido siempre de su papel de rector y sumo organizador de las cosas del cosmos...

A veces, cuando observo con atención a las realidades no humanas que me rodean, me parece escuchar una formidable carcajada burlona que las cosas darían al ver al hombre, tan pequeño, tan petulante, tan egolátrico (o antropolátrico)...

(Viñeta de separación)

Algunos temas variados, antes de acercarnos a otros asuntos de perfiles más graves.

Muchas veces, cuando me deslumbro con las cosas del contorno o con el cosmos mismo, siento el impulso de agradecerle a Eis por haberlos puestos allí. Pero entonces suelo detenerme y me digo: cuando se da gracias por algo, se supone que ha habido una voluntad y una intención que justifican el agradecimiento. ¿Se puede decir que Eis tuvo la voluntad y la intención de plasmar en las cosas que veo y que me enamoran? ¿Fue un "acto querido" o un acto mecánico, resultado de un mero funcionar?

Ante esa disyuntiva -intencionalidad o pura mecánica- yo no puedo dudar ni un momento. Para mí, Eis supone intención por esencia, diría. Yo creo que es toda ella intención: intención de darse a manos llenas, de "gestarse gestando". Ninguna impasibilidad en Eis, ninguna mecánica ciega. El erotismo jamás es ciego ni automático, y Eis es erotismo en estado puro; o sea, intención en estado puro.

Ah, yo creo que sí, que el agradecimiento tiene que desbordarnos. Porque sea como fuere, allí están las maravillosas entidades que me rodean, el portentoso cosmos, el formidable yo que los presencia y que los ama, y todo eso proviene del ser de Eis, de su intención, sí, sin duda. ¿Cómo no decirle, con toda reverencia, nuestra gratitud por tanta donación?

\* \* \*

Más de una vez llegué a preguntarme si sería capaz de amar, propiamente amar, a la materia como tal. Hoy me hago la pregunta inversa: si es posible NO amarla cuando la contemplamos e interrogamos en el pleno esplendor de su "estar-ahí" tan enigmático como seductor.

Por lo pronto aquí, en la materia, se hace palpable el parentesco que nos une a todas las cosas del cosmos, al Universo entero. Comprobación reciente en el plano estrictamente científico: recién en nuestro siglo pudimos verificar eso que con anterioridad no pasaría de ser, en todo caso, una visionaria iluminación poética: que la sustancia de la que estamos constituidos es la misma sustancia del río, de la piedra, de la nebulosa de Orión, de los cráteres de la Luna, del equinodermo, del helio, del caballo, de...

Comprobación de altísimo valor poético, mágico, religioso, sobre la cual, sin embargo, solemos deslizarnos sin detenernos. Testimonio de la unidad profunda que reina entre todas las cosas y que allí comienza, en lo material.

Casi tendría que decir que a partir de aquí, de la materia (aunque no sólo de ella, lo subrayo), la imagen que tengo de mí va a variar sustancialmente: ya no puedo sentirme como un núcleo separado y autónomo de la realidad, inmerso en el decorado cósmico. Ahora me veo parecido más bien -¿cómo decirlo?- al hilo de una trama, al trazo de un dibujo inserto en una "tela" que desborda los meros límites de mi entidad corporal, y se proyecta, consistente, en todas direcciones. Sí, ése soy yo ahora, cuando me pienso en términos de la muy amadísima materia.

\* \* \*

No me canso de transitar por el deslumbrador cosmos/Eis, bañándome en su luminosidad portentosa. Descubro así que el Yo se le parece bastante. No me había dado cuenta. Ahora me veo como su pariente cercanísimo, el Yo me parece un casi cosmos, dividido de él por una delgadísima frontera que a veces hasta dudo que exista. Más bien pienso que ese borde lo fabricamos nosotros, a causa de nuestra trágica timidez fusional.

De todos modos, de un casi-mundo al mundo no hay más que un paso, un paso mágico-erótico. Ah, ciertamente: es una tentación probar a darlo...

\* \* \*

En un comienzo yo veía a la realidad como un formidable aparato cosmológico entregado a una especie de funcionamiento mecánico, enigmático e imponente, sin ninguna forma de relacionamiento conmigo (no tiene nada de extraño que mirara así: es el resultado de la atmósfera positivista en la cual son modeladas las mentes humanas en la modernidad occidental).

Pero desde esa gelidez y ajenidad iniciales, el mundo fue derivando, en mi visión, hacia una posición casi contraria. Fue un proceso que insumió, eso sí, largos y trabajosos años.

Lo primero que aprendí a distinguir fue el resonar de una cuerda común en el cosmos y en mí. Pero pronto esa consonancia se fue ampliando y enriqueciendo, hasta que un día pude descubrir que no era un mero parentesco o afinidad lo que nos unía, sino algo mucho más sustantivo: una identidad en un plano muy radical y de fondo. ¡Si el mundo terminó pareciéndome casi una prolongación de mi yo!

Esto no es un exabrupto de mi egolatría: ¡el mundo una prolongación de mi yo! Es que tendría que decir, mejor, que el mundo terminó pareciéndome una prolongación de cada entidad. Es decir, estaba ganado por el sentimiento de la identidad de todo con todo. El gran aprendizaje que me trajo el ejercicio del vivir fue ése: que yo soy... todo lo demás, y que todo lo demás es todo lo demás.

Aquel Yo aislado y circunscripto del comienzo había acabado por transformarse en una entidad ilímite y en honda consonancia con todo lo que está siendo.

Y entonces me radiqué en el sentimiento de mi profunda mismidad con el Todo, o con el Uno, o con Eis (pues para entonces ésta ya había nacido). Y así me vi formando parte de ese vasto sistema erótico que Eis impulsa y alimenta, nutrida malla enamorada de la que me vi constituyendo un polo, un nódulo.

\* \* \*

Empiezo a verme a mí mismo con ojos nuevos. Estoy cobrando, con fuerza creciente, conciencia muy vívida, muy de vísceras, de que yo soy el Todo/Uno, o sea Eis misma. Descubrir esto es como un terremoto interior. ¡Si hasta un poco de risa me da!: aquel yo insignificante, oscuro en su oscura peculiaridad, se aparece ahora en figura y eminencia de Todo/Uno. ¿Adónde me llevará esto?

Cobro, de la noche a la mañana, una estatura portentosa (que no deja de abrumarme: no estoy acostumbrado, tan hecho como estoy a una escala insignificante). Porque yo no tuve ojos más que para mi egolatría de enano, ese narcisismo grotesco que desarrollé no sé cómo.

Y tampoco fui capaz de remontarme más allá de los asuntos humanos; lo que quiere decir que jamás llegué a remontarme hasta los territorios del

Todo, que es extrahumano. ¿Cómo pude permitir que mis días resbalaran tan lejos de lo que realmente cuenta? ¿Qué manera de dilapidar el tiempo, mi UNICO tiempo! ¿Haber vivido tantos años sin la más mínima sospecha de quién era yo, realmente!

Lo primero que siento necesidad de hacer ahora es cambiar de apostadero. ¡Adiós a mi óptica minúscula de ser humano sin relieve alguno, a mi aparato narcisista de mirar el mundo! Ahora voy a andar desplazándome por las alturas del Todo, en la órbita de Eis, más allá de la cual no puede haber más nada...

\* \* \*

Me gusta detenerme de vez en cuando en mi Yo, cuando lo veo dedicado nada menos que a su "vivir en Eis". Me quedo contemplándolo un buen rato, y de pronto me asalta una impresión que me desconcierta y me hace sonreír: siento casi que ese Yo mío es... como la raíz de Eis. ¡Nada menos! A mí mismo me parece un narcisismo descomunal.

Pero claro que no me refiero estrictamente al Yo, sino a cada cosa que es. Y cada cosa me parece, sí, eso mismo: una raíz de Eis. También yo, por consiguiente.

Y lo pienso de este modo porque, desde que soy ni más ni menos que una Eis-total-particularizada, de algún modo estoy "haciendo" a Eis. Ella se ha puesto a ser en mí; ha elegido este otro "lugar" más donde ser: mi Yo. O sea que, aunque exagere un tanto, en algo le soy necesario, cumplo una función que importa a sus fines. Le apporto y le permito un matiz más a su ser.

Qué lujo!... haberme vuelto algo de su raíz, cómo no, por más que sea en infimísima, casi ridícula y tal vez metafórica medida.

\* \* \*

Empiezo a visceralizar (a sentir con las vísceras) que estoy rodeado de puertas que me llevan hacia Eis a través de lo externo, y que el mundo es eso, en definitiva: un vastísimo sistema de portales que me comunican entrañablemente con ella. Cada objeto, cada criatura, es puerta franqueable, acceso feliz.

De ser necesario, yo podría trasponer cualquiera de esas puertas, puesto que todas "me ponen" en Eis. Ninguna, llegado el caso, me cerraría el paso, se me negaría. Pero en la práctica yo no puedo "meterme" en todas las Eis particulares que me rodean; no me darían ni el tiempo ni las fuerzas. Tengo, por tanto, que hacer una selección y recurrir sólo a algunas de esas "puertas". ¿Pero a cuáles, cómo las elijo, qué criterio aplicar?

Yo puedo disponer de distintos códigos selectivos, según que acate mis afinidades y desafinidades personales. Así, un criterio puede ser la belleza: diría que "para eso está" la belleza; para indicarnos puertas que nos será más fácil y atractivo trasponer, por hacérsenos más seductoras.

Pero también hay resortes personalísimos que pueden decidir. Por ejemplo: a mí me quedan restos de zoofobia infantil, y en cambio siento una fuerte atracción por el mundo vegetal. Pues entonces me será más fácil "entrar en Eis" con plantas que con animales. Etcétera.

De este modo -o de estos modos- selecciono caminos, e iré entonces hacia las puertas más apetitosas y las podré franquear con gozo y fruición. Las uniones con Eis serán así más fluidas, rotundas y completas.

\* \* \*

Yo no soy la ciencia física ni hablo en su nombre. Me siento instalado en una vivencia marginal a todo orden o explicación "razonable". De ahí que yo no mire la realidad externa con la impasibilidad del físico, que sólo acepta considerar lo que se encuadra en una caracterización estrictamente física de lo que cae dentro del radio de nuestra percepción (y hace muy bien: es lo que tiene que hacer).

Pero yo estoy salido de la física (o nunca entré en ella) y por eso no tengo inconveniente ni inhibición alguna en proclamar algo que al físico lo escandaliza: que el mundo/Eis no me parece ni maquinal ni aséptico. Para mí posee una "idiosincrasia", ;una manera de ser, nada menos!, cosa que le está prohibida por definición al universo físico o matemático. A mí el mundo no se me aparece, no, nada neutro, desde que lo veo sagrado, festival, entusiasta, alegre, triunfador, bienhechor. (No sabe el físico lo que se pierde).

\* \* \*

Reconozco que mi manera de sentirme en el mundo, en conexión venturosa con Eis, no estimula demasiado mi necesidad de inquirir sobre la naturaleza del cosmos. Al sentirme "seguro", tan "acompañado", tan completo en mi unión con Eis, se me hace poco o nada apremiante saber cómo es ésta en sus manifestaciones visibles.

Todas las preguntas que atañen a Eis me parecen entonces secundarias, porque estoy impregnado de la convicción de que marchando rumbo a Eis, "voy bien", aunque no sepa con precisión por qué. ¿Qué más puedo pedir? En esas condiciones, saber casi que sobra.

Me pica, en todo caso, la curiosidad; quisiera encontrarle la clave a tamaño jeroglífico, pero no siento que en ello me vaya la vida. Porque aún en la ignorancia de cómo sea el mundo, me veo lo mismo serenado y cumplido: me basta y me sobra con sentirme en la dichosa unión con Eis. (Malo para el espíritu científico: no será por mi aporte que la ciencia progresa, no...).

\* \* \*

¿Conocer el cosmos/Eis? En todo caso veo ese conocimiento como un subproducto natural de mi erotismo hacia Eis. Cuando estamos enamorados de una mujer, no se nos ocurre planificar una empresa de conocimiento sistemático de la amada. La conoceremos, sí, y mejor que nadie, pero ese

conocimiento habrá venido solo, como el resultado feliz de los movimientos del amor.

Con Eis ha de pasar igual: no preocuparse para nada de conocerla. Preocuparse de ambientar y fertilizar nuestro amor por ella. La conoceremos entonces, ¡y cuánto, cuán a fondo!; pero será por añadidura y sin premeditarlo.

\* \* \*

Dos verdades contrarias: cada cosa es igualita al Todo; cada cosa es única, irrepetible, y no se parece a nada (mucho menos al Todo).

\* \* \*

Me hago esa pregunta un poco insólita: en una cultura donde todos vivieran según Eis, ¿el psiquismo humano funcionaría de igual modo que el actual? Me contesto que no; pero voy más lejos: creo que aparecería lo que hay que llamar un psiquismo nuevo. Subrayo: no es que hubiera diferencias de funcionamiento psíquico, lo que es obvio; es que sería otro psiquismo.

Y ello porque esos hombres, al vivir según Eis, establecerían modos de relacionamiento hoy desconocidos con el Todo y con el contorno. Su conformación psíquica sería mucho más poblada y heteróclita; mucho más encendida de cosas que habrían "capturado" con su erotismo religioso; un territorio centaural, de una hondedad enriquecida desde lo no humano.

Es que el Yo tiene, por fortuna, esa capacidad mágica fagocitadora - aunque casi no la conozcamos-, que le permite incorporarse a las Eis del contorno y así crecer hacia Eis/Una.

Precisamente, estas capacidades de absorber eróticamente mundo, de cambiar de reinos para amplificar la experiencia humana con elementos del no-hombre, compondrían claramente un nuevo modo de funcionamiento, una mecánica inédita de ser. El hombre sería otra cosa. No sabemos cómo sería y hacia dónde nos podría llevar, pero sin duda en dirección a más Eis.

\* \* \*

Yo podría comulgar perfectamente en una misa católica. O participar en una macumba. O en un ritual protestante. O en una ceremonia en la sinagoga. O en una mezquita. O en un templo budista. Y hasta en una orgía, si su sentido fuese de exaltación religiosa (no la orgía snob, pequeñoburguesa o intelectual, que hoy anda cundiendo por ahí).

Es que siento que todas esas prácticas me sirven. ¿Para qué, si son religiones que yo no profeso? En el fondo, para afirmar mi propia religiosidad, tan privada de sustento exterior; porque siento que todas las religiones sin excepción, todas, presentes y pretéritas, "cultas" o "salvajes", evolucionadas o rudimentarias, con millones de fieles o con cientos de adeptos, todas me hablan por igual de Eis y encuentro a Eis en todas (o al menos se me hace fácil reconocerla en las figuras que ellas divinizan).



Y otra cosa, nada menor para mí: tal vez estaría buscando en esos rituales, también, formas gregarias y compartidas de participación religiosa, ya que estoy condenado a una religiosidad solitaria; lo que no es otra cosa, ¡demasiado lo sé!, que una perfecta contradicción en sus términos.

(Viñeta de separación)

Debemos intentar ahora un entendimiento del morir cuando se lo mira desde Eis y de sus juegos con el Yo.

El "vivir en Eis", si ha sido una comunión creciente con Eis, ha generado un proceso de poderosa convergencia con el Yo. Los dos polos de la entidad Yo/Eis se han ido estrechando cada vez más, interpenetrándose, haciéndose uno. Podría decirlo de otro modo: el Yo se ha vuelto cada vez más Eis, Eis cada vez más yo. Casi son ya la misma cosa. Les falta dar un paso ínfimo para transformarse en un "mismo". Tendrán sólo que trasponer una delgadísima frontera, ya a punto de romperse.

Pienso que es el Yo quien da el paso. En ese momento de incontenible incandescencia erótica, su impulso es derramarse venturosamente en Eis, estallar en pleno incendio de ser. Está en el colmo de su identidad, de su yoidad; nunca fue un yo más completo, plenario y consumado. Es el Yo llevado a su colmo feliz.

Es en ese instante supremo cuando se produce la trasposición mágica de su identidad: más Yo que nunca, el Yo se hace Eis. Y Eis, al acogerlo en su plenitud, se hace Yo. Uno es exactamente el otro. No hay cómo distinguirlos: el Yo en su colmo es Eis en su colmo. Desaparecieron las fronteras y las diferenciaciones, por delgadas que fuesen. Ninguno empieza ni termina en ninguna parte: el ser de cada uno es el ser del otro.

Mientras que en el amor humano nadie rompe la frontera de su identidad porque Narciso se lo impide, aquí en cambio, en este amor religioso y absoluto, los dos enamorados consuman por fin la ambición suprema de todo erotismo: volverse los dos, en abrazo delirante y definitivo, un uno perfecto.

\* \* \*

Sin embargo, no es nada de esto lo que se ve desde fuera. Para el observador externo, lo que ocurre es que el Yo de la persona, tal como lo conocíamos, deja de manifestarse. Ya no se comunica con nosotros. El psiquismo no actúa. La carnalidad empieza a deshacerse en poco tiempo. La persona ha muerto, decimos.

Podríamos caracterizarlo de otra manera: Eis ha comenzado a "desentificar" ese Yo. Si nos atuviéramos a la "lectura" externa del morir, pensaríamos que con la "desentificación" del Yo, termina éste su

existencia. Pero el Yo está muy lejos de haber desaparecido: al contrario, ha dado un salto de erotismo supremo y se ha vuelto Eis.

¿Dónde está ahora, cómo encontrarlo, qué hace, cómo se siente? "Está", "hace", "siente" lo que Eis. No hay diferencia alguna entre ese Yo y Eis misma. Son idéntica cosa. En Eis está ejerciendo su plenitud el nuevo Yo. Conviene subrayarlo: su plenitud absoluta.

\* \* \*

Sin embargo, algo del Yo ha caducado con la muerte. Al Yo que veíamos, ya no lo vemos: no están más sus ideas, no está su cuerpo, no están sus reacciones, no están sus proyectos, no están sus esperanzas y sus ternuras y su cansancio. Eso sí ha caducado. Diría: caducó lo que era el Yo cuando era Eis en versión particularizada. Caducó -habría que decir- el sistema de particularidades que lo caracterizaba.

No confundamos esto con el concepto "cuerpo", como vimos ocurrir en tantas concepciones basadas en la dicotomía alma-cuerpo. Porque decir "las particularidades del Yo" es mucho más que decir "cuerpo": incluye psiquismo, biografía personal, obras, realizaciones, vínculos, etc.

Es que a partir del momento en que el Yo, hirviente de erotismo, salta a ser Eis, ya no necesita más sus particularismos. Estos dejaron de cumplir su función en nosotros; ahora el Yo está en su plenitud perfecta, sin ninguna peculiaridad que lo diferencie en algo del Todo.

Pero no podemos olvidar que esa función que los particularismos cumplieron en nuestro vivir fue decisiva, principalísima: gracias a ellos, y sólo a ellos, pudimos ir creando nuestra fusión con Eis, mediante el expediente de desarrollarlos hasta sus máximos. Pues para eso, precisamente, nos fueron dados los particularismos: para poder alcanzar, desenvolviéndolos, la identidad completa de Eis.

Es natural, pues, que ahora, completada su "misión", esos particularismos se desprendan de nosotros, ya sin más tarea que cumplir. Pero es justo también que "los despidamos" con agradecimiento: de no ser por ellos, el Yo no sería hoy el bellísimo "mismo" con Eis que ya es.

Lástima que los demás, desde fuera, no puedan presenciar este estado glorioso al que nos transportaron las singularidades que tuvimos en nosotros.

\* \* \*

Al salto enamorado que damos hacia Eis, habría que darle un nombre nuevo. No se trata de seguir llamándola, sin más, "muerte", con todas las connotaciones sombrías y macabras que este nombre acarrea. Habría que hablar, en todo caso, de "muerte erótica", o de "muerte en Eis", o algo semejante.

Es que a la luz del episodio religioso Yo/Eis, la muerte cambia de coloración y de tonalidad. Deja de ser escándalo grosero, perversa agresión a nuestra individualidad. Ahora se ha convertido en el salto definitivo del Yo/Eis/particular hacia la Eis/total en que también

consistíamos, la mutación feliz que hace de nuestro Yo la Eis completa. ¿Cómo no buscar una manera nueva de nombrarla?

\* \* \*

La transformación del Yo en Eis, el pasaje del "vivir en Eis" hacia el "morir en Eis", es construcción exclusivamente nuestra. Lo construimos con Vida Erótica, día a día, momento a momento.

¿Es cuestión, entonces, de vivir pensando en la muerte, construyendo la muerte, y hasta queriéndola? Sí, sin duda, de eso se trata; pero en el entendido de que este "querer la muerte" no tiene ahora nada de morboso ni de macabro: ¡si estamos hablando de un supremo acto de erotismo! Es una muerte fabricada con la materia de un amor compartido, mediante la voluntad de dos amantes radicales, entregados a una hermosísima labor, a un edificio luminoso que los fusiona gloriosamente.

\* \* \*

Nada más pródigo en cambios revolucionarios que entender, por más que cueste, que con el "morir en Eis" no vamos a abandonar el mundo, sino al revés: nos vamos a meter a fondo en él. Es un adentrarse, no un salirse; un encontrarse, no un perderse; no un diluir el yo, sino un llevarlo a su colmo. O sea que no estamos yendo en dirección a un abismo, a un hueco de ser: vamos hacia un pleno, hacia una completud perfecta.

El día que este cambio de perspectiva nos quede claro...

\* \* \*

En el tema concreto de la muerte, actúan en mí algunas de aquellas intuiciones viscerales de las que hablaba al principio. La primera y fundamental me dice algo muy vago y genérico, pero categórico: lo que hay después de la muerte es un "para bien". No más de eso. ¿Por qué "para bien"? ¿"bien" en qué sentido? ¿qué cosas específicas ocurren para que la muerte sea un "bien"? No tengo la menor idea; pero lo que sí se me impone de manera inequívoca es que, sea eso lo que sea, el después es de signo favorable, positivo. Eso sí: de ahí no paso. Ni se me ocurre avanzar más por ese camino y entrar en detalles y precisiones que ya me parecerían meras supercherías.

\* \* \*

Antes, cuando contemplaba una cosa muy hermosa, me decía: "Ay, cuando me muera voy a perder esto". Ahora pienso: "Cuando me muera voy a ganar esto". Porque no voy a contemplarlo: voy a serlo.

\* \* \*

Si la muerte pudiera llegar a ser sentida, viéndola a la luz de Eis, como un bellísimo portal hacia la consumación más lograda del Yo, ¿quién aceptaría las desventuras que trae el vivir en un mundo mal hecho como el nuestro? No bien ese mundo oprima y asfixie con sus habituales constricciones, ¿para qué soportarlas? Lo sensato será correr

a refugiarnos en el seno enamorado de Eis, provocar el gran salto para ir a fundirnos con ella.

Pero es que esa forma de muerte escapista, de muerte-refugio, no guarda la menor relación con el "morir en Eis". Este no se genera a partir de una vida repudiada: emana de una vida también en Eis, bañada de erotismo religioso.

Pero además no somos nosotros quienes decidimos cuándo llegó el punto perfecto de convergencia con Eis, que conduce a la muerte erótica. Ese punto de maduración llega solo. Es cuando el amor a Eis nos ha impregnado hasta la última célula, y entonces sentimos que ya no cabemos más en nuestra particularidad, que vamos a estallar y a derramarnos hacia Eis, y en efecto estallamos por fin de erotismo sagrado: eso es "morir en Eis". No es saltar desde un infierno hacia un paraíso: es más bien saltar de un paraíso inminente al paraíso consumado del Yo/Eis. ¿Qué tiene que ver esto con ningún escapismo, con la muerte-evasión?

"Irse" preconcebidamente antes de que madure el momento de la fusión, equivale a frustrar la comunión suprema con Eis. Entender bien esto: la "muerte erótica" será SIEMPRE espontánea, o no será. (Ni qué decir que nunca ha ocurrido hasta ahora).

\* \* \*

Empiezo a sentirme una especie de mutilado o minusválido... por ser apenas un Yo/Eis en proceso de formación todavía muy tímida, y no ser todavía Yo/Eis en plenitud. Cada vez me penetra mas vívidamente el convencimiento de que lo único apetecible en sentido profundo es alcanzar el horizonte de Eis, mirar con su óptica. ¿Qué hago yo en este capuchoncito de hombre, en esta cápsula donde vivo encerrado, en lugar de ser ya Eis plena?

Pero al menos me resulta excitante saber que convertirme en Eis plena está a mi alcance, y que es obra exclusivamente mía, feliz arquitectura que sólo el erotismo de mis manos puede construir. A eso solo debo estar abocado momento a momento: a ir recortando esa minusvalía que hoy parece aquejarme, por seguir radicado en este Yo que cada vez me gusta menos como mi "casa" de ser.

\* \* \*

Si pensamos en términos de "morir en Eis" o similar, la muerte "tradicional" deja de parecernos cesura monstruosa, tránsito hacia el anonadamiento o el infierno. Vida y muerte dejan de ser dos territorios separados y enemigos, donde uno destruye y niega al otro, tornándolo episodio imbécil, sinsentido radical. La muerte ya no se ve como el pórtico hacia la nada, hacia el vacío de ser, sino hacia un "lleno", hacia la plenitud de quien encuentra por fin su quicio mágico en fusión perfecta con el Gran Otro.

Ahora el "morir en Eis" pasa a formar parte de la misma curva ascendente del vivir, que se prolonga en un crescendo de identificación hasta

culminar en la fusionalidad perfecta. Hay, pues, continuidad, no ruptura; inflexión, y no hachazo final.

Sólo entonces, cuando llegamos a verle una continuidad al vivir y al morir, nuestra aventura toda se ilumina con luz inteligente, cobra coherencia, razón y claridad.

Eis nos enseña que la curva de ser es una sola, y que es creciente y sin interrupción. El "vivir en Eis" no concluye con la muerte, sino todo lo contrario: gira con el "morir en Eis" hacia una comunión de erotismo, donde éste se hace completo y culminante.

\* \* \*

Hay una fórmula que, mientras vivamos, no debiéramos abandonar nunca, y que tendríamos que repetir sin descanso: "yo soy Eis". Pero al hablar de la muerte, habría que completar esa proposición con un agregado, y gritarla a los cuatro vientos para que se nos quedara grabada a fuego hasta la médula, ya que contradice en tan alta medida lo que nuestras vísceras suelen susurrarnos:

"Yo soy Eis y lo seguiré siendo siempre".

Desaparecerá un día mi incidentalidad, pero la Eis que siempre fui, allí estará intacta, por los tiempos de los tiempos... Vieja, quizás ingenua ilusión del ser humano, pero que yo acojo de buen grado porque arriba a ella, no por ningún tradicionalismo asustado, sino llevado por mi concepción de Eis y de la aventura que el hombre ha debido afrontar.

(Viñeta de separación)

Llega por último el tema del "después". Hay que ver si Eis dibuja allí paisajes o abre ventanales.

¿Qué nos ocurre después del "morir en Eis"? ¿Qué clase de experiencia sobreviene? ¿"Vamos" a algún lado? ¿Participamos en algún "juego" nuevo? ¿Qué será de nuestro Yo?

Conviene insistir todavía más en que cuando sobreviene el "morir en Eis", el Yo no se disipa ni se diluye difusamente en la esencia indiferenciada de Eis, o cosa así. Todo lo contrario: desprendido de su peculiaridad, el Yo se ha ensanchado de manera máxima hasta hacerse Eis/Una, o Eis/Toda.

Podríamos decir que el Yo ha ingresado en un vivir más alto. Es una verdadera Supravida, pues está por encima de cualquier experiencia conocida, más elevada que cualquier otra de la que pudiéramos tener noticia.

La Supravida supone un modo de existencia ya sin retaceos, sin manquedad alguna, rotos todos los lindes del Yo narcisista. Hemos adoptado la figura del Todo, la naturaleza del Uno, la índole de Eis.

\* \* \*

La Supravida no consiste en "trasladarse" a algún espacio que hoy no percibiéramos, tipo cielo o equivalente. En rigor, es casi como un proceso psicológico, como un estado interior, que nosotros mismos fuimos construyendo en nuestra afectividad durante el "vivir en Eis" y con los materiales del erotismo religioso.

A fuerza de ligarnos amorosamente a Eis, fuimos tendiendo vínculos fusionales cada vez más estrechos con ella, que nos permitieron ir identificándonos ser a ser. La Supravida no es otra cosa que esa fusión ya consumada del todo: hemos pasado literalmente a ser Eis, porque nuestra afectividad se colmó de su presencia amorosa, y pasamos a vivir su ser. Esa puede ser también una buena caracterización de lo que es la Supravida: que el Yo se ponga a vivir el ser de Eis, ya no desde ningún particularismo.

\* \* \*

Tampoco hay que ver a la Supravida como un "premio" si nos portamos bien en esta vida. La Supravida no depende de que hayamos seguido determinado comportamiento ético. Es -repito- el resultado de un proceso afectivo que se produce en nuestro interior; es un laboreo de nuestro erotismo, el cual, merced a la potencia mismificadora que le es característica, "fabrica" esa Supravida, la genera.

De otro modo: no es cuestión de ética, sino de erótica. No hay por qué preocuparse de actuar bien: hay que obrar como a uno se le dé la gana... con tal de amar a Eis hasta la desmesura. (Es, al fin de cuentas, el famoso "Ama a Dios y haz lo que quieras", de San Agustín).

¿La moral? Nada produce resultados más morales que el amar a Eis. La erótica, aplicada a Eis, genera fatal e inevitablemente ética. Sin necesidad de preceptos, fiscales, policías o inquisiciones.

\* \* \*

La Supravida nos obliga también a revisar nuestra relación con el mundo. En la mayoría de las concepciones religiosas, el mundo fue visto como fuente de pecados, como riesgo de perdición. ¡Esa idea nefasta de que "para ganarse el cielo" hay que apartarse del mundo y volverle la espalda si nos queremos "salvar"!

En una visión Eis, este tema es visto de manera exactamente contraria: puesto que el mundo mismo es Eis (y a lo mejor hasta toda Eis), y como cada cosa lo es igualmente, amar a Eis equivale a amar al mundo, estar muy cerca del mundo, ligado a él cada vez más estrechamente. Pues sólo henchidos de mundo, cargando mundo hasta los bordes, millonarios de mundo, podremos fabricar nuestra necesaria Supravida.

\* \* \*

Yo no creo que haya una sola forma de Supravida. Pienso que hay grados. Lo diré en sentido figurado: hay Supravidas mínimas y Supravidas máximas; Supravidas ricas y Supravidas pobres; pálidas y nítidas; incoloras o fuertemente cromáticas; débiles o robustas, etc. (Por supuesto que estas expresiones no son más que maneras, un tanto nwtafóricas y quizás divertidas, de transmitir la idea de que hay diferenciaciones y gradaciones en la concreción de la Supravida).

¿De qué dependen estas diferencias? De cómo haya sido nuestro "trabajo" de mismificación durante el "vivir en Eis". Podemos llegar más lejos o más cerca en nuestro proceso de plenificación de ser y de fusionalidad amatoria con Eis; y así será entonces la Supravida resultante: la que nosotros mismos fuimos fabricando.

\* \* \*

Lo que sí me parece bastante claro es que hoy no podemos aspirar a construirnos la Supravida máxima, la más completa y perfecta. Y ello aunque viviéramos aplicados con lo mejor de nuestra voluntad y nuestro empeño a fabricarla.

¿Por qué digo esto, sin duda desalentador para mí mismo? Porque pienso que la fusión absoluta con Eis no es únicamente logro individual: requiere un mundo externo propicio, un orden social y cultural que permita, ambiente y promueva esa fusionalidad a quienes viven en él. En un mundo no/Eis, o incluso anti/Eis como es el nuestro, los valores, las normas y las ópticas imperantes tenderían a apartarnos de Eis o a obstaculizar de mil maneras el camino hacia ella.

De otro modo: la Supravida perfecta sólo se lograría en un mundo organizado todo él para que quienes lo habitan vieran facilitado e impulsado su ascenso hacia Eis. Mundo hipotético, o más bien utópico, del que hoy no podemos estar más lejos.

Entonces, ¿a qué puede aspirar hoy un hombre/Eis, desde que está emplazado en un mundo tan abiertamente anti/Eis? A pesar de las condiciones nada propicias que encontrará, podrá no obstante avanzar un buen trecho en su fusionalidad con Eis; y eso porque nada puede impedirle acercarse a Eis en su experiencia interior y aún en algunos aspectos de su comportamiento externo.

Dependerá de él mismo cuán lejos pueda llegar por ese camino, sin duda arduo y erizado de molestias; pero al menos podrá labrar así la mejor Supravida de que sea capaz, aunque sabrá que va a quedarse lejos de la máxima que hubiera querido para sí.

(¿No se vislumbra aquí toda una política inspirada en Eis: un operar sobre el mundo para modificarlo e ir conduciéndolo hacia lo que sería un ordenamiento/Eis, en el que todos los hombres se vieran apoyados en la búsqueda de su destino trascendente más completo y perfecto?).

\* \* \*

Hay que gritarlo bien fuerte, con alma y vida: el hombre nace salvado. Porque no bien alguien se asoma al ser, por el solo hecho de hacerlo, ya tiene una mismificación de fondo con Eis. Y eso quiere decir que tendrá Supravida, por mínima que sea.

Será menor o mayor, según cuánto se haya dedicado la persona a su erotismo con Eis; pero quedarse sin nada de Supravida, eso es imposible: nadie puede "perdersé" en sentido profundo, aunque se lo proponga.

¿Tampoco el que jamás tuvo noción de Eis, ni pensó nunca en términos de Supravida? Tampoco él, ciertamente. Porque no bien quedó engendrada esa persona, al segundo de aparecer, ya está en mismidad con Eis, condición que no se pierde más. Al estar en gloria fusional con Eis, tendrá Supravida. Repito: no depende de su voluntad o de sus actos: la tendrá, lo quiera o no.

\* \* \*

Aquí ha aparecido de golpe un rostro que no es hermoso: el rostro de la injusticia. Si la Supravida no depende de nuestro comportamiento ético en el mundo, ¿eso quiere decir, por ejemplo, que el malvado tendrá Supravida -gloria suprema, no lo olvidemos- a igual título que el justo?

No me parece que en la práctica vaya a ser tan así. Pienso, sí, que el malvado tendrá Supravida, y ello simplemente por lo que recién decía: porque el erotismo de Eis llega a tanto, es tan intrínseco a su ser, que le es imposible negársela a quien se halla en mismidad con ella, lo merezca o no.

Sin embargo, esta eventualidad me parece más teórica que real. Si bien miramos, un hombre que haya adoptado con sinceridad una mirada/Eis de las cosas, tendrá como finalidad suprema y trascendente construirse la mayor Supravida posible; y él no ignorará que la Supravida se construye con erotismo hacia Eis. Pero el comportamiento malvado o injusto no es otra cosa que un comportamiento anti-erótico, es decir anti-Eis. Y entonces no es concebible que un sincero hombre/Eis vaya a conspirar contra sí mismo, disminuyendo o empobreciendo a sabiendas su Supravida.

Si de todos modos lo hace, no perderá del todo su Supravida, cierto, pero ésta será la más pobre y menguada.

\* \* \*

Esta seguridad en la Supravida que me espera (que nos espera a todos), no significa que me sea indiferente la posibilidad de morir. A pesar de que la muerte sea sentida como un "para bien", yo no quiero morir, quiero durar lo más posible. ¿Por qué? Porque tengo mucho que avanzar en mi mismificación con Eis, a fin de irme asegurando una Supravida cada vez más rica y completa.

Sé que nunca llegaré a alcanzar la muerte espontánea que me daría la Supravida máxima, por lo que ya dije: por estar en un mundo anti/Eis como es éste; pero sí resulta muy claro que, cuanto más pueda yo vivir, más mismificación podré ir construyendo, y por lo tanto "mejoraré" la



Supravida que me espera. (Y que se me perdonen estas consideraciones y cálculos que parecen, realmente, de un muy vulgar hombre de megocios...).

\* \* \*

Con la Supravida ha aparecido la tan buscada flecha que oriente y dé sentido a nuestro "Qué Me Pasa". Me pasa... que tengo que "fabricarme" la mayor Supravida posible, meta definitiva de mi vivir. Para eso nacemos, para eso vivimos: para ir marchando paso a paso hacia ese estado religioso en el que logramos nuestra cima de ser, en comunión absoluta con Eis.

Ese estado, ese destino trascendente y definitivo que me marca la Supravida, fue precisamente la razón última de todas estas búsquedas en que he estado embarcado. Más no puedo pedir, pues.

\* \* \*

¿Podemos representarnos de alguna manera precisa qué pasa exactamente en la Supravida? Quizás podamos intentar al menos adivinaciones, vislumbres poéticos, que no dejarán nunca de ser apenas metáfora de lo posible.

Puedo suponer, por ejemplo, que en la Supravida el Yo pasa a impregnarse del "juego" misterioso en que Eis está empeñada. Tal vez no pueda entender ese juego cabalmente, o no pueda descifrarlo por entero; pero acaso pase a jugarlo a plenitud, aun desconociendo sus códigos y sus claves.

El Yo, por haberse vuelto Yo/Eis completa, perderá todo límite, no lo afectará ningún particularismo: la experiencia central de ese nuevo Yo, por ser la experiencia de Eis, será vivencia de totalidad.

Se volverá, por las mismas razones, a-temporal. Abarcará a la vez todos los tiempos, humanos y no humanos, transcurridos y por venir. Por idénticos motivos, será omni-espacial: su lugar será todos los lugares; ningún territorio de lo real le estará vedado.

El Yo, trasvasado a Eis, pasará a presenciar lo que de hombre, por ser hombre, no alcanzaba. Su óptica será todas las ópticas a la vez, todos los horizontes, todos los ángulos de mirada imaginables.

Y al mismo tiempo, el Yo será plenamente cada cosa. De hombre pudo sentir que lo era, pero sólo hasta ciertas orillas. Ahora participará a la vez de todas las naturalezas particulares, las será hasta su médula.

Por ser Eis sin particularismos, estará en perpetua comunicación con todas las realidades imaginables, en intercambio fructuoso y festival con ellas. Pero no sólo en comunicación: también en comunión, estrecha, cumplidísima, como en un abrazo que no deja nada fuera.

La nueva naturaleza del Yo, por haberse hecho Eis, lo volverá incondicionado, ajeno a toda contingencia. No conocerá negatividad alguna, ningún mal podrá llegarle, pues se hallará inmerso en un océano de sustantividades, donde el mal incidental no tiene cabida ni función.

El Yo asumirá por entero la condición sagrada de Eis en sus términos absolutos. De hombre ya compartía esa sacralidad, pero con la limitación propia de lo humano. Ahora la hará suya sin ningún retaceo ni parcialismo.

Y el Yo penetrará de igual modo en la condición festival de Eis. Participará en su celebración, se impregnará de ese júbilo sagrado que constituye como el fundamento de Eis.

Tal vez he estado describiendo sin proponérmelo un paisaje paradisíaco. ¿Por qué no? Es que yo pienso que mismificarse con Eis constituye la expresión más elevada de paraíso que nos es dado ambicionar (y que se suma al otro paraíso, el paraíso de ser).

(Viñeta de separación)

Para ir redondeando el final de esta fabulación inocente que he querido exponer: dos grandes cauces o troncos articulan, a mi modo de ver, todo Qué Me Pasa.

Por un lado, vivir consistirá en marchar impregnado momento a momento de la gloria suprema de ser, y de la gloria de saberme Eis particularizada. Concientizarlo, saborearlo sin descanso en toda su intensidad religiosa.

En segundo lugar, la existencia consistirá también en ir construyendo la más completa Supravida posible, esto es, que el Yo pase a ser Eis ya sin ninguna particularización.

La primera vía transcurre únicamente en el presente estricto, sin ninguna proyección más allá del "ahora". La segunda no: ella está apuntando hacia un futuro, el cual se irá erigiendo en forma progresiva con los materiales de una creciente comunión religiosa con Eis.

Son dos modos del Qué Me Pasa, dos caminos distintos y paralelos, que han de recorrerse juntos y que, conjugados, nos proporcionan el estatuto paradisíaco sin el cual la condición humana carece, a mi ver, de sentido. Porque en esto quiero ser intransigente: o somos paraíso, o no somos nada.

\* \* \*

Pienso que lo verdaderamente conmovedor del mundo es que muy probablemente no exista. Acaso no sea otra cosa que una desembozada fantasía, una ardiente patraña, como casi seguro lo es también esta invención de Eis que yo me he dado. ¿Pero quién dijo que una patraña no puede convertirse en un sistema ordenador? ¿Quién asegura que un fraude, una farsa del pensar, no sean capaces de abrir del todo las compuertas del erotismo religioso y a partir de él crear, como si fuera una pompa de luz, el universo entero?

El amor es una labranza. Cualquier amor. Se van sumando los logros, los avances, y cada uno de éstos ambienta y fertiliza otros nuevos. Así mirado, todo amor es continuidad, constancia.

Cuando se trata del amor fundamental a Eis, esa especie de arquitecturación se va cumpliendo dentro del ser, a lo largo de los días vividos. Vivir, en definitiva, "sirve" para eso: para labrarnos un cauce erótico, la vía venturosa que nos conducirá a la compenetración progresiva con Eis.

No apresurarse. Ir calando despacio. Porque quizás un solo día baste, si ha sido debidamente abonado, para fraguar en él el punto de fusión definitiva con Eis. Qué digo un día: una hora, un minuto.

Y ese minuto, si se alcanza, justifica retrospectivamente todo lo que se vivió antes, y le otorga sentido.

El amor es una larga labranza, que debe recoger la suma del vivir entero. Lleva tiempo; pero es para eso, y no para ninguna otra cosa, que el tiempo nos fue dado.